



JILLIAN HART

El mayor de los regalos



Era un hombre que no se parecía a ningún otro...

Dillon Hennessey era fuerte y al mismo tiempo cariñoso, enérgico y al mismo tiempo amable. Pero seguía siendo un hombre y por tanto Katelyn Green creía que no debía confiar en él. ¿No la había abandonado su propio marido cuando más lo había necesitado? Sin embargo, en el fondo de su alma había algo que le decía que podría encontrar la felicidad con aquel hombre que conseguía amansar a los caballos...

Katelyn Green tenía destrozada el alma. Él deseaba ayudarla a superarlo, pero no sabía si su ternura bastaría para conquistar a una mujer que había perdido la fe en el amor...

OceanofPDF.com



Jillian Hart

El mayor de los regalos

ePub r1.0

Titivillus 27.06.2022

OceanofPDF.com

Título original: *The Horseman*

Jillian Hart, 2004

Traducción: Juan Larrea

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Uno

Montana, 1882

Katelyn Green se sentó en la cama y se tapó la cara con las manos, pero no pudo ocultar el dolor. La desolación, fría y oscura como la noche, se había adueñado de ella. No quería sentirla; la pérdida era abrumadora. Estaba vacía.

Tendría que estar acunando a su hija entre sus brazos, pero sólo tenía esa tristeza espantosa y profunda como un pozo sin fondo.

Se bajó de la cama intentando pasar por alto el dolor por su nacimiento prematuro y como si pudiera eludir el desconsuelo, pero la siguió hasta la ventana, donde apoyó la frente en el cristal gélido.

Si el bebé no se hubiera adelantado... Si no hubiera nacido muerto...

Intentó no pensar en ello y deseó tener un corazón tan duro como el cristal, tan frío como el mundo que estaba al otro lado de la ventana, tan impasible como las ramas sin hojas de los árboles y como la llanura cubierta de nieve de Montana.

La luna llena daba un poco de calidez a la luz heladora de las miles de estrellas que salpicaban el vacío de la noche. La luz plateada que se reflejaba en cada rincón de la planicie.

La noche la atraía como si pudiera ocultarse entre las sombras donde no llegaban la luz de la luna o las estrellas, donde la amargura no pudiera seguirla.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó la voz de un hombre en el piso de abajo.

Era una voz implacable por la ira. Katelyn se estremeció y sintió un nudo atroz en las entrañas. Temía a su padrastro, Cal Willman, pero no tanto como al marido que la había abandonado.

—No va a quedarse mucho tiempo con nosotros.

Cal empleó el tono imperativo que tenía siempre que bebía.

—Es mi hija. Creo que tengo que ayudarla.

Su madre replicó con una voz débil y quebrada, como acobardada.

Katelyn podía imaginarse a su madre en la sala, con las manos en el vientre y sin saber qué hacer. A Katherine Lyn Williams le costaba tomar decisiones y no sabía ver más allá de sus propias necesidades. Era una debilidad de su personalidad y de su corazón.

Katelyn sabía qué diría su madre después. Lo había aprendido con la horrible experiencia de haberse criado en esa casa y por las conversaciones que sus padres habían tenido sobre ella desde que llegó hacía cinco semanas.

—Tenemos que tener en cuenta nuestra reputación —la voz de su madre tembló por la preocupación—. Mis amigos me han apoyado mucho. Dicen que es espantoso cómo la ha abandonado su marido.

—¿Espantoso? Es un escándalo. Está arruinando mi negocio, eso es lo que está pasando. No puedo aguantarlo más.

—Ya, pero si también la dejamos de lado, imagínate qué pensarán de nosotros.

—Es inútil, sólo es una carga...

Inútil. Eso era lo que la llamaba Brett, el hombre que había jurado ante Dios quererla y honrarla. Katelyn cerró los ojos con todas sus fuerzas.

Si tuviera algún sitio a donde ir... Le había costado mucho volver. Caminó casi dos kilómetros tres días después de la intervención por haber perdido al bebé, a una hija, no a un hijo. Brett le había dicho que era inútil para él; que no valía nada y que podía sustituirla.

Era juez y encontró la forma de disolver los vínculos legales del matrimonio.

—Ningún hombre decente se quedará con ella —afirmó su padrastro con tono de repulsión—. No vamos a encontrar a nadie que se case con ella. Es estéril.

—Cuando se haya repuesto, puede ayudar con las tareas de la casa.

—¿No me has oído? —el desprecio de Cal fue tan frío y seco como la noche—. No quiero volver a ver a esa hija tuya. Es una deshonra y tengo que pensar en mi negocio.

Katelyn se tapó los oídos para no oír la réplica de su madre, que, como siempre, estaría repleta de sus preocupaciones egoístas. Eso no era un hogar, no era un refugio ni lo había sido nunca. Era otro infierno, como el que se encontró al casarse.

Eso era lo aterrador. Su matrimonio fue peor todavía y no tenía a donde ir, no podía acudir a nadie, no tenía porvenir, se había desvanecido como una bocanada de humo, como si nunca hubiera existido.

Su padrastro lo había dicho. Ningún hombre decente la querría. Ella se preguntó si había hombres decentes, maridos que trataban a sus esposas con cariño y respeto.

Quizá no existieran los hombres así, como los príncipes de los cuentos que leyó de niña o como los héroes de las novelas que tanto le gustaba leer. Los héroes íntegros, valientes y con corazón eran mera ficción, nada más.

¿Qué podía hacer? No podía quedarse allí y todavía no tenía fuerzas suficientes para marcharse. El desaliento la sacudió en las entrañas como un látigo de siete puntas. No podía quedarse ni un minuto más. Tenía que escapar, aunque, efectivamente, sólo fuera durante unos minutos. Pasó las manos por las hojas de la ventana y levantó el cierre con el pulgar.

—Podemos hacer otra cosa —volvió a oír la voz de su madre—. Podemos mandarla a algún sitio. Podemos encontrarle alguna alternativa y lavamos las manos. Diremos que se ha ido con unos familiares.

El frío de la noche fue como una bendición, como un sueño hecho realidad. Katelyn aspiró el aroma gélido del invierno y lo guardó en los pulmones antes de sacar la bata del armario y ponérsela sobre el camisón.

Se sintió llamada por la oscuridad, no por la luz de las estrellas, y salió por la ventana. Las amargas voces de sus padres se convirtieron en un murmullo y dejó de distinguir las palabras. Sólo notó el suelo bajo la ventana.

Le irritó la debilidad que le recorrió las piernas, el peso de sus pies mientras los arrastraba por el jardín de rosas durmientes. Los tallos estaba

envueltos con tela y con paja amontonada en la base. Estaban hibernando. Las envidió y siguió su camino.

Las últimas hojas caídas crujieron bajo sus zapatillas mientras avanzaba hacia la interminable llanura. El dolor del vientre se le reflejaba en las rodillas con cada paso que daba. El médico le había dicho que tardaría mucho tiempo en reponerse. Había perdido demasiada sangre durante el parto y después.

Se arrastró por el jardín. Notó que la noche la envolvía, como si fuera mágica y tuviera vida, como si la luz de la luna hubiera abierto un sendero de plata a sus pies y las estrellas fueran un resplandor de esperanza en el cielo de terciopelo.

La última vez que sintió esperanza fue cuando, en medio de su desolador matrimonio, sintió el movimiento de su bebé en el vientre, la débil, casi inapreciable palpitación de una vida nueva. Eso también había desaparecido.

Se llevó las manos al vientre vacío. Debería haber muerto con el bebé. Cerró los ojos con todas sus fuerzas para que las lágrimas no brotaran. Estaba muerta a todos los efectos.

Daba igual lo que su madre y su padrastro decidieran hacer con ella. La alternativa que encontraran no sería peor que ese desconsuelo. Un desconsuelo tan profundo que era como una noche infinita, sin luna ni estrellas.

Lo oyó antes de notar el cambio en el aire, como el susurro de un arcángel, luego, oyó el estruendo atronador que resonó con tanta fuerza que sacudió el desánimo de la noche, se abrió paso por el silencio del jardín, y retumbó en el alero la casa y en la hilera de establos.

Un relincho penetrante la avisó justo antes de que una sombra apareciera al galope. Los cascos delanteros golpeaban el suelo violentamente con él recortado contra el cielo. La visión la atrajo pese al dolor que sentía con cada paso.

Podía notar la furia del caballo, su fuerza indómita. Volvió a soltar un relincho que le recordó un grito de guerra. Se agarró al borde del corral y vio, maravillada, al magnífico animal que saltaba sin esfuerzo la cerca de dos metros.

Era imponente. Contuvo el aliento al ver que el caballo se posaba y corría con una levedad rebosante de elegancia hacia los establos. La oscuridad de la noche fue engulléndolo hasta que sólo quedó el choque de los cascos contra el suelo helado.

La puerta del barracón se abrió con el estrépito de una detonación y la luz del interior se derramó en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó un hombre.

—Es el diablo, ha vuelto —respondió Pete, uno de los empleados más antiguos, mientras cruzaba la puerta—. Yo sé cómo ocuparme de él. Apártate.

Un sonido metálico rasgó el silencio de la noche. El sonido un rifle al cargarlo.

Katelyn vio con espanto que el hombre más bajo y corpulento levantaba el rifle. Tenía que detenerlo...

El disparo desgarró la quietud de la noche. Ella, impotente, se aferró al tablón de la cerca. El caballo relinchó. Estaba vivo.

El alivio la dejó aturdida. Ya había tenido bastantes tragedias. Ya había presenciado bastante dolor.

—¿Estás loco? —la voz de un hombre retumbó como un trueno mientras agarraba el rifle por el cañón—. Podrías haberlo matado.

—Era lo que quería. Él mató a mi único hijo el año pasado y juré sobre su tumba que si se atrevía a volver, lo mataría.

—Vuelve con tu botella —el desconocido descargó el rifle en su mano—. Nadie va a hacer nada a un animal mientras yo esté aquí. ¿Entendido?

—Los caballistas vais y venís y creéis que lo sabéis todo, pero verás que tengo razón. La única forma de tratar a una bestia como ésa es con una bala.

El anciano agitó un puño como si fuera una advertencia o una maldición y volvió a la oscuridad del barracón.

El hombre se quedó solo con el rifle en la mano.

Era un hombre peligroso. El miedo le atenazó el pecho. Esa noche, había decidido proteger al caballo.

El anciano lo había llamado «caballista». Sería el domador de caballos que su padrastro había contratado hacía algún tiempo. Katelyn le había oído hablar de eso más de una vez. Al parecer era un hombre errante, que había

estado en todos lados y había hecho de todo y que, además, tenía un don especial con los caballos. Se rumoreaba que tenía sangre india.

El viento cambió. Las sombras se hicieron más oscuras. Katelyn notó que la mirada del caballista se clavaba en ella como si hubiera cargado el rifle y la apuntara al corazón. Se le pusieron los pelos de punta y la carne de gallina.

Fue como si las estrellas fueran apagándose una a una hasta que sólo quedaron los dos. El hombre, imponente y amenazante, con un rifle en la mano y ella, vestida con una bata y zapatillas. Si era un hombre peligroso, se había quedado sola con él. Quizá no fuera lo más sensato. Podía darse la vuelta y largarse por donde había llegado.

Retrocedió un paso con las rodillas temblorosas. Largarse no era tan fácil como había imaginado. El dolor se le clavaba en las piernas como un alambre de espinos. Quizá debiera reponerse antes de ponerse en marcha.

El hombre la miraba fijamente. Era desasosegante. Aunque no podía verle la cara, tenía algo especial. Algo elemental y poderoso, como si fuera de hierro y no de carne y hueso.

Estaba entre sombras. La luz iluminaba su imponente figura, pero la sombra ocultaba su cara.

Estaba segura de que era una cara ruda, curtida por el tiempo, el sol y la violencia. Sin embargo, ¿por qué un hombre así había salvado la vida de un animal?

El caballo seguía relinchando y coceando en el cercado. Su lamento era estremecedor. ¿Qué le pasaba? Entonces, un relincho muy delicado le respondió.

El caballo levantó la cabeza y arqueó el orgulloso cuello. Como si se exhibiera ante una yegua, se pavoneó por el corral. La luz de las estrellas bañó su elegante lomo, era como un sueño hecho realidad.

Ningún hombre era como un sueño. Katelyn, desencantada, se dio la vuelta. Sus pasos vacilantes hicieron crujir la hierba congelada con un chasquido que indicaba claramente dónde estaba. Se hizo el silencio, hasta el viento cesó, y notó la presencia de aquel hombre tan claramente como el gélido suelo que estaba pisando.

Algo rozó su mejilla. Como una pluma. Fugaz. Inesperado. Dio un respingo. Estaba sola. Otro copo de nieve le rozó la punta de la nariz. El tercero le cayó en el ojo izquierdo.

Se sintió ridícula por ser tan asustadiza. Lo único que la rodeaba eran millones de copos de nieve que llenaban la oscuridad de la noche.

Allí estaba el caballista. Era algo más que una sombra y estaba cerca. Demasiado cerca. Estaba apoyado en la esquina de la cerca sin sombrero ni pelliza. Tenía el rifle a lo largo del muslo. Parecía invencible, como un guerrero de la antigüedad.

Le interesaba el caballo, no ella. Katelyn se detuvo para tomar aliento. Estaba temblando de miedo y frío, pero no podía apartar la mirada de ese hombre casi invisible.

—Hola, muchacho —él lo dijo con un tono de confianza y seguridad—. Te gustaría ir de cortejo, ¿verdad? Mala suerte, los establos están cerrados.

Katelyn no podía dar crédito a sus ojos. El caballo dejó de cocear el suelo y se paró. Ladeó la cabeza, miró fijamente al hombre que había osado dirigirse a él y resopló con desdén.

El hombre no se ofendió.

—Los hombres me han dicho que te llaman el diablo con motivo.

El caballo mostró los dientes.

—Entiendo. Eres un tipo duro. Yo también lo soy, creo —el hombre conservó la amabilidad en el tono de la voz—. Es bastante poco corriente que un hombre se tope con un caballo indio como tú. Tienes unas señales muy claras. ¿Sabes lo valioso que eres por eso?

—Quinientas monedas de oro —contestó un empleado desde el barracón.

Eso captó la atención del caballista.

—¿Por qué? ¿Es un caballo perdido? ¿Ofrecen una recompensa por él? A mí me parece salvaje.

—Cal Willman quería capturarlo y domarlo para poder montarlo. A un caballo con esas señales se le podría sacar dinero como semental, aunque sea de una raza salvaje. Ese caballo armó jaleo y mató al hijo de Pete antes de escaparse con unos caballos árabes premiados. Le costó un dineral a Willman. Estuvo a punto de arruinarlo. Despidió a un montón de gente y

desde entonces hemos tenido que llevar todo esto entre unos cuantos empleados.

—Me pregunto si Willman sigue ofreciendo esa recompensa por él —intervino otro de los peones—. Creo que podríamos hacernos con ella.

—¿Cómo que podríamos? —replicó el primer peón—. Quiero el dinero para mí solo.

Katelyn comprendió por qué su padrastro había vendido la casa del pueblo y, con curiosidad, no pudo evitar acercarse entre las sombras para oír mejor la conversación.

Sin embargo, sus ojos se encontraron con el caballista. Seguía inmóvil, sin perder de vista al caballo salvaje y con la nieve amontonándose en sus rizos negros y sus hombros.

Iba a capturarlo. Sin embargo, ¿cómo iba a hacerlo? Si el caballo se había metido allí de un salto, también podría salir antes de que lo acorralaran. La cerca no iba a retenerlo. ¿Qué lo retendría? El magnífico animal seguía su rítmico trote por el establo como si él también lo supiera y no tuviera miedo.

Ella, para sus adentros, le pidió que saliera corriendo mientras pudiera. El caballo se detuvo y se sacudió la nieve. Volvió la cabeza hacia el hombre con las orejas levantadas y las ventanas del hocico muy abierta para oler al hombre que lo miraba.

—Tú y yo vamos a ser cómplices.

La afirmación del caballista hizo que los otros hombres soltaran una carcajada.

—¡Sigue soñando, Hennessey! —exclamó uno de ellos—. No eres suficientemente hombre para hacerte con esa recompensa tan golosa. Aunque estoy seguro de que te gustaría.

—No me importaría conseguirla, pero tampoco me importa no conseguirla.

El caballista se subió a la cerca y bajó al corral. Se acercó lenta y confiadamente al caballo; como un depredador que acecha a su presa seguro del resultado.

—Eres muy guapo, ¿verdad?

El caballo dejó escapar un relincho de advertencia que estremeció a Katelyn.

—Tenemos los lazos preparados —dijo uno de los peones mientras se acercaba al cercado con los demás—. Apártate, Hennessey. Deja que los vaqueros de verdad se ocupen de esto.

—Muy bien, Ned, pero vais a asustarlo —el caballista soltó un látigo que tenía enrollado en el cinturón—. Adelante. Intentadlo. Descansaré unos minutos mientras veo cómo lo lazáis. No será una tarea difícil para unos vaqueros tan curtidos como vosotros.

—Eres un malnacido, Hennessey. No existe caballo que no pueda domar.

Ned se metió entre los tablones de la cerca y agitó el lazo.

Hacía mucho tiempo que Dillon Hennessey había aprendido a tratar a los necios como Ned y tuvo cuidado de no dejar que la ira se adueñara de él. Era de gatillo fácil cuando estaba por medio el trato que los hombres daban a los caballos. Él era así. Creía que había que respetar a los animales.

Y a las mujeres.

Ya se había fijado en ella antes de esa noche. ¿Qué hombre no se habría fijado? La había visto por las ventanas de la casa; silenciosa, pálida, como afligida. Había perdido un hijo. Podía entender que era doloroso para una mujer.

Lo que no podía entender era que un hombre la hubiera abandonado.

Era hermosa. Seguramente, era la mujer más hermosa que había visto. Era delicada, refinada y tan frágil como esas muñecas de porcelana que había visto en el escaparate de la tienda del pueblo. Era demasiado exquisita para los hombres como él. ¿Por qué la miraba siquiera?

Porque a pesar de que intentaba tomar decisiones sensatas, cometía errores. Y mirar por el rabillo del ojo a la hija del dueño tenía que ser el peor error que podía cometer un hombre como él.

—Estás espantándolo, Ned.

Dillon no podía creerse lo que estaba viendo. ¿Qué iban a hacer esos cuatro hombres? Podían echar toda la cuerda del mundo alrededor del cuello del caballo y no serviría de nada. No podrían sujetarlo.

La verdad era que nada podría sujetarlo.

Nada, excepto su nobleza. Un caballo como aquél decidía si confiaba en un hombre o no. Ése era el secreto para tratar con animales complicados. Eso y bastante delicadeza.

Era un secreto que, evidentemente, Ned no conocía. La cuerda golpeó en la cabeza del caballo, que lo apartó con una sacudida del cuello. Otro lazo voló por el aire. Él se giró como una mezcla de sombras y materia y salió corriendo.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó Ned mientras sujetaba el lazo con todas sus fuerzas.

—Aguanta, Ned —le animaron los peones.

Iba a ser divertido. Dillon se preguntó cuánto tiempo aguantaría Ned. Como mucho, treinta segundos. El caballo dio un salto y pasó como un Pegaso por encima de la cerca. Ned se estrelló contra los tablones.

Los gritos de dolor de Ned precedieron a toda una serie de maldiciones mientras el extremo de la cuerda desaparecía con el caballo, que volvió con la manada de yeguas y galoparon hacia las colinas. Sólo quedó el viento y la tormenta.

—¡No te muevas, gandul! —gritó Ned mientras se levantaba y se sacudía la nieve—. Si me hubieses ayudado, lo habría sujetado.

—Dijiste que dejara a los vaqueros de verdad que se ocuparan de eso y es lo que he hecho.

El comentario enfureció a Ned, pero a Dillon le dio igual. No hacía caso de los exabruptos del peón.

Lo que no le daba igual era el caballo. Era un fugitivo del rancho y eso le parecía interesante. Se enteraría del motivo de la recompensa y de por qué el caballo había vuelto al rancho.

Se oyó el relincho de una yegua que llegó de los establos. Fue un sonido triste y desolado.

Una hembra. Siempre se reducía a lo mismo. Cuando ella era especial, ¿qué podía hacer un pobre macho?

Sufrir. Dillon miró por encima del hombro hacia las sombras del otro extremo de la cerca. Se había ido. Sólo quedaba la oscuridad y un manto de nieve. Los copos empezaban a cubrir sus pisadas.

Dillon las miró. Eran pequeñas y delicadas.

Como ella.

Sintió cariño. Algo muy raro. Algo muy peligroso.

Estaba solo. Quería una esposa, pero era completamente imposible que le hermosa Katelyn Green quisiera un hombre como él.

Sabía cuándo apostar y cuándo retirarse. Se quedó un buen rato entre la nieve mientras pensaba en ella, que era tan huidiza como el caballo en la noche.

Y el doble de inalcanzable.

OceanofPDF.com

Dos

Por la mañana, Katelyn fue con la taza de té hasta la ventana del comedor para ver la nevada. El paisaje estaba cubierto con un manto blanco, una blancura esponjosa que tapaba el barro y pasto seco y le daba una belleza nueva. Unas nubes grises y compactas cubrían el horizonte.

Le pareció que el cielo estaba tan bajo que si salía al jardín, podría tocarlo con la mano. Era una ilusión, pero seguía sintiendo una añoranza muy profunda. Seguramente, porque quería escapar de esa casa y de ese padecimiento.

—Te lo he dicho. Por la mañana quiero té caliente, no templado. Es completamente intolerable.

Oyó la discusión en el piso de arriba seguida de unas pisadas furiosas por la escalera.

Al parecer, su madre estaba de mal humor. Katelyn agarró la taza con fuerza y fue trabajosamente hacia la cocina. Todavía estaba débil y no podía darse prisa, pero dejó de lado el dolor que le surgía del vientre mientras los pasos airados de su madre se acercaban cada vez más. La puerta de la cocina se cerró un segundo antes de que su madre entrara en el comedor.

—Está de un humor de perros esta mañana —comentó Effie mientras hacía huevos revueltos—. No te reprocho que quieras mantenerte alejada de ella. Quédate conmigo y te daré los mejores trozos de beicon. Tienes que comer después de todo lo que has pasado. Si no, ¿cómo piensas recuperar la salud?

—Me conformo con el té por ahora, gracias.

Katelyn dio un beso en la mejilla a la anciana. Effie Kerr llevaba en esa cocina desde que ella tenía uso de razón y había sido mucho más cariñosa que su propia madre.

—Estoy demasiado alterada para comer —añadió Katelyn.

—No me extraña, tal y como se han portado; como si hubieras hecho algo malo —Effie dejó la cuchara de madera y apartó un mechón de pelo rubio de la cara de Katelyn—. Ese marido con el que te casaron es el que ha hecho algo malo. Todo el mundo lo sabe. Nunca había oído algo parecido; que deshiciera un matrimonio como él lo hizo... Supongo que él sabe cómo hacerlo, pero creo que no está bien.

—No te indignes, Effie —Katelyn tomó las curtidas manos de la anciana entre las suyas—. No era feliz siendo la esposa de ese hombre.

—Me lo imagino.

Effie volvió a los fogones. Parecía mayor de lo que era y su espalda empezaba a arquearse. Su tristeza era tan patente como el calor que irradiaba la cocina.

La pérdida de su hijo había sido muy dolorosa. Katelyn se acordó de cuando Pete Kerr intentó matar al caballo y también se acordó de que el majestuoso animal la había dejado sin aliento. Había sido impresionante, como poesía en movimiento en medio de la oscuridad, como si lo hubiera escrito William Blake, como un animal en llamas en medio de la noche.

—Siéntate, chiquilla, y téminate el té —Effie sacó una silla de debajo de la mesa que había en el rincón—. A lo mejor unas galletas recién sacadas del horno te abren un poco el apetito.

—Huelen muy bien.

Katelyn agradeció sentarse. La silla era muy cómoda y la vista maravillosa. Apoyó los codos en la mesa, ya que no había nadie que pudiera reprenderla, y miró al mundo cubierto de blanco.

Ojalá el mundo pudiera quedarse así y que cada mañana fuera distinta. Sabía que fuera la temperatura sería heladora, pero sentarse, de espaldas a los fogones y con una taza de té en la mano era el mayor placer que había sentido durante los años que estuvo casada con el juez más respetado del condado.

Se estremeció al acordarse de Brett. Se le hizo un nudo en el estómago que le amargó ese momento de paz. Aspiró el aromático té e intentó olvidarse de él. No tenía ninguna necesidad de pensar en él ni en ningún otro hombre.

Estaba mejor sin marido. Sin un anillo en el dedo. Estaba más segura.

—Me alegro de que te sientas mejor, de que te hayas levantado —Effie dejó una cesta tapada en la mesa—. No te importe comértelos todos.

El olor a bollos con canela y azúcar recién hechos le hizo la boca agua.

—A lo mejor me como uno —concedió Katelyn.

—Buena chica.

La cocinera, satisfecha, volvió a los fogones y Katelyn agarró un bollo. La superficie pegajosa le recordó a cuando era una niña y se sentaba en esa misma mesa a comer esos mismos bollos.

Algo se movió entre la nieve y la distrajo. Se metió un trozo de bollo en la boca y lo masticó distraídamente sin apartar la mirada de los cristales empañados. Sólo vio la nieve caer en el patio.

Hasta que volvió a aparecer. Una sombra fue acercándose y contuvo la respiración. ¿Sería un ciervo? ¿Un alce? Había vivido mucho tiempo en la ciudad y había echado de menos el contacto con los animales. Se puso el abrigo, fue al granero y agarró una bolsa con grano. Quizá los animales se acercaran y podría verlos comer.

Sin embargo, no era un ciervo ni un alce, era Dillon Hennessey montado en un caballo blanco y negro. Alto y erguido en la silla, parecía un guerrero de la antigüedad curtido e invencible. Como si nada pudiera derrotarlo o arredrarlo.

Notó un cosquilleo que le empezó en la nuca y le bajó por toda la espina dorsal. ¿Qué tipo de hombre era Dillon Hennessey? ¿Qué le importaba? No le gustaban los hombres; no le interesaban después de lo que había pasado.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de mirarlo? ¿Por qué el cosquilleo era más intenso a medida que él se acercaba a la ventana?

Iba preparado para el frío y no podía verle la cara. No pudo ver nada más que lo que había visto la noche anterior en la oscuridad. Sin embargo, se notaba que era un hombre muy fuerte y su perfil entre sombras parecía granítico.

Se estremeció. Sería un hombre arisco. ¿Acaso no lo eran todos? Seguramente, emplearía látigos, espuelas y mucha crueldad para domar a los caballos.

Se le presentó la imagen del puño levantado de Brett y sacudió la cabeza como si quisiera expulsarla de allí. Le pasara lo que le pasase, nada sería tan malo como haber estado casada con aquel hombre.

Rodeó la taza de té con las manos y se la llevó a los labios. Lo olió profundamente. Tenía que serenarse. No podía ser tan asustadiza. Estaba a salvo.

Notó algo, una sensación rara, como si una pluma le hubiera rozado el lado de la cara. El jinete estaba mirándola desde el otro lado del cristal. El ala del sombrero daba sombra a su cara y sólo pudo ver su mirada azul, penetrante y tranquila, antes de que la nevada se lo tragara y ella se quedara mirando los copos con una extraña agitación en el pecho.

—Effie, ¿sabes algo del nuevo?

—¿Del caballista? —la cuchara de madera rascó la sartén de hierro—. Llegó hace un mes o así. Tu padrastro lo trajo para que se ocupara de las yeguas nuevas. Se dice que Dillon Hennessey es el mejor. No existe caballo que no pueda domar.

—Qué mala suerte para los caballos.

Katelyn se quedó mirando el bollo. Se le había quitado el apetito.

—Los caballos no sirven de gran cosa si no pueden tirar de un coche —Effie dejó la sartén en la encimera y sacó las lonchas de beicon—. He oído decir que viene de Texas, pero que trabajó un tiempo en Wyoming. Ha estado en todos lados. En California, Colorado y Nuevo México, pero siempre vuelve a Montana. Los chicos dicen que esta zona es como su casa.

—Creía que habías dicho que es de Texas.

—No lo sé muy bien. Él no habla mucho y ya sabes que Pete no se entera de nada. Seguramente, eso sea lo que él cree que ha oído decir sobre Hennessey. Yo no he hablado con él. Es muy reservado.

Un solitario. Un hombre errante. Katelyn se acordó de que la noche anterior se mantuvo separado de los otros hombres, como si estuviera por encima de ellos.

Pero, ¿por qué iba a estarlo? No era distinto. Era un caballista que llevaba espuelas y dominaba todo lo que podía al precio que fuera. Como cualquier hombre.

—Come, chiquilla, con lo que has comido no se alimentaría ni un pajarito.

Effie dejó un plato con huevos y beicon en la mesa y Katelyn arrugó la nariz.

—No tengo hambre.

—Da igual. Come o me enfadaré.

Effie lo dijo con un tono muy serio, pero sus ojos reflejaban cariño. Era el único cariño que había conocido desde que era niña. Agarró el tenedor. Haría un esfuerzo por Effie, aunque sintiera cientos de nudos en el estómago.

Effie desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Tenías algún motivo para preguntar por Dillon Hennessey?

A Katelyn le pareció que podía ser fruto de su imaginación, pero también le pareció que Effie lo había preguntado con un tono de complacencia muy poco corriente.

—Mera curiosidad. Las cosas han cambiado mucho desde que me fui.

—Es verdad. ¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Cinco años —Katelyn lo sabía muy bien—. Ha cambiado mucho. Me pregunto si mi padrastro ha conseguido por fin conservar a los empleados.

—En absoluto. Si Pete no fuera primo de tu madre, hacía tiempo que nos habríamos ido. Es muy difícil trabajar para Cal Willman, te lo aseguro. Hennessey va de un lado a otro, de rancho en rancho. Creo que le pagan bien. Tuvimos que esperarlo un año y medio. Tiene mucho trabajo. Eso dice algo a su favor, ¿no crees?

—Supongo...

Katelyn miró fijamente los huevos que tenía delante. No debería haber preguntado nada sobre el caballista.

Effie se llevó el puchero de la encimera como si tal cosa, pero esa mujer no hacía nada sin algún motivo.

—Es atractivo, ¿verdad? Cualquiera mujer se daría cuenta de que Dillon Hennessey es rudo como una montaña y además muy guapo.

—No me he dado cuenta.

—Mientes muy mal, cariño —Effie inclinó el puchero para llenar la taza de Katelyn—. Hasta yo, a mi edad, me fijo en un hombre guapo. Aunque,

realmente, no es guapo, ¿verdad? Curtido. Imponente. Parece un hombre capaz de defender a una mujer de cualquier amenaza. Eso es lo que una mujer necesita de su marido.

—Déjalo, por favor. He tenido un marido y nunca querré otro.

—¿Qué será de ti? —Effie dejó el puchero en la mesa y sacó una silla—. He oído lo que dicen cuando creen que nadie puede oírlos. Quieren buscarte una solución y no será una agradable.

—No necesito que me busquen nada. Me iré en cuanto esté bien.

—¿Y si no piensan esperar tanto? ¿Adónde ibas a ir? Es un mundo muy cruel para una mujer sola.

—Puede ser un mundo muy cruel para una mujer casada.

—No, sólo si la mujer se casa con el hombre equivocado. Te lo aseguro, podría irte mucho peor que con Dillon Hennessey.

—¿Qué? Effie, te he pedido que lo dejaras. No puedo soportarlo.

Katelyn dejó el tenedor y apoyó la cabeza en las manos. Todavía estaba débil por el maltrato de un hombre. ¿Creía Effie que estaba deseando entregar su vida a otro hombre?

—Bueno... Bueno... —la cocinera acarició delicadamente el hombro de Katelyn—. No quería alterarte, pero ten presente que necesitas algo mejor que lo que tu padrastro vaya a buscarte. La mejor manera de salir de aquí es casándote con el hombre que tú elijas; un hombre que te trate bien, como te mereces.

—Effie... —Katelyn parpadeó para contener las lágrimas. ¿Qué haría sin Effie? Estaría completamente sola—. La comida va a enfriarse. Será mejor que vayas. Ya sabes cómo se pone mi madre.

—Es verdad —Effie puso los ojos en blanco exageradamente y se levantó con un suspiro—. Pero piensa lo que he dicho. El señor Hennessey no ha estado casado, al menos eso me han dicho. A su edad, un hombre quiere sentar la cabeza y tener hijos a los que transmitir sus conocimientos.

Effie, con una sonrisa, salió de la habitación con dos fuentes de comida.

Ella no podía darle hijos y Effie lo sabía. Todo el mundo lo sabía. ¿Acaso no había sido un motivo de habladurías desde que llegó al rancho hacía un mes? El médico le había dicho que no podría tener hijos. No le interesaba el caballista, no quería volver a estar a merced de ningún hombre

otra vez, pero saber que estaría completamente sola, sin hijos ni familia, le dolía como una herida mortal.

Abrió los ojos. No serviría de nada sufrir toda la mañana. La tristeza no cambiaría el pasado. Nada podía cambiarlo. Lo único que podía hacer era seguir adelante. Hacer lo que pudiera ese día y en el solitario porvenir que la esperaba.

Dio vueltas con el tenedor a los huevos revueltos. Estaban deliciosos porque Effie era una cocinera excepcional, pero no tenía hambre. ¿Cómo iba a tenerla? Se sentía muerta por dentro y nada iba a cambiarlo, y mucho menos un plato de comida.

Sin embargo, la comida sí le daría fuerzas. Quería salir de esa casa más que cualquier otra cosa en el mundo. Llenó el tenedor con huevos revueltos y se lo metió en la boca. Masticó e hizo un esfuerzo por tragarlo.

Cuando terminó, dio un sorbo de té y miró la nevada. De vez en cuando le parecía ver un movimiento en la incesante cortina de copos blancos; era una sombra, su sombra.

Sin embargo, estaba equivocada. No había ningún hombre grandioso cabalgando en la ventisca como una leyenda viva.

¿Por qué estaba pensando en él otra vez?

No necesitaba otro hombre. Sólo quería que la dejaran en paz.

Se acarició el dedo anular. Todavía tenía una leve marca que le recordaba el anillo que había llevado; que había prometido honrarlo, amarlo y obedecerle. Fue un error tremendo, un error que no iba a cometer otra vez.

Terminó la taza de té y la dejó en la mesa. Ese día tenía más fuerza, se sentía mejor.

Quizá fuera a esparcir grano por el campo. Atraería a los animales y disfrutaría con la visión de criaturas hermosas. Quizá esa serenidad le aliviara un poco el dolor del alma.

Y se olvidaría de Dillon Hennessey.

Tal y como había supuesto, Dillon no volvió a ver el caballo con esa nevada. Aun así, tenía que intentarlo. Se dedicaba a los caballos y no podía dejar que se le escapara un semental como ése.

Había algo que le decía que el caballo iba a volver. De modo que él también podía volver al barracón para tomar una taza de café caliente.

Aunque la costaba abandonar la persecución. La costaba dirigirse a casa y renunciar a la posibilidad de encontrar el caballo. Era una animal magnífico. No podía olvidarlo, como tampoco podía olvidar a la mujer, a Katelyn Green.

¿Cómo iba a olvidarla? Le había parecido como un ángel bajado del cielo al verla al otro lado de la ventana iluminada por el resplandor dorado del farol. Era más que hermosa. Esa cascada de pelo dorado que le enmarcaba el rostro ovalado hacía que pareciera la bondad hecha mujer. Era una cara dominada por unos ojos de un azul muy especial, una nariz pequeña y delicada y una boca tan perfecta que sería le envidia de todas las rosas del mundo.

Si cerraba los ojos y rebuscaba en su interior la imagen de la mujer perfecta, sería Katelyn Green. Nunca había visto otra como ella y, sinceramente, lo que le atraía no era su belleza.

Era otra cosa. Algo que sólo tenía ella. No sabía qué era y era un hombre poco ducho con las palabras o los sentimientos; no conocía a las personas como conocía a los animales. Cuando esa mañana se encontró con la mirada de la señorita Green, captó la delicadeza serena que había en ella. Algo muy singular.

Allí, en las tierras que tenía al lado de su hermano, había una yegua como ella, con ojos grandes y asustados, y tardó casi dos años en conseguir que le dejara acariciar su cuello sin ponerse nerviosa. No quería decir que la mujer fuera como un caballo, pero él conocía a los caballos, no a las mujeres. Efectivamente, la mujeres era un misterio para él. Su madre murió cuando era un niño pequeño. No la recordaba. Se quedó solo con su padre y sus cinco hermanos. Su padre no volvió a casarse, nunca intentó reemplazar al amor de su vida, y en su infancia no hubo la influencia de ninguna mujer.

Como hombre, le desconcertaba la idea de acompañar a una de esas criaturas vestidas con trajes vaporosos y cuyos pies no tocaban el suelo como los de los demás mortales. Las mujeres eran completamente distintas y demasiado refinadas para su gusto.

Aunque consiguiera captar la atención de una mujer, no sabría qué hacer después. No sabía decir lindezas ni halagarlas engañosamente para engatusarlas. Seguramente, necesitaría un montón de halagos para conseguirlo. Aunque consiguiera hablar en vez de quedarse mudo, ¿qué podía decir? No tenía mundo ni educación. Sólo sabía de caballos.

No podía imaginarse acercándose a Katelyn Green para preguntarle su opinión sobre el semental que más convenía a la yegua purasangre que estaba en celo.

La misma yegua que quiso el caballo la noche anterior, cuando Katelyn Green había salido sólo con unas zapatillas y una bata, con el pelo suelto y arremolinándose alrededor de ella por el viento y la nieve. Quería saber qué había estado haciendo y por qué, si estaba decaída, se había levantado para pasear casi como un espectro.

Estaba seguro de que a sus padres no les sobraba la compasión. El aspecto implacable y los modales ásperos de Cal Willman le habían dicho todo lo que tenía que saber. Había conocido a cientos de hombres ricos como él y todos eran iguales. Eran hombres sin escrúpulos que sólo pensaban en sí mismos.

En cuanto a su mujer, era adusta como una ventisca. Se notaba por la forma de dejar de lado a su propia hija.

Le gustaría saber qué había pasado. No podía evitar sentir lástima por Katelyn Green. No podía dejar de darle vueltas. Quizá reuniera suficiente valor para preguntarle a alguno de los empleados qué había pasado para que volviera dolorida y sin hijo a casa de sus padres y qué pasaría con ella en el futuro.

Sabía que no tenía ninguna oportunidad, pero era un hombre. Distinguía a una mujer hermosa y disponible. Estaba más solo de lo que quería reconocerse. Llevaba mucho tiempo queriendo casarse, pero nunca había sido capaz de hablar con una mujer y mucho menos de cortejarla.

Eso había acabado siendo un problema. Tenía una casa donde no vivía. Tenía una cama donde no dormía. Tenía una vida que no vivía porque no tenía con quién vivirla. Daría cualquier cosa por tener una esposa cariñosa.

Darí su alma por casarse con una mujer como Katelyn Green.

Sin embargo, ella, aunque se hubiera repuesto de su pérdida, casi ni lo había mirado. Apostaría cualquier cosa a que no sabía su nombre. Además, ¿qué importaba que lo supiera? Él se marcharía dentro de unas semanas, en cuanto hubiera terminado el trabajo que tenía que hacer.

El nuevo caballo, muy poca cosa en comparación con el magnífico caballo negro, estaba mejorando bastante y las yeguas problemáticas estaban reaccionando. Terminaría el trabajo y se marcharía como siempre, con el bolsillo repleto de dinero, hacia el siguiente rancho que lo necesitara.

No le gustaba la idea de marcharse a finales de mes. Aunque tampoco le gustaba ese sitio. La verdad era que no podía soportar ni a Cal Willman ni a su esposa. Lo que echaría de menos, más incluso que a los caballos que había allí, era a la rubia preciosa que hacía que fuera muy consciente de que era un hombre.

¿Había oído algo o se lo había imaginado? Era la voz de una mujer.

—Así... No tengas miedo. Acércate más. No voy a hacerte nada, te lo prometo.

Tenía que ser Katelyn. ¿Quién iba a ser si no? No era Effie, la cocinera. El tono era demasiado delicado. Tampoco era la señora Willman, que tenía una lengua tan ponzoñosa que podría envenenar a una serpiente de cascabel. No podían ser las doncellas porque las dos eran chinas y hablaban muy poco inglés.

—Muy bien... ¿Lo ves? No va a pasarte nada.

Katelyn tenía que estar detrás de la elevación, a unos diez metros. Paró el caballo bruscamente. Siempre era tranquilo con su caballo, pero la idea de verla le ponía nervioso.

Estaba sola. ¿Qué debía hacer? Podía seguir cabalgando y saludarla con la mano al pasar. Podía pararse y hablar con ella. Pero, ¿qué le diría? Se le había paralizado la lengua. ¡Maldita timidez!

Podía ver el desastre inminente. Se acercaría a ella, se pararía, apoyaría el puño en la silla de montar, como había visto que hacían otros hombres para parecer más rudos, y empezaría a balbucir como un tonto.

Ella se quedaría atónita.

Un hombre curtido como él no podía ser tímido. Tenía que ser descarado. Tenía que hablar con ella como hablaba con todo el mundo.

Era rudo. Había domado caballos asesinos y se había enfrentado a un puma. Lo habían cocado, mordido, pisoteado, estrellado contra cercas y lo habían tirado al suelo infinidad de veces. Era uno de los mejores en su trabajo.

Una mujer preciosa y delicada no podía aterrarlo.

Podía hacerlo. Sólo tenía que acercarse a ella, sonreír y saludarla.

Azuzó al caballo para que acelerara el paso. Había demasiada nieve y no podía ir más deprisa, pero se habría puesto a galope tendido, habría pasado de largo junto a esa mujer y nunca más habría pensado en ella.

La vio al llegar a lo más alto de la elevación y se paró. En medio de la ladera cubierta de nieve estaba ella con un capote azul oscuro que la tapaba desde el cuello a los tobillos y con un cubo con comida colgado de la mano izquierda.

Se sintió dominado por la dicha. Parecía un ángel de Navidad. Los copos de nieve le caían en el gorro de lana, en sus delicados hombros y en sus pechos, mientras la melena dorada cubría parte de su espalda. La nieve resaltaba la curva de su cintura y sus caderas y le daba una elegancia femenina que lo dejó sin aliento. La veneración se adueñó de él como la deliciosa brisa de la mañana.

Entonces, captó un levísimo movimiento en la arboleda que había al costado de la ladera. ¿Sería un depredador? Todo el mundo sabía que a los pumas no les gustaba cazar en la nieve, que en días como éstos preferían quedarse en sus cuevas. Él había visto rastros de felinos a unos ochocientos metros al norte. Sin embargo, eso no significaba que si un puma solitario estuviera hambriento no fuera a buscar comida.

Katelyn podía ser esa comida. Estaba sola, con el cubo para dar de comer a los pájaros e inconsciente del peligro que la acechaba.

La sangre le bulló con un sentimiento protector. Con mucho cuidado, sacó el rifle de su funda y lo montó sin hacer el más mínimo ruido. Apuntó al extremo de la arboleda y vislumbró una sombra. Tensó el dedo sobre el gatillo al ver que la sombra se dirigía hacia ella.

No se movía con la velocidad de un puma. Él tomó aliento y oyó su melodiosa voz.

—Muy bien. ¿Lo ves? Nadie va a hacerte nada. Acércate. Muy bien.

Era de una delicadeza celestial. Él pensó que una voz como ésa podría amansar hasta a un puma. No era sólo la voz; era toda ella, la bondad que irradiaba. Él lo vio con toda claridad y esperó a que la primera cierva saliera de su refugio para comer el grano que Katelyn había tirado por el suelo. Era grano, no semillas para pájaros.

Dillon no podía creérselo. La cierva fue hasta ella seguida por dos cervatillos. Todos olisquearon como si examinaran a Katelyn, que permanecía inmóvil como una estatua.

Cubierta por la nieve, como una mezcla de poesía y cuento de hadas, la mujer miró a los animales mientras comían. El viento agitó los mechones dorados y le curvó las puntas como si fueran los dedos de un enamorado.

¿Sentiría eso si acariciaba su pelo? Dillon, atónito por haberlo pensado, bajó el rifle. Se imaginó que pasaba las yemas de los dedos por esa cascada dorada y supo que sería suave como la seda que se vendía en la tiendas más exquisitas, donde sólo lo más ricos podían comprar. Toda ella sería satinada...

Ese pensamiento no era muy respetuoso. Tomó una bocanada de aire para no seguir por ese camino. Era un hombre y no podía evitar desearla, pero eso no significaba que fuera a dar rienda suelta a sus pensamientos. No tenía derecho, no era su esposa.

Nunca lo sería.

No, a ella la cortejaría alguno de los hombres elegantes de la ciudad. Alguno de esos con casas enormes en la calle más selecta; alguno de esos que nunca salían ni llevaban vaqueros ni olían a caballo y cuero. Alguno de esos que después de cenar bebían brandy en el salón de su casa.

No uno de esos que se tomaban una pinta de cerveza en el barracón.

Se entristeció. Si tuviera un sueño, sería Katelyn Green.

OceanofPDF.com

Tres

Dillon no podía hablar con ella. Algo le atenazaba la garganta. Cuando hubiera llegado a su lado, tendría la lengua paralizada y no habría forma humana de que dijera algo inteligible.

Sería mejor que se diera la vuelta y se alejara de allí antes de hacer el ridículo.

La silla de montar crujió cuando se movió para dar la vuelta al caballo y el sonido retumbó como un trueno entre el susurro de la nieve al caer.

Katelyn miró en su dirección con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. Los ciervos, inmóviles, levantaron la cabeza, aguzaron el oído y lo olisquearon. La mujer y los animales lo miraron fijamente como si fuera la encarnación del demonio.

La mirada de Katelyn lo abrasó como una llamarada azul.

—¿Qué está haciendo?

El tono fue de ira y, efectivamente, también parecía sentirla. Dillon abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Lo cual no era de extrañar porque no sabía qué decir. ¿Debía excusarse por haberse entrometido? ¿Estaba enfadada por eso?

—¿Cómo ha podido...? ¿Qué clase de hombre es?

Se acercó a él hecha una furia y él no tenía ni idea de lo que había hecho.

—Yo... —Dillon pensó que tenía que decir algo—. Yo, de verdad, lo siento, señora.

—¿Lo siente? ¿Siente haber intentado matar a los ciervos mientras les daba de comer? ¿Cree que no me habría importado que les hubiera disparado?

—No, mmm...

Tenía la lengua atorada. Ella lo alteraba como no había hecho otra mujer. En ese momento subía la ladera rebosante de rabia e indignación.

Era una auténtica belleza. Tenía la cara sonrosada por el frío y la cólera, los puños cerrados y la melena al viento como una yegua al galope. Era todo pasión.

No era de extrañar que se hubiera quedado mudo.

Entonces se dio cuenta de que seguía apuntando a los ciervos, que ya habían desaparecido entre los árboles. Estaban los dos solos y, ruborizado, soltó el gatillo y guardó el rifle en su funda de cuero.

—Lo... siento... señora.

—¿Lo siente? —parecía como si ella quisiera tirarle algo a la cabeza—. Tendría que estar avergonzado por aprovecharse de esa manera. Es un hombre. Supongo que no debería sorprenderme...

Él supo a qué se refería.

—Se equivoca, señora. Vi huellas de felinos por allí atrás y pensé...

No encontró la palabra adecuada. ¿Qué iba a decir? Ella lo miró fijamente con aquellos ojos azules rebosantes de rabia y que lo acusaban de ser el peor hombre sobre la faz de la tierra. No podía pensar.

—Yo, mmm, no quería que le pasara algo, señora.

Terminó la frase, pero no era lo que quería decir. ¿Se había dado cuenta ella? Esos balbuceos habrían dado una impresión pésima de él.

—¿Un puma? —preguntó ella como si no estuviera segura de que decía la verdad.

Había sido un avance. Al menos no parecía que fuera a fustigarlo y tampoco lo miraba como si fuera un mamarracho. Se sentó más recto sobre el caballo.

—Me llamo Dillon Hennessey. Soy el domador de caballos que contrató su padrastro —se llevó una mano al sombrero.

Un montón de nieve le cayó en el regazo. Maldita fuera. Tendría que haberse quitado la nieve antes de intentar aproximarse a una señora. ¿Se habría dado cuenta ella?

Sí. Katelyn se mordió el labio inferior para contener la risa y arrugó los ojos.

Él se quedó un poco hundido. Ya se había portado igual con otras mujeres, pero no con una que le importaba tanto. Si no superaba esa timidez apabullante, nunca encontraría esposa, nunca tendría su propia familia.

—Bueno, gracias por protegerme —los ojos le brillaron con una luz distinta y había desaparecido la tristeza que había notado en ellos—. Recogeré el cubo y volveré a casa. No me gustaría servir de almuerzo para un puma.

—Seguramente no tenga que preocuparse por eso. He visto lo delicada que es con ellos...

En cuanto las palabras salieron de su boca, pensó que era imposible que hubiera dicho algo tan ridículo. Tendría que hacer un esfuerzo para olvidarse de que lo había dicho.

Primero se quedaba mudo y luego no podía callarse. Podría haberle dicho directamente que le gustaba mucho, habría sido más digno.

—Quiero decir que echaré una ojeada mientras está por aquí.

Dillon se aclaró la garganta para parecer hosco. Era un hombre curtido, que se había criado en plena naturaleza.

Ella recogió el cubo y se pasó un mechón por detrás de la oreja mientras lo miraba a través de las tupidas pestañas.

—Entonces, me parece que tengo que disculparme por haberme enfadado con usted. Vi el rifle y pensé lo peor. Lo siento.

Ella levantó la cara y él vio, con toda claridad, un moratón en la mejilla del tamaño del puño de un hombre. El viento le revolvió el pelo y volvió a taparle la marca.

La ira le abrasó el pecho como un incendio imposible de dominar. Apretó las mandíbulas. Apretó los puños. Si el hombre con quien se casó estuviera allí, le enseñaría una buena lección.

—Tengo que volver.

Ella se dio la vuelta para evitar su mirada y para darle a entender que no le interesaba.

Se alejó entre la nieve. Él no pudo soportar que se marchara de aquella manera.

—Usted gusta a los ciervos —Dillon se dijo que acabaría harta de esos ridículos intentos de hablar con ella—. Quiero decir que es muy raro que se

acerquen a una persona.

Katelyn lo miró por encima del hombro, pero siguió andando.

—Mi abuelo también lo hacía. Los ciervos se acercaban a él —insistió él.

Katelyn se preguntó por qué intentaba hablar con ella. Siguió andando con esfuerzo por el dolor, pero notaba la mirada del jinete en su espalda.

—Tenemos un don con los animales.

¿Estaba cortejándola? Ella se dio la vuelta justo cuando él se encogía de hombros y un montón de nieve caía al suelo y asustaba al caballo, que dio un respingo.

—Tranquilo...

La voz del hombre fue un sonido grave y cálido como un sorbo de ponche de ron, mientras le acariciaba el cuello al caballo con un gesto lleno de suavidad para alguien tan imponente.

Katelyn se estremeció y se preguntó si sus caricias serían tan delicadas como parecían. Sin embargo, ella sabía que en ese mundo frío e implacable no había héroes fuertes, tiernos e íntegros.

Dillon Hennessey sería fuerte, amable y un poco desconcertante cuando hablaba con las mujeres, pero seguía siendo un hombre y soltaría un zarpazo cuando quisiera, como el puma que acechaba por aquellas praderas. En realidad, era despiadado. Su naturaleza era ésa.

¿Lo era? Cada vez que miraba por encima del hombro lo veía en la elevación, en medio de la nevada, con el rifle preparado, pero no amenazador. Como un guerrero protector, leal y vigilante mientras ella se alejaba entre la nieve cada vez más alta.

No había pasado mucho tiempo con los ciervos, pero había aclarado un dilema. Al menos sabía algo más de Dillon Hennessey. Sonrió al acordarse de ese hombre grande como una montaña que balbucía y parecía desorientado.

Abrió la verja. Estaba en casa por el momento. Cuando se dio la vuelta para despedirse con la mano, sólo vio viento, nieve y llanura.

El jinete había desaparecido.

Conservó su imagen durante todo el día y hasta el anochecer. El sol se desangró lentamente y las sombras extendieron su manto de oscuridad. Katelyn se quedó en su habitación con una vela encendida. Le llevaron la cena en un bandeja, pero no pudo comer.

Tenía que pensar en muchas cosas. El miedo estaba haciendo mella en su valor. Se levantó de la butaca y apartó la alfombra que tenía a los pies de la cama. Allí, bajo unos tablones que había soltado, estaba su porvenir. Desenvolvió el bulto de tela y lo sujetó entre las manos. Los diamantes resplandecieron incluso a la tenue luz de una vela. Las piedras preciosas estaban engarzadas en un collar de oro y dos anillos, regalos de su rico marido a su adorada esposa.

Eso era lo que él decía en las fiestas cuando fingía que era un marido cariñoso y atento. Cuando ella no podía decir la verdad.

Detestaba todas y cada una de las piedras. El anillo de boda, el anillo de aniversario, el collar que le regaló cuando se enteró de que estaba embarazada y que podía estar engendrando a su hijo varón.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los diamantes pasaron a ser un arco iris borroso. Volvió a envolverlos cuidadosamente y los guardó. Detestaba esos diamantes con toda su alma, pero le comprarían un porvenir. Pensaba vender cada pieza y disfrutar al saber que Brett ya no podía tocarla y que ella no lo necesitaba.

No necesitaba a nadie.

Empezaría una vida nueva. Sola. Como quería estar.

—Katelyn... —la voz de su padrastro al otro lado de la puerta le sonó áspera.

Colocó la alfombra y se levantó rápidamente mientras las bisagras anunciaban su inminente entrada. Cal Willman la miró desde la puerta con los ojos entrecerrados.

¿Qué había visto? Tendría que buscar otro escondite. Su padrastro era de los hombres que se hacían con todo lo que querían. Era un hombre grande y más alto que el jinete, pero todo él era brutalidad. Se sentía pequeña y vulnerable y detestaba sentirse tan enferma. Dentro de una semana se habría repuesto y se marcharía al abrigo de la noche como si nunca hubiera estado allí. Nunca volvería a verlo.

—¿Hay algún motivo para que irrumpas en mi cuarto? —preguntó ella sin alterarse.

—Es mi casa.

—Sí, pero no tienes derecho a entrar en mi dormitorio sin llamar.

—La escritura está a mi nombre y entraré donde quiera.

—Sí, pero mi padre construyó esta casa con sus manos. Lo vi clavar cada tablón. ¿Le pasa algo a mi madre?

Su padre había sido bueno con ella y tenía el leve recuerdo de un hombre alto, fuerte, con un sombrero de ala ancha para darle sombra a la cara cuando trabajaba al aire libre y que hablaba con ella mientras construía la casa. Ella tenía cinco años.

—Tu madre no ha estado bien desde que llamaste a la puerta de esta casa y te desmoronaste en el suelo del salón. Te he visto dar un paseo hoy. Si estás suficientemente bien como para dar un paseo por el campo e intentar tus argucias con uno de mis empleados, también lo estás para largarte de esta casa.

—¿Crees que quiero estar con otro hombre después de lo que he pasado?

—¿Acaso no es lo que queréis todas las mujeres? ¿No queréis un hombre que os lo pague todo? —apretó la mandíbulas impecablemente afeitadas—. Si quieres un hombre, yo te lo buscaré.

—No necesito un marido.

—Yo no te necesito a ti. Entiende lo que voy a decirte. Si vuelves a humillar el nombre de mi familia, te arrepentirás del día que viniste arrastrándote hasta esta casa. ¿Lo has entendido?

—No deberías preocuparte por mi humillante conducta.

Ella lo dijo sin alterarse y sin amilanarse. Nadie iba a intimidarla en la casa que construyó su padre.

Los ojos azules de Cal brillaron como el acero. Tenía los puños cerrados y las mandíbulas tan apretadas que parecía que iba a romperse los dientes, estaba rebosante de una furia gélida.

—Nadie va a juzgarme en mi casa, señorita. Recuérдалo o saldrás de una patada antes de saber quién te la ha dado.

No era bien recibida y no le extrañaba. Estaba en medio de sus constantes disputas. Era un recordatorio constante de que se había mancillado el nombre de la familia.

—Este escándalo me ha costado la mitad de las operaciones del banco. Me pregunto cómo vas a compensarlo.

Él se había imaginado que ella escondía algo, algo de valor. La fugaz mueca de satisfacción de sus labios le advirtió que debía tener cuidado. Le exigió que le entregara el dinero que tuviera cuando llegó allí, arruinada y sin hogar. Ella le mintió en lo referente a las joyas, que llevaba escondidas en un bolsillo diminuto de la falda.

Tenía que encontrar otro escondite que no fueran los tablones. Esas joyas podían valer lo suficiente como para empezar una vida nueva en algún otro sitio.

Cal se marchó dando un portazo. La llama flameó y se apagó.

Ella se quedó en medio de la oscuridad, completamente perdida. En el exterior, el resplandor de las estrellas se reflejaba en el manto de nieve. La luz nacarada la llevó hacia los cristales empañados de la ventana. Allí estaba el jinete, con una mano sujetando las riendas y la otra sobre el muslo. Era una sombra formidable que se recortaba contra el aterciopelado cielo negro y los refulgentes prados grisáceos, como todo lo bueno que había en el mundo.

Era un hombre. No podía dejarse engañar por las apariencias. Todos los hombres eran iguales por dentro.

Aun así, él la dejaba sin respiración y le aceleraba el pulso. Detuvo el caballo al llegar al cercado y pareció como si mirara hacia su ventana. Ella no sintió un estremecimiento de miedo, sino una oleada de calor, como si un rayo hubiera caído en su habitación. ¿Podía verla? ¿Estaba mirándola?

Era como si el mundo se hubiera quedado en silencio. La ira hacia su padrastro se esfumó. ¿Por qué parecía como si sólo existieran ellos dos? Sobre todo, ¿cómo era posible si no podía verle la cara?

Pasaron los segundos al ritmo de las palpitaciones mientras el hombre la miraba desde las sombras y ella lo miraba a él. ¿Qué significaba esa punzada que notaba en el centro del pecho? ¿Por qué tenía las palmas de las manos húmedas de calor y no de miedo?

Él la alteraba y la atraía como el suelo a un meteorito. Se acercó más a la ventana. Se agarró al frío alféizar y vio que él levantaba un brazo para tocarse el sombrero, el saludo de un hombre de campo, antes de cabalgar hasta el extremo de la cerca y alejarse con la espalda muy recta y fundirse con la noche.

El lazo entre ellos se rompió y Katelyn se encontró otra vez con el mundo que la rodeaba. La escarcha en las hojas de la ventana, el olor a cera de la vela y las voces de una discusión en la otra punta de la casa. Un estruendo le indicó que la discusión se había puesto violenta.

¿Por qué los hombres tenían que dominarlo todo? Como decía Brett, estaban al mando de su propio castillo. ¿Qué suponía eso para las mujeres con las que se casaban? Esas mujeres que habían cortejado galantemente antes de jurarles amor eterno. El jinete, pese a su timidez en un principio y su aspecto mítico de esa noche, no podía ser distinto. ¿Acaso no llevaba espuelas? Doblegaba la voluntad de los caballos con un látigo.

Desilusionada, se sentó en la mecedora que había en un rincón. El libro que había estado leyendo cayó al suelo, pero casi no lo oyó por los gritos y los ruidos que atravesaban las paredes. Eso era el matrimonio. Eso eran casi todos los matrimonios que había conocido, entre otros, el suyo.

Se tapó la cara con las manos. No lo recordaría. No permitiría que los pensamientos retrocedieran. La desdicha se apoderó de ella y la atenazó hasta que no sintió nada. Era mejor así. Lo mejor era no sentir nada.

Cuando levantó la cabeza, lo vio a través de la ventana. Era la silueta distante de un hombre y un caballo, pequeña contra la inmensidad del cielo, pero no insignificante. Cabalgaba muy recto, como si nada pudiera asustarlo, como si ejerciera la autoridad sobre todos los seres vivos de la llanura. Lo notó como un ascua ardiente en la yema de los dedos; como si hubiera encendido un llama en el extremo de una mecha apagada y ennegrecida.

¿Qué tenía aquel hombre? Ya no era una colegiala que esperaba que un hombre singular se enamorara de ella. Se sentía vieja y desilusionada al acordarse de que una vez suspiró con la esperanza de que un hombre pudiera amarla sinceramente. Un hombre refinado y rico como Brett Green, con los trotones más envidiados del condado. Un hombre que la había

tratado con respeto, que la había cortejado con palabras amables e intenciones elevadas, que por su compromiso le había regalado un diamante deslumbrante cuando sus amigas habían recibido unos anillos de oro normales y corrientes.

No existía el idilio ni el galanteo. No existía el amor de un hombre que conquistar.

El regusto amargo le quemó el pecho. ¿Por qué conservaba esperanzas? Tenía la muñeca vendada y todavía se le notaban los moratones en la cara; tenía el vientre yermo y el corazón vacío. ¿Por qué suspiraba cuando miraba al jinete?

Supuso que porque lo natural en una persona era esperar que la amaran sinceramente. Independientemente del daño tan intenso que le había hecho Brett e independientemente de lo maltrecho que tenía el corazón, quería creer que existía un hombre digno y de una pieza. Y que él pudiera amarla.

Que ella pudiera inspirar amor.

El jinete captó su atención otra vez. Había vuelto y no estaba solo.

Se maravilló al verlo desmontar con un movimiento liviano y él, tras soltar las riendas, se alejó de su caballo. La luz de las estrellas enaltecían la curva de su cabeza y la palma de su mano extendida.

El caballo indio salió de entre las sombras con la cabeza en alto, la orejas erguidas, la cola levantada y cada músculo en tensión. El cuello y el lomo reflejaban el resplandor de las estrellas y sólo se movían su melena agitada por el viento y borde del sombrero de Dillon. El hombre y el caballo se midieron, quietos como estatuas.

No dio crédito a sus ojos cuando el caballo levantó uno de los cascos y se acercó al jinete inmóvil. Él mantenía la mano extendida. ¿Por qué no se alejaba corriendo el caballo?

Katelyn se aferró al borde del cercado antes de darse cuenta de que estaba fuera, con la ventana abierta a sus espaldas y el frío atravesando sus enaguas de franela. Sintió un escalofrío, pero le dio igual que la sangre se le congelara en las venas. Tenía que mirar. Tenía que ver lo que estaba pasando.

Todo a su alrededor estaba expectante. Un búho dejó de ulular como si escuchara el melódico ronroneo de la voz del jinete.

Elevó el tono lenta y sosegadamente para formar la serie de sonidos más delicada que había oído. ¿Qué estaba diciendo? Fuera lo que fuese, el caballo estaba extasiado, como lo estaba ella, por los apacibles y viriles sonidos. Ella nunca había oído algo parecido. Sus palabras rebosaban ternura y un respeto cercano a la veneración. Katelyn se bajó de la cerca y entró en el corral. Se sentía tan atraída por la voz del jinete como lo estaba el caballo salvaje.

El animal estiró el magnífico cuello para oler. La melena subía y bajaba al ritmo del viento y los músculos se contraían bajo las manchas de su pelaje. Se acercó un centímetro más a la mano de Dillon.

Katelyn pisó una rama diminuta, pero el crujido fue como un latigazo para el caballo. Ella se quedó petrificada, pero fue demasiado tarde. El imponente animal giró de un salto como si lo hubiera atacado un puma.

El jinete habló, emitió un sonido cauto y lastimero, una combinación de vocales que ella no había oído nunca. Significaran lo que significasen, el caballo se detuvo y se volvió para atender al hombre.

Dillon, como si no se hubiera dado cuenta de la presencia de ella, como si no hubiera oído el chasquido de la rama, se mantuvo donde estaba y sin apartar la mirada de caballo. Era como un mago curtido, solitario y misterioso que tenía hechizado al caballo, que lo había inmovilizado como no habría hecho ningún lazo.

Nunca había visto un hombre así. No había tocado la pistola que llevaba al cinto. La mano libre, enfundada en un guante de cuero, no se había acercado al lazo que tenía en la cadera. Se limitaba a atraer al caballo cada vez más cerca, no a capturarlo.

El caballo salvaje dio otro paso receloso. Un par de metros separaban al hombre y la bestia. Los dos bañados por el brillo de las estrellas.

Las palabras de Dillon eran como un amanecer después de una noche gélida y desolada. Como una luz delicada y acogedora que ella anhelaba para su corazón sumido en las tinieblas. Le dolía el pecho como si se lo hubiera atravesado una bala.

La visión del caballo salvaje que se acercaba a él hizo que ella también quisiera acercarse. Deseó posar su mano en la mano de Dillon, percibir su

calidez y dejarse arrastrar por la belleza y la delicadeza. ¿Habría un hombre en el que se pudiera confiar?

El caballo ya estaba a unos centímetros de la yema de los dedos. Receloso pero absorto, alargó el cuello y cubrió esa distancia. Las ventanas de su hocico se abrieron para recibir el olor del jinete.

Un estallido atronador rompió el embrujo. El caballo dejó escapar un relincho cargado de dolor y miedo. Un segundo disparo retumbó por toda la llanura mientras el caballo salía volando. La nieve se tiñó de sangre.

Lo habían herido. La rodillas de Katelyn cedieron y cayó sobre la nieve dura como el hielo. ¿Quién sería capaz de disparar a un animal tan bello?

—Maldita sea, Hennessey —la ira de su padrastro llegó como un vendaval—. ¿Por qué no has pegado un tiro a ese animal inútil? No podía creermelo lo que estaba viendo. ¿Qué ibas a hacer? ¿Ibas a atarlo antes?

Katelyn se dio la vuelta para esconder la cara. ¿Era real lo que había presenciado? ¿El jinete había embaucado al animal para capturarlo? Dillon no habría hecho daño al caballo, ¿verdad?

—No había pensado atarlo —contestó el jinete.

El espanto la alcanzó como un latigazo en la espalda. El jinete no estaba hecho de leyenda y luz de luna. Sólo había sido el resplandor de las estrellas y un fruto de su imaginación desbocada. La ilusión de querer encontrar un hombre al que amar.

Después de lo que había sufrido, debería saber que ese hombre no existía. El viento fue como una bofetada en la cara y el frío le llegó hasta los huesos. Se arrodilló a los pies de un álamo, tan desolada como una noche sin estrellas.

—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó Cal—. A los caballos, muchachos, no puede haber ido muy lejos con esa bala que le he metido. El hombre que lo tumbe se llevará un premio de quinientos dólares.

—¿Cómo los pagará? —preguntó Pete entre los murmullos de los peones.

—En especie, si queréis.

El tono ostentoso de Cal no engañó a nadie y mucho menos a ella. Las dificultades económicas de su padrastro debían de ser considerables.

Sin embargo, su orgullo parecía ser más importante y sus siguientes palabras llegaron desde los establos.

—Ned, ensilla mi caballo. Quiero acabar con ese problema. Estoy harto de que ese semental mestizo persiga a mis yeguas de pura raza.

Katelyn, con espanto, vio que el jinete se montaba inmediatamente en su caballo y sin mirar a ningún lado se lanzaba hacia la oscuridad de la llanura llevándose con él los últimos retazos de inocencia que le quedaban a ella.

OceanofPDF.com

Cuatro

Katelyn no podía dormir. Agitada, cerró las contraventanas para tapar el paso a la luz de la luna que entraba por la rendija de las cortinas. La oscuridad total no sirvió de nada. Todavía podía ver al jinete montado en su caballo como un guerrero de la antigüedad presto para la batalla.

Sintió náuseas. ¿Qué hacía allí tumbada? Podía levantarse y hacer una infusión. Algo que la sosegara. Sin embargo, se temía que una infusión no iba a borrar a Dillon Hennessey de sus pensamientos.

La cocina estaba oscura como una cueva. Abrió la tapa de los fogones y removió las ascuas para avivarlas. Resplandecieron como si se quejaban y echó unas astillas. Oyó un chisporroteo. Dejó la tapa abierta y puso encima un puchero de barro que había sacado del armario.

Era la recompensa por acabar con el caballo salvaje. Sintió que la ira le abrasaba como las llamas de los fogones, pero más intensa y destructiva. ¿Quién sería capaz de hacer algo a un animal tan bello? Todavía podía ver al magnífico caballo, con los músculos en tensión, que tocaba la mano del jinete.

¿Cómo había podido engañarlo? Katelyn, sin importarle el ruido, dejó el puchero de golpe sobre la encimera y rebuscó por los cajones para encontrar una cuchara. Si el jinete estuviera allí, se ocuparía de decirle lo que pensaba exactamente de él. De él, de su engaño, de sus espuelas, de sus pistolas, de su perversidad oculta tras un aspecto tímido y silencioso.

Habría podido hacer una lista de defectos en lo que tardó el agua en calentarse. Los defectos de Brett, los de su padrastro y los de todos los hombres que había conocido. Todos estaban muy satisfechos con su poder y con imponérselo a los demás. Independientemente del precio. Independientemente de quién lo padeciera y quién muriera...

Le abrasaron los ojos. Se le nubló la vista. La punzada de dolor en el centro del pecho aumentó y se extendió como si se hiciera astillas hasta que acabó en el suelo entre sollozos, sin poder respirar, sin poder ver, atragantándose para intentar librarse del dolor, ahogándose en la oleada que la arrastraba, muriéndose.

Tenía los brazos vacíos. Tenía el corazón vacío. Su cuerpo, su alma, su vida estaban vacíos. Sólo quería al bebé que amó. La niña de cara redonda con una sombra de pelo negro y una naricita como un botón y...

Las bisagras de la puerta que daba al exterior chirriaron. Oyó los pasos de un hombre. ¡Su padrastro! Katelyn se limpió la cara con la manga, pero las lágrimas siguieron cayendo. Se levantó como pudo para cerrar la tapa de los fogones y la única luz que había en la cocina se apagó.

Sin embargo, había sido demasiado lenta. Estaba detrás de ella, en el umbral de la puerta, y el viento de la noche entraba con él. Irradiaba frío y ella, en la oscuridad, se estremeció, se secó la cara y se tragó las lágrimas que tenía en la garganta.

—Estaba haciendo una infusión. No podía dormir.

Se le cayó la tapa de la tetera, pero el ruido que hizo hasta que se paró no cubrió el sonido de su respiración entrecortada.

—A mí me pasa algunas veces —dijo Dillon—. Las infusiones también me sientan bien.

La cocina estaba oscura, pero él no necesitó luz para verla.

A ella se le cayó la cuchara. Dejó escapar un gemido de fastidio y se arrodilló entre el susurro de su camisón. Llevaba un camisón con puntillas en el borde. Él lo sabía porque lo había visto la noche anterior. Era normal. Era una mujer refinada. Seguramente, también tendría puntillas en las mangas y en el cuello del camisón, alrededor del escote.

Al acordarse de los modales de ella, se quitó el sombrero.

—Huele a manzanilla.

—Sí.

Estaba de espaldas a él, pero no le ocultaba nada.

Había pasado la vida entre caballos e interpretar los sentimientos de otra criatura le parecía más fácil que el libro de poesía que leía todas las noches

en su camastro. La había oído llorar y notaba algo parecido al dolor en el corazón.

La compasión se adueñó de él con tanta intensidad que le sorprendió. Lo dejó desarmado. Le dio valor para acercarse un paso, pero sólo uno. Era asustadiza y no quería asustarla por nada del mundo.

Se quedó parado con el sombrero en la mano y dejó que los segundos fueran pasando mientras ella dejaba reposar la infusión.

—¿Qué se necesita para conseguir una taza de eso?

—Apuntarme a la cabeza con una pistola cargada.

Qué curioso, ya no parecía tan asustadiza.

—Parece muy drástico. Estoy dispuesto a cambiarlo por un favor. A juzgar por su padrastro, podría necesitar que le echaran una mano de vez en cuando.

—¿Qué favor podría hacerme alguien como usted?

—No lo sé... Ensillar un caballo para que vaya al pueblo.

—Puedo ensillar un caballo y le agradecería que me dejara tranquila.

Efectivamente, no estaba asustada por él. Parecía furiosa y no podía entenderlo. Ni remotamente.

—¿Qué le parece un caballo ensillado en medio de la noche con mi palabra de que nadie sabría que se marcha?

Había dado en el clavo. Ella reaccionó como el chasquido de un látigo. Se puso en tensión.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Muy fácil. Parece que su padrastro no quiere que se quede aquí y usted no deja de mirar el camino —había captado su atención y colgó el sombrero en el respaldo de la silla—. Creo que una mujer que no quita la vista de la puerta es porque piensa marcharse.

—¿Se me nota tanto?

—Quizá para alguien que se fija, pero Cal Willman no es observador.

—Mejor...

Ella dejó escapar un suspiro de alivio. A Dillon le pareció que lo había soltado él. ¿Estaba pasándolo tan mal? Sabía que sufría por la pérdida de un hijo y de su matrimonio, pero ¿había algo más? Se acordó del moratón en la mejilla y supo que tenía que haber algo más.

—¿Qué me dice? —tenía que ser cortés y demostrarle que era un hombre amable—. ¿Me da un poco de esa infusión?

—No.

No era la respuesta que había esperado, pero, seguramente, era la que se merecía. Ya sabía que no le interesaba. La desilusión cayó como una losa en su corazón. Agarró el sombrero.

—Creo que será mejor que la deje en paz. Buenas noches, señora.

—Buenas noches.

—Espero que la infusión le ayude a dormir. Yo estoy tan cansado que dormiré a pierna suelta.

¿Qué replicaba? Katelyn apretó la cuchara hasta que le hizo daño en los nudillos. ¿Cómo podía dar caza a ese hermoso animal, al mismo que había engañado para que confiara en él, y luego dormir tan tranquilo?

¡Era un hombre espantoso! Lo aborrecía. Aborrecía todo lo que se refería a él y él representaba. Pensó en tirarle la cuchara. Lo habría hecho si no fuera mucho más fuerte que ella. Le habría devuelto el golpe, como cualquier otro hombre.

Aun así, lo que contaba era la intención.

Estaba harta de hombres brutales. Cuando vendiera las joyas, no tendría que depender de ninguno. Conseguiría un buen trabajo y un sitio donde vivir y nadie le haría daño. Nadie.

Estaría sola. Dormiría sola. Comería sola. Viviría sola. Pasaría sola las vacaciones.

Observó la enorme espalda de Hennessey mientras se alejaba, seguramente para buscar a Cal, y reparó en sus andares autoritarios. Supo con plena certeza que no necesitaba a ningún hombre.

La soledad era un precio bajo por la seguridad, por la tranquilidad, por la posibilidad de estar, si no feliz, al menos conforme.

Era lo máximo que podía esperar.

El olor a manzanilla la sacó de sus ensoñaciones sobre el futuro. Tenía que reponerse. Estaba demasiado débil y dolorida para marcharse. Dillon había hecho que se diera cuenta de que tenía que pensar en muchas cosas. ¿Se llevaría un caballo? Podía tomar un tren, como había pensado, y dejarlo en el establo del pueblo. ¿Dónde acabaría? No tenía un horario de trenes,

pero podía oír el silbato de la estación. Sabía cuándo llegaban y salían los trenes. Tomaría el primero de la noche, aunque fuera uno de carga que paraba para repostar agua y carbón. Tomaría las decisiones a partir de ese instante...

—¡Hennessey! ¿Eres tú? —la furia de Cal resonó por toda la casa.

A Katelyn se le cayó la cuchara otra vez. La recogió y la dejó en la encimera mientras se juraba no hacer más ruidos. No podía volver a ver a su padrastro esa noche.

—Sí, acabo de volver —Dillon lo dijo con un tono distendido.

¿Por qué no iba a ser así? Ella sabía que estaban cortados por el mismo patrón. Unas lágrimas de rabia le escocieron en los ojos y se clavó las uñas en la palma de las manos.

Quizá, si no hiciera ningún ruido, Cal no sabría que ella estaba allí.

—Te debo quinientos cuando te vayas. No me hace gracia, jinete, pero te agradezco que me hayas resuelto el problema.

—Entiendo. Un hombre con su reputación como criador no querrá que un caballo indio se mezcle con sus carísimas yeguas.

—Me alegro de que lo entiendas. No me olvidaré de los quinientos. Tenemos un problema con un puma. No estaría mal mandar a un par de hombres bien armados y que usen su esqueleto para atraer al maldito gato. Yo lo agradecería mucho.

¿Lo agradecería? Era una forma muy delicada de decir que lo pagaría. Dillon sintió una repugnancia que no pudo soportar. Solía evitar los enfrentamientos siempre que podía. La mayoría de las veces no merecían la pena.

Otras, sí.

Contuvo la respiración y se acordó de la mujer que estaba en la habitación de al lado. Habló con tranquilidad para no asustarla, pero con una seriedad implacable.

—No sé bien cómo van a hacerlo los muchachos.

—Ya. Están cansados, ¿no? Supongo que mañana por la noche dará lo mismo.

Cal debió de pensar que resultaba intimidante desde lo más alto de la imponente escalera de madera.

Dillon separó los pies y se puso en jarras.

—No. Yo ceo que mañana por la noche tampoco será posible.

—¿Por qué?

—Hay dos motivos. El primero es que los hombres no han vuelto todavía. Siguen por ahí buscando ese caballo indio.

El tono desafiante del jinete sonó como un trueno invernal.

Katelyn se acercó a la puerta sin que la vieran. Podía ver el brazo y el codo del jinete y la punta redondeada de su bota derecha.

Sin embargo, podía notar su presencia como si fuera una tormenta que se acercaba cargada de una fuerza contenida.

—¿Cuál es el otro motivo? —preguntó Cal.

Katelyn sabía la respuesta. Era poco dinero, quería más de quinientos dólares. Sabía cómo eran los hombres. Cal y él discutirían, se intercambiarían insultos, mostrarían sus lados más rudos y Dillon entregaría el caballo que había escondido por la cantidad que le pareciera aceptable.

¿Por qué estaba escuchando? Tenía que tomar la infusión, volver a su cuarto y olvidarse del jinete. Era igual que su padrastro y que los otros hombres que perseguían a un caballo herido en beneficio propio.

—El verdadero motivo es muy sencillo —Hennessey se agarró al remate del poste de la escalera con una mirada retadora—. No he atrapado al caballo.

—¿Qué quieres decir? Estabas allí. Lo herí. No pudo escapársete.

—Es un diablo muy escurridizo.

Claro, Hennessey empezaría a negociar en ese momento. Primero conseguiría el dinero que quería y luego le llevaría el caballo. Katelyn, asqueada, se dio la vuelta silenciosamente y con una decepción tan pesada como un yunque. No quería oír nada más.

—¡Me da igual lo listo que sea ese trozo de carne para perros! Quiero que me traigas ese caballo.

Katelyn se quedó paralizada. ¿Qué había pasado con el caballo? El pulso le martilleaba en el pecho y esperó, anheló, que el animal hubiera escapado.

—No puedo hacerlo. Lo siento, señor.

Katelyn se sintió aturdida por el alivio. O quizá fuera por los sentimientos tan extremos que se debatían dentro de ella. Orgullo por el caballo herido que había eludido al jinete y furia contra Dillon por haberlo perseguido. Era un canalla. Un hombre fuerte que perseguía al débil, al más vulnerable. Sintió náuseas.

—¡Entonces vuelve allí fuera! —la furia de Cal retumbó en el silencio de la casa—. ¡Largo! Inmediatamente.

—No voy a hacerlo —replicó el jinete sin amilanarse.

Katelyn recuperó la esperanza. ¿Qué había dicho? ¿El caballo estaba vivo?

—No voy a permitir que se le haga daño al caballo. Cuando me contrató, hicimos un trato, Willman. Le dije que no habría malos tratos. Yo no voy a hacerlo. No voy a tolerarlo. Sólo los cobardes hacen daño a los animales.

Estaba como un caballero andante a los pies de la escalera, bañado por la luz en medio de la oscuridad, como un soldado solitario que luchaba por lo que era justo.

Era una ilusión y ella lo sabía, pero estaba equivocada. Dillon no había cazado al animal y saberlo la dejó temblando. Los ojos le abrasaron.

Había sido vil con él. Se acordó de sus torpes intentos de hablar con ella en la cocina y de que había dado por supuesto lo peor. Se había equivocado. Se había equivocado respecto al caballo. ¿Respecto al hombre?

—No, Willman —siguió Dillon con una furia contenida—. Ni por todo el dinero que pueda robar o pedir prestado para pagarme. Es el momento de dar por terminado nuestro trato.

Los improperios de Cal hicieron que Katelyn sintiera asco, pero no intimidaron a Dillon.

—Si no tiene el dinero —propuso el jinete con firmeza—, cobraré mi sueldo en especie. Me he fijado en tres de sus yeguas. Me conformaré con eso.

—Canalla codicioso. Si te llevas esos caballos, serás un ladrón y me ocuparé de que te pongan una soga al cuello. En este condado todavía colgamos a los cuatreros.

—Cobrar lo que me debe no es un robo. Cualquier jurado estará de acuerdo.

—¿Para qué queremos un jurado? Haz el trabajo por el que te pago.

—Entonces, págueme lo que me debe o le obligaré a sacar esa sogá. No es lo bastante hombre para ponerla alrededor de mi cuello.

—Muy bien. Me libraré de ti, pero eso no salvará la vida del caballo.

Cal bajó la escaleras hecho una furia y al pasar junto al jinete lo golpeó con fuerza en el hombro.

Hennessey no se inmutó. Se mantuvo como una montaña de granito, como si nada pudiera afectarlo.

Era el único hombre que ella había conocido que podía enfrentarse a su padrastro.

Se oyó el chirrido de una puerta en el otro extremo del vestíbulo, pero no era la puerta del despacho donde Cal tenía la caja fuerte. Era la puerta del dormitorio de Katelyn.

¡Buscaba las joyas! Ella se quedó sin respiración por el espanto. Se llevó las manos al cuello para intentar tomar aire. Sus planes cayeron por tierra ante sus ojos cuando vio que su padrastro se acercaba con algo resplandeciente en una mano extendida.

—Toma. Es todo lo que tengo. Valen varios cientos. Un vagabundo como tú no vale más.

—No me interesan las joyas de mujer. Le he dicho que quiero dinero o me llevaré las yeguas. Usted elige la forma de pago.

Katelyn se derrumbó con las manos en la cara. Era imposible. ¿Cómo había podido olvidarse de cambiar de sitio las joyas? Había sido por él, por el jinete. Al verlo salió de su dormitorio y se olvidó de todo lo demás. Era una injusticia después de todo lo que había sufrido.

—No puedo permitir que te lleves las yeguas. Son lo único que me dan cierta solvencia. Si tuviera el dinero, te pagaría —Cal estrujó el collar en su manaza—. En esta casa hay muchos tesoros, seguro que hay algo que te puede interesar.

—La pintura o los candelabros de plata no me sirven de nada. Tiene hasta mañana por la mañana para conseguir el dinero, si no, dejaré el asunto en manos del sheriff.

—No, espera. Hay algo que puedes llevarte. Sé que la deseas. He visto cómo la mirabas.

Katelyn se quitó las manos de la cara. Levantó la cabeza y pudo ver el gesto de triunfo en la cara de Cal y el de espanto en la del jinete.

—¿Me vendería a su hija?

—Es mi hijastra y no me sirve de nada. Sabe cocinar y puede limpiar. Además, te calentará la cama. Seguro que vale trescientos dólares.

OceanofPDF.com

Cinco

Dillon no podía creérselo. ¿Había oído bien o se lo había imaginado? Los hombres no vendían a sus hijas.

Al menos, los hombres buenos, se corrigió a sí mismo. No era la primera vez que había visto algo así. Lo había visto hacer a granjeros sin dinero que querían seguir en una partida de póquer.

—¿Realmente es un malnacido tan rastrero?

—Por lo menos no soy un vagabundo despreciable. Llévatela y lárgate.

Willman reunió la dignidad que le quedaba, se guardó el collar de oro y diamantes en el bolsillo de su bata de rayas negras y subió las escaleras.

Lo detestaba. Dillon se bajó el ala del sombrero, giró la cabeza hacia la puerta y vislumbró la sombra de ella en la cocina. Se había olvidado de que estaba allí, de que lo había oído todo.

Se quedó indeciso. ¿Se acercaba a ella? Si lo hacía, ¿la tranquilizaba o le ofrecía lo que sabía que ella quería, la oportunidad de escapar?

Si hacía eso último, ¿por qué iba ella a querer a alguien como él? Estaba seguro de que en cuanto se repusiera tendría los hombres que quisiera. Hombres vestidos con sus mejores galas, perfectamente peinados y con los modales adecuados para cortejar a la preciosa mujer que era.

Oyó el susurro de unas ropas, unas pisadas furtivas y ella desapareció. En el extremo opuesto de la casa, unos tablones crujieron bajo el peso de ella. Iba a marcharse muy deprisa. Ya tenía la respuesta. Efectivamente, no quería a alguien como él.

Esperaría hasta la mañana siguiente para aclarar el asunto. No iba a tratar a una mujer como si fuera una mercancía. Excepto que estuviera seguro de querer tener una esposa.

En ese caso, tendría que hablar con ella. Besarla. Saber qué decir cuando estuvieran cenando. También podía llegar a la luna de un salto... Sus pocos intentos de hablar con ella le habrían hecho pensar que era un necio balbuciente.

Además, en ese momento, creería que era un hombre capaz de comprarla.

Eso demostraba su filosofía de vida. Los caballos no eran el problema, lo eran sus dueños. Siempre pasaba lo mismo. Cuanto más tiempo dedicaba a eso, más disparatados le parecían los hombres.

Quizá hubiera llegado el momento de sentar la cabeza. Le había dado muchas vueltas durante el año anterior. Añoraba las tierras que tenía. Añoraba la sensación de tener raíces.

Si iba de un lado a otro era porque no tenía a nadie que lo retuviera. No tenía una mujer. Una casa era abrumadoramente solitaria para un soltero demasiado tímido como para cortejar a una mujer. Sin embargo, no tendría que cortejar a Katelyn. Ya era suya.

¡No podía plantearse comprar a una mujer! ¿Qué clase de hombre haría algo así? ¿Qué pensaría ella?

Se acordó de la sombra espectral de su cara en la cocina, de su aire introvertido. Sabía que era una actitud meramente defensiva. Una herida muy profunda.

Ella no volvería a confiar fácilmente en otro hombre y menos en un hombre que se ganaba la vida trabajando con las manos. Era un disparate imaginárselo y lo mejor que podía hacer era pensar en su próximo destino y en las yeguas que quería, porque el canalla de Cal Willman tenía tantas dificultades económicas que no podría reunir unos cientos de dólares.

La noche era atroz. La nieve caía con rabia de un cielo despiadado mientras avanzaba penosamente y el viento gélido atravesaba todas las capas de lana que se había puesto para no congelarse, pero estaba demasiado alterado y eso le daba igual.

La furia aumentaba con cada paso que daba, una furia que intentaba dominar. Era un ser indeseable y arrogante que creía que podía vender a una mujer como si fuera una de sus yeguas.

Ned apareció de entre las sombras y tuvo que hacer un quiebro con el caballo para apartarse.

—¡Eh! ¿Por qué estás tan acalorado?

Lo que había pasado en la casa no era incumbencia de nadie. Lo que le había ofrecido Willman le corroía las entrañas. Otro hombre lo habría aceptado. Era un país libre, naturalmente, pero las mujeres estaba a merced de los hombres que las tenían bajo su custodia. Era evidente para cualquiera que Cal Willman quería librarse de su hijastra.

¿A quién se la ofrecería después? ¿A Ned? ¿A Rhodes?

Allí estaba el vaquero de mirada gélida que acompañaba a Ned en medio de la tormenta. El hombre, bajo y miserable, seguía llevando el rifle montado y preparado. Estaba ansioso por matar a ese animal casi mítico para ganarse lo que consideraba una fortuna.

¿Qué pasaría si Rhodes hubiera encontrado al caballo indio y Willman le ofreciera a Katelyn como recompensa?

Las entrañas se le revolvieron con tanta fuerza que no vio el primer escalón del porche. La idea de que el vaquero pusiera sus manos sucias y rechonchas sobre esa piel satinada le nubló la vista. Una oleada de cólera se adueñó de él como un terremoto mientras se quitaba las botas de una patada y tiraba unos leños en la estufa con tanta fuerza que podría haber partido el acero.

Sabía que no era quién para protegerla.

—Vaya, el jinete está de buen humor —ironizó Rhodes mientras entraba en el barracón—. Supongo que te habrá fastidiado no conseguir la recompensa. Mejor, porque hay que ser un hombre de verdad para acabar con esa bestia. Conoce la llanura y dónde esconderse. No te preocupes más porque tengo pensado cómo sacarlo de su escondite.

—Si has pensado en llevar a una de las yeguas en celo de Willman, no va a servirte de nada —Dillon sabía que el animal estaba herido y que iba a ser muy difícil capturarlo—. Quítate las botas. No voy a limpiar toda esa porquería.

Cerró la puerta de un portazo. Necesitaba descargar su furia en alguien y sabía el peligro que eso suponía. No recordaba cuándo estuvo así de furioso la última vez. Era una furia ciega que crecía dentro de él como un

huracán y que amenazaba con hacerle perder el dominio de sí mismo. Todo por una mujer.

Era un hombre triste y lamentable. La anheló mientras se lavaba la cara y los dientes frente al espejo partido del cuarto de aseo. El reflejo se lo confirmó. Tenía unas arrugas profundas en la cara y la frente. Estaba alterado, era evidente.

El camastro estaba helado y las mantas crujieron por la escarcha cuando se tapó con ellas. El viejo candil de latón daba una luz trémula, pero podía leer. Las pulidas palabras de William Blake lo arrastraron al poema, pero no se la quitaron de la cabeza.

Podía ver la luz en la ventana de su dormitorio si se inclinaba hacia la izquierda y alargaba el cuello. La casa estaba a oscuras excepto por la tenue luz en su ventana. Supuso que sería una vela que la iluminaba mientras estaba de pie junto a la cama. Se sintió como un delincuente por mirarla. Los hombres decentes no miraban furtivamente por las ventanas de las mujeres, pero, aun así, él miró. Ella había dejado abiertas las cortinas y la vio doblar algo con cuidado. Se inclinó, esbelta y elegante, y la curva perfecta de la espalda continuó en el cuello y resaltó la seductora redondez de sus pechos.

Sintió un deseo tan intenso como un latigazo. Se sorprendió. Era duro como una roca y sus calzones se tensaron en el vientre cuando se inclinó hacia el ventanuco que le permitía verla.

La tenue luz era como una caricia en su delicado contorno de mujer, como la caricia de un enamorado entregado. Apretó los puños con deseo. Debería estar avergonzado por desearla, pero lo que sentía no era sólo deseo.

Ella era algo más. La anhelaba con el corazón, con cada centímetro de su cuerpo, con toda su alma. La quería mucho.

El vozarrón de Ned bramó desde el otro extremo de la casa mientras descorchaba una botella de whisky y otros hombres irrumpieron echando pestes del tiempo y del maldito caballo que se les había escapado. El mido le recordó dónde estaba. No quería que lo sorprendieran fisgando a una mujer que estaba fuera de su alcance.

Se reclinó sobre las almohadas y levantó el libro para que le diera la luz. Leyó, pero esa noche las brillantes imágenes y las vigorosas palabras no lo conmovieron. Estaba demasiado cansado, tenía demasiado frío, estaba demasiado distraído. Quizá lo mejor fuera dar por terminado el día.

Dejó el libro, apagó la luz y se arropó con las mantas. Poco a poco, fue entrando en calor y los demás hombres fueron tirándose en sus camastros. El barracón quedó a oscuras, con el ruido de los ronquidos ebrios y el azote de la nieve en las paredes.

El agotamiento cayó sobre él como un peso muerto, pero no pudo dormir. La sangre le bullía en las venas y seguía con la dureza entre las piernas. Se negó a pensar en ella. No volvería a desearla. La respetaba demasiado. Aun así...

Se inclinó hacia la ventana. La luz seguía brillando como un reclamo en la noche. ¿Estaría acostada entre sábanas con encajes? ¿Llevaría puesto ese camisón con puntillas que tenía que ser tan delicado como su piel?

Esos pensamientos sólo complicaban más las cosas. Incómodo, se sentó y se destapó para que el frío le sofocara la sangre.

Aunque castañeaba los dientes y tiritaba de pies a cabeza, seguía teniendo ese problema concreto. Parecía que iba a durarle un buen rato.

Se tapó la cara con las manos. El día siguiente iba a ser complicado. Tenía que estar preparado. Si pudiera dejar de pensar en ella, quizá también pudiera dormir un poco.

Quizá... lo que quería al día siguiente no podía esperar.

La conversación con Willman lo había alterado. Recordaba haber sentido el silencio abrumador de Katelyn en la cocina. Él, naturalmente, no compraría una esposa, pero si ella quisiera...

¿Se había vuelto completamente loco?

Un movimiento al otro lado de la ventana llamó su atención. El destello de una visión en la tormenta que se desvaneció antes de que pudiera saltar del camastro y quitar la escarcha de la ventana con la uña del pulgar. Era ella. Un retazo de mujer, una sombra en la noche, pero el corazón le palpitó como no lo había hecho jamás.

Katelyn no pudo volver a la cama. No pudo dormir después de aquello. No pudo soportar quedarse en la casa, por muy débil que estuviera, y se dirigió hacia la puerta de atrás.

Ése día ya había pasado mucho tiempo levantada y el dolor le atenazaba el pecho. La tempestad fría y oscura cayó sobre ella. Recibió con agrado el viento helador en el alma mientras no dejaba de repetirse las palabras de su padraastro.

La cólera la invadió y todo adquirió un color negro e insondable. El malnacido le había quitado las joyas, todo lo que tenía en el mundo. Lo único que llevaba encima cuando salió de la casa de su marido. No tenía familia ni amigos ni a donde ir. Hizo un esfuerzo por alejar de su cabeza aquellos recuerdos espantosos y llegó a los establos. Se apoyó en la puerta antes de abrirla para recuperar el resuello. Si lo conseguía, se marcharía. Compraría un billete de tren y saldría corriendo.

El médico le había dicho que tenía que descansar. Le había explicado las complicaciones que temía. Ella cerró los ojos para ahuyentar el pánico que le producía el recuerdo de las manchas de sangre en el camisón, en las sábanas y en...

Eludió la imagen, pero no la idea. Se estremeció de miedo mientras el viento la barrió como si fuera el contacto de una persona en la espalda. Había seguido su consejo. Estaba tan débil que no pudo hacer otra cosa, pero ¿cómo había terminado? Había recuperado algo de fuerzas y estaba sin blanca. ¿Qué sería de ella? Seguía estando demasiado débil para viajar.

—Señora...

Una voz masculina atravesó la ferocidad del viento y la nieve. Se dio cuenta de que él estaba tocándole la espalda. El jinete la protegía de las acometidas del frío.

—La llevaré otra vez a la casa. Allí hace calor. Un hombre abrigado moriría de frío en un momento. Alguien tan frágil como usted no puede quedarse aquí.

—No puedo volver todavía.

Ella no supo por qué se lo había dicho. Él no lo entendería.

—Lo pasa mal en la casa, ¿verdad?

—Como siempre. Por eso me casé. Pensé que cualquier sitio sería preferible a vivir con ellos.

Se había equivocado, pero no le dijo la verdad. Había algo peor: vivir con un hombre que quería un hijo varón por encima de cualquier cosa, cualquier cosa, y presenciar cómo lo destruyó eso, antes de destruirla a ella.

—La desesperación puede sacar lo peor de un hombre o lo mejor —reflexionó el jinete—. En cualquier caso, pone a prueba la pasta de la que está hecho.

—¿Lo mejor? Me gustaría verlo.

Ella no lo creía. Había dejado de creer en todo.

¿Por qué no había cambiado de sitio las joyas? La furia contra Cal y contra sí misma estaba a punto de acabar con ella. Sin salud ni nada de valor estaba a merced de su padrastro. El hombre que la ofreció a Hennessey como si fuera un caballo en venta.

El jinete abrió la puerta por encima de su cabeza y ella pudo sentir el calor del heno y los caballos.

—¿No cree en la bondad de los hombres?

—No.

—¿Nunca? ¿No cree que haya un solo hombre bueno en todas estas tierras?

—Hubo uno. Mi padre fue un hombre bueno.

—¿Por qué no entra y me habla de él?

Ella supo lo que se proponía. No estaba allí por la bondad de su corazón. Ningún hombre hacía nada sin pedir algo a cambio. Ella se temía qué podía querer. ¿Qué había pasado entre su padrastro y él? ¿Le había pagado con dinero o no?

—¿Qué hace aquí fuera en una noche como ésta? —preguntó ella.

—No podía dormir. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Su próximo trabajo...?

—No. Creo que volveré a casa una temporada. No me preocupa mi próximo trabajo. Acaban encontrándome.

La agarró del codo y la llevó hacia la oscuridad. Ella se apartó. Sabía lo que estaba tramando.

—Ganará más con los caballos. Incluso con las joyas. Sacará unos cientos si las vende.

—No quiero las joyas de una mujer y tengo bastantes caballos.

¿Por qué no tenía esposa? La oscuridad lo ocultaba y él fue sigilosamente hasta el pasillo. Katelyn pudo oír el taconeo de sus botas y el sonido metálico cuando encontró un farol.

Se encendió una cerilla que iluminó trémulamente su rostro curtido. Era guapo. Siempre pensó que lo sería, pero al verlo tan cerca era arrebatador. Tenía una frente ancha sobre unos ojos muy expresivos; los pómulos altos y prominentes de sus antepasados y la misma mirada orgullosa. Una nariz recta y no muy grande, pero que encajaba perfectamente en su cara. Una boca tan firme que parecía tallada en piedra, pero que no parecía áspera. Una mandíbula fuerte, como él, y que apretaba tanto que los músculos del cuello se tensaban mientras la miraba.

—Me han repudiado, eso ya lo sabe. No fui una buena esposa.

—Me temo que eso es cuestión de opiniones.

—No quiero casarme otra vez.

—¿Cómo? Si su padrastro me la ha ofrecido, podría hacer lo mismo a alguien peor. ¿No lo ha pensado?

Notó un vacío en las entrañas. Era lógico. El jinete tenía razón. Cal había dicho que estaba buscando una solución. Una que le fuera rentable, naturalmente. Su padrastro no podía obligarla a casarse con nadie, pero podía hacerle la vida tan imposible que ella eligiera cualquier cosa con tal de salir de allí. Como había elegido a Brett.

—Suba al pajar. Tiene una buena vista.

—No quiero sentarme para estar con usted. Había venido para estar sola.

—Yo también. Podemos estar solos los dos juntos. Vamos.

El maltrecho farol iluminaba el suelo con su vaivén. Los caballos resoplaban y se agitaban molestos. Hennessey se detuvo al final del pasillo.

—¿Por qué no sube y me explica el motivo para ni siquiera pensar la propuesta que voy a hacerle?

—¿El motivo? No será provechosa para mí.

—No puede saberlo. Da por supuesto que no soy mejor que su padrastro o que el canalla que la maltrató —extendió la mano con la palma hacia arriba, como hizo con el caballo—. Al menos, acompáñeme, dígame que no y asunto zanjado.

Ella avanzó casi involuntariamente.

—Puedo decírselo aquí mismo.

—Sí, pero si me rechaza aquí y ahora, vuelvo al barracón para lamerme las heridas y mañana me marchó, nunca sabrá qué ha pasado con el caballo.

Dillon esbozó una sonrisa triunfal mientras subía la escalera con el farol en la mano. Ella siguió avanzando, como atraída por el tenue resplandor.

Él la miró desde arriba con una ceja arqueada.

—¿Tiene curiosidad?

¿Acaso no era lo que esperaba? A los hombres les gustaba dominar. Les gustaba tener la sartén por el mango. Por eso no podía casarse otra vez. Sin embargo, tampoco tenía a donde ir. Esa verdad le pesó como un yunque de una tonelada mientras se agarraba al peldaño.

—Muy bien.

El jinete la agarró primero de la muñeca y luego del codo para ayudarla a subir como si fuera una pluma. Eso le recordó lo fuerte que era. No era tan grande como Brett, pero sí más fornido. Duro como el hierro.

El poder latente en su cuerpo alto y esbelto la asustó. El contacto la confortó como un tazón de chocolate caliente en una tarde fría y lluviosa.

Se apartó cuando pisó los tablones cubiertos de heno. Rodeó un montón de heno para alejarse de él.

—La nevada está remitiendo —la voz de Hennessey retumbó en las vigas que ella estaba esquivando.

—Seguro que una nevada tan temprana es mala señal. Será un invierno largo y frío.

—Eso quiere decir que la situación de su padrastro empeorará. Esta cantidad de heno no le durará si el invierno es largo. Este verano quiso ahorrarse unos dólares y salir adelante contratando menos segadores. Puede salirle caro.

—Sé lo que está intentando hacer.

—Muy bien. No lo niego, pero es un país libre y tengo derecho a preguntar.

Ella se acordó de él en la llanura a medianoche. Se acordó de cómo la protegió mientras daba de comer a los ciervos. Se dio cuenta de que no le temía.

No era gran cosa, pero por eso lo siguió hasta el fondo del pajar, donde él abrió el portón. El aire de la noche entró.

—¿Tiene frío? —le preguntó él—. Puedo dejarle mi zamarra.

Ya estaba quitándosela. Era un chaquetón de piel vuelta con una lana muy esponjosa. Ella se dio cuenta de que sería muy suave y de que olería a él.

—No. Estoy bien. Además, no pienso quedarme mucho tiempo.

—Veremos lo que puedo hacer para que cambie de idea —él se metió las manos en los bolsillo con un gesto nervioso, impropio de alguien tan alto y fuerte—. Mire, la tormenta ha cesado. Algo es algo.

Evidentemente, no era un conquistador consumado. Katelyn apoyó el hombro contra el marco de la puerta. Tenía que ser sincera con él. Parecía como si estuviera pasando un mal rato.

—Sé lo que le ofreció mi padrastro.

—Lamento que tuviera que oírlo. Tuvo que sentirse muy mal. Quiero decir... —él vaciló y se pasó una mano por la cara—. Usted no es un animal.

Tampoco era muy elocuente. Ella se mordió el labio inferior para no sonreír. Era lo contrario que los hombres que había conocido; los amigos de su padrastro o de Brett.

—Efectivamente, no soy ganado que se compra o se vende. Me alegro de que lo entienda.

—Perfecto. Entonces siéntese conmigo. También puede disfrutar de la vista ya que está aquí —él se sentó con los pies colgando y extendió la mano para ayudarla—. No tiene prisa en volver a la casa, ¿verdad?

—Verdad.

Hennessey no sería sofisticado, pero sí era perspicaz y decía las palabras exactas para retenerla con él. Además, entendía la situación. Eso era lo importante. No iba a tomar en serio a Cal.

Sintió un alivio tan profundo como el cielo, donde se podía ver la ligera curva de la luna entre las nubes. La llanura se extendía con una quietud gélida, como expectante.

Quizá ella se sintiera así. Quizá no estuviera aliviada porque el jinete lo había entendido sino que estaba preocupada por lo siguiente que fuera a hacer Cal. ¿Adónde la mandaría antes de que hubiera podido marcharse por su cuenta? ¿A quién la ofrecería?

Cal estaba desesperado y ella lo sabía. Además, era orgulloso y lo único que le preocupaba era aparentar que las cosas le iban bien. Haría cualquier cosa por mantener la fachada. Incluso la vendería al mejor postor.

Se estremeció; repugnada, aterrada. La calma después de la tormenta. El reflejo de la luna en kilómetros y kilómetros de superficie nevada hacía que el mundo pareciera una perla. Era tan hermoso que dolía mirarlo. Se preguntó dónde estaba su horizonte, qué le depararía esa mañana.

¿Qué pasaría si uno de los peones encontraba al caballo? ¿Se quedaría con ella en vez del oro y los diamantes?

La única alternativa era escaparse esa noche, pero todavía no estaba tan fuerte como para viajar. Además, sin dinero no podía pagarse un billete de tren y no sobreviviría a un viaje en diligencia por todo Montana.

—¿Quiere saber qué pasó con el caballo?

Ella levantó la cabeza bruscamente.

—Dijo que se le escapó.

—No, dije que no lo capturé. No fui sincero. Lo alcancé en un pequeño cañón de las montañas. Me cercioré de que estaba a salvo y borré mis huellas cuando volví.

—¿Estaba malherido?

Estaba muy preocupada. Dillon pensó que le gustaba más por su ternura. En su trabajo había llegado a conocer una cantidad incontable de mujeres hermosas y privilegiadas que consideraban que sus magníficos caballos sólo eran una extensión de sus elegantes carruajes.

Siempre había pensado que a la mujer de un hombre como él por lo menos tenían que gustarle los caballos.

—Creo que la bala lo alcanzó en lo alto de una pata. No lo vi bien porque era de noche y todo fue muy rápido. Cuando lo acorralé, no me dejó

acercarme. Por lo que vi, no era grave de momento, pero si la bala sigue allí, necesitará atenciones.

—¿Los otros hombres del rancho no lo encontrarán?

—No si lo saco de allí.

—Entonces, ¿lo capturará y lo domará? ¿Lo someterá? —añadió con desdén.

—No someto a los animales, los adiestro.

—¿No es lo mismo? Ahora no lleva las espuelas puestas, pero las usa. También lleva un látigo.

—No uso espuelas.

—Todos los jinetes las llevan.

—¿Dónde están las mías? —Dillon levantó una bota—. Mi abuelo fue un gran guerrero de la tribu Nez Perce. Podía hablar con los caballos. Una voz delicada, una mano delicada y un trato delicado son suficientes. ¿No me ha visto trabajar con las yeguas de su padrastro?

Ella sacudió la cabeza y se quedó mirando hacia el horizonte. Como si estuviera helada por dentro.

—¿Qué me dice si le hago dos propuestas?

Él se levantó porque ella seguía de pie. Katelyn tenía los ojos entrecerrados y se puso tensa al ver que él se acercaba.

Olía como olía su belleza. A flores en primavera y a luz de estrellas. El impacto fue ardiente, duro e imprevisto.

La deseó con una avidez que desconocía y no se creyó que estuviera allí, a punto de ofrecerse. Sin embargo, ¿cómo podía esperar que ella lo aceptara?

—No tengo mucho que ofrecer a una mujer como usted —decidió ser completamente sincero—. Tengo una casa y unas tierras al noreste de aquí. Son unas tierras buenas y fértiles. Tengo una manada de yeguas que he ido reuniendo de aquí y allá. Mi hermano las vigila. Sus tierras están al lado de las mías.

—¿También se dedica a los caballos?

Era una buena señal que todavía no hubiera salido corriendo.

—Sí. Mi casa no es como las que usted conoce. Es suficientemente sólida para aguantar los violentos vientos del norte y tiene una vista tan

bonita como ésta. Le prometo por mi honor y todo lo que soy que es un sitio donde estará segura. Nadie, absolutamente nadie, le hará nada si está allí. Cátese conmigo. Nunca le daré un motivo de infelicidad.

Ella se dio la vuelta como si le hubiese hecho daño. Cualquier esperanza que él hubiera tenido se hizo añicos. No lo quería.

Sin embargo, era un hombre. Era fuerte. Podía resistirlo. Tomó aliento e intentó asimilarlo.

—¿Cuál es su segunda propuesta? Dijo que tenía dos —ella lo preguntó con tono cansino y abatido.

Él sabía que no le interesaba. Era un hombre con los pies en el suelo y le dijo lo que ella quería saber.

—Que me ayude con el caballo salvaje.

—¿Qué le hará si no acepto su propuesta? —preguntó ella con tono de preocupación.

—No se preocupe, nunca le haré daño. Su bienestar no depende que se case conmigo, pero el bienestar de usted sí.

—No puedo. No puedo volver a casarme con nadie.

—¿Por qué?

Porque tenía miedo. Porque era estéril, se contestó a sí misma. ¿Qué hombre no quería un hijo? Las habladurías se habían difundido por el rancho. Él tenía que haber oído los rumores, pero estaba allí; delante de ella. ¿Por qué? ¿Qué quería? ¿Creía que ella tenía dinero?

—Sé que la maltrataron. Sé lo que pasó.

El jinete le puso una mano en la mejilla. El contacto le dolió por dentro, como una escarcha abrasadora sobre la piel desnuda. Quizá no le doliera el contacto sino la compasión que transmitió su voz.

Ella no estaba acostumbrada a la compasión. Ningún hombre era así en la vida real. Tenía que querer algo. Ella se había blindado contra los sentimientos, había hecho todo lo posible por ser menos vulnerable y ésa era la prueba. Él creía que era rica. Tenía sentido. Brett sí era un hombre rico.

—Claro, está preparada para marcharse. No cree que un caballista sea adecuado para una dama como usted. Quizá tenga razón, pero en este momento es todo lo frágil que puede ser una mujer. Necesita tiempo para

reponerse. ¿Qué me dice de lo de esta noche? Su padrastro quiere que se vaya de aquí.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque no tenía a donde ir.

Ella detestaba oírlo. Detestaba lo sola que se sentía.

—¿Y ahora?

Ella sacudió la cabeza. Tampoco tenía a nadie ni a donde ir.

—Su padrastro tiene apuros económicos. Me hizo una oferta, pero va a tener más gastos. Tendrá que contratar a alguien en mi lugar. ¿Cómo va a pagar el carbón y los salarios? ¿Cuánto tardará en ofrecerla a otra persona?

—Ya lo había pensado.

—Si se queda aquí, ¿qué pasará? ¿Quiere ir al altar con Rhodes? La verdad es que a su padrastro le da igual lo que le pase, pero a mí no. Podría irle mucho peor que casándose conmigo.

Ella empezó a temblar. Fue un estremecimiento muy frío que le empezó en el alma y se adueñó de toda ella. No podía confiar en un hombre. No podía hacerlo otra vez.

Hennessey, como un caballero a la luz de la luna, se arrodilló y le tomó las manos.

—Cásate conmigo —sus palabras, profundas y sinceras, eran como una letanía en la quietud—. Katelyn por favor, sé mi esposa.

—No —ella tiró, pero él le había sujetado las manos con fuerza—. No tengo nada. Sólo tengo mi ropa y algunos libros. Cal me robó lo poco que pude llevarme cuando me echaron de mi casa.

—¿Después de dar a luz? —él se levantó—. Lo siento. Es espantoso.

La agarró de la nuca y la estrechó contra el pecho. Ella aspiró el olor a noche y nieve de su zamarra e intentó dominar las sensaciones que la abrumaban. El cuero contra la cara. El calor de su cuerpo. Su dureza. El sonido de su respiración, su ritmo.

—Te mantendré a salvo. Te lo juro.

Parecía convencido. Como si fuera capaz de mover montañas si fuera necesario. Lo notó en su contacto, en el cuerpo que la abrazaba con fuerza, que hacía que se sintiera protegida.

Casi lo creyó.

—No tengo nada de valor. Ni siquiera esta tierra. Pasaré a la familia de Cal.

—Ya te lo he dicho. Yo tengo mi tierra. No lo entiendo. ¿Crees que me importa?

—¿Por qué si no ibas a pedirme que me casara contigo?

Ella se alejó de la protección de sus brazos.

—¿Es lo que piensas? ¿Crees que soy de los que se casarían con una mujer por lo que tiene? —Dillon no había estado nunca tan furioso, ni con Cal Willman—. ¿Realmente tienes un concepto tan bajo de mí?

—Quería ser sincera.

—¿Sincera? Me has mirado y has pensado que si podía maltratar a un animal, por qué no iba a casarme con una mujer por su dinero —estaba avergonzado, qué equivocado había estado—. Creo que eres la mujer más maravillosa que he conocido. Eres hermosa y amable y sé que pido demasiado. Un trabajador como yo no puede pretender que la hijastra de un hombre rico sea su novia. Aunque ella no tenga a donde ir ni nadie que la ayude.

—¿Me lo has pedido por lástima?

—No. Te lo he pedido porque no me imagino que un hombre como yo pueda ser tan afortunado de tener una esposa como tú. Si te casaras conmigo, estaría agradecido todos los días de mi vida.

—No puedo. No puedo.

El dolor gélido le atenazó el corazón mientras lo miraba alejarse. Oyó las botas bajar los peldaños y avanzar por el pasillo del establo.

Si se casara con él, no se quedaría allí; no estaría sola. Oyó el portazo. No lo necesitaba. No le interesaba su propuesta.

Entonces, ¿por qué se quedó mirándolo mientras pasaba por debajo? Se había llamado trabajador. No podía olvidar sus palabras. Sus palabras sinceras y delicadas. «Eres la mujer más maravillosa que he conocido. Eres hermosa y amable.»

Estaba equivocado, pero era un placer oír algo afectuoso. No recibía mucho afecto.

Lo vio avanzar con ímpetu, pero sin perder el dominio de sí mismo. La cabeza alta y la espalda recta. Estaba enfadado, pero ¿le había hecho daño?

OceanofPDF.com

Seis

Casi había amanecido y Dillon seguía sintiéndose como un idiota.

«¿Por qué si no ibas a pedirme que me casara contigo?» Podía recordar su perplejidad como si todavía la tuviera delante. «No tengo nada de valor. Ni siquiera esta tierra.»

Ella había creído que quería medrar casándose con la hija de un hombre rico. Aunque en ese momento no fuera tan rico, se dijo a sí mismo mientras agarraba el atizador de la chimenea.

Había estado sembrado. Su primera propuesta de matrimonio a una mujer no podía haber sido más desastrosa. Quizá debiera mantenerse completamente alejado de las mujeres. Entonces, no haría el ridículo; al menos conservaría la dignidad.

No creía que el mismísimo Shakespeare hubiera podido encontrar las palabras para describir lo humillado que se sentía esa mañana. Además, no terminó allí. Se metió en el camastro y se puso a dar vueltas pensando en ella.

Pedirle que se casara con él había sido un error de cálculo, pero se acordaba de cuando ella llegó al rancho. Hacía un mes. Él ya había conseguido algunos avances con aquella yegua alazán. La habían maltratado mucho. Effie salió de la cocina con algo de comida y entonces lo oyó.

Era inevitable enterarse cuando Effie cotilleaba porque no le parecía necesario hacerlo con un susurro. Dijo que le pobrecilla se había presentado medio muerta la noche anterior. El médico llegó y se fue y no creyó que fuera a sobrevivir.

Sintió pena por ella, por su tragedia, pero cuando la vio la noche que se descolgó de su ventana... él no volvió a ser él mismo.

Removió las cenizas y vio como revivían las ascuas por el contacto con el aire. Abrió bien el tiro porque quería un buen fuego. El barracón estaba helado. Se había levantado el primero y muy temprano. Era un buen momento para pensar y tenía mucho que pensar.

El barracón estaba en silencio, excepto por los ronquidos. Cuando los troncos ardieron, Dillon se agachó y se calentó las manos.

Fue una delicia tenerla apoyada en él. Se acordó de la sensación de su cuerpo contra su pecho. Frágil y femenina. Cuando la rodeó con los brazos y notó que el pelo se enganchaba en la barbilla sin afeitar, algo cambió dentro de él. Se le aceleró el pulso y se le despertó el alma.

Quiso protegerla; cuidarla; abrazarla. No soltarla nunca.

¿Por qué? La había visto muy pocas veces. Casi no la conocía. No sabía casi nada de ella. No sabía cómo había sido su infancia. ¿El hombre bueno que ella conoció fue su verdadero padre? ¿Había querido siempre a los caballos? ¿Por qué se casó con un hombre que la trataba mal? ¿Cuál era su comida favorita? La lista podía ser interminable.

¿Qué sabía?

Que cuando la miró el mundo de disipó. Todo lo que le había importado siempre, todo lo que él era, cobró vida como si se despertara. Hizo que se sintiera mejor de lo que era.

Ella no tenía tan buen concepto de él. Había pensado que quería dinero. Aunque, quizá, ésa era la experiencia que tenía. Quizá el hombre que la repudió había hecho eso. Quizá no vio la mujer que era sino la fortuna de su familia. Una fortuna menguante, se corrigió. Eran malos tiempos e iban a ser peores. Iba a llevarse las tres yeguas aunque Cal Willman reuniera el dinero.

No iba a marcharse de allí con una esposa. Sintió una decepción profunda y lacerante. Él la quería como esposa. ¿Acaso eso no lo convertía en mucho más ridículo? Quería a una mujer que no lo quería a él.

Oyó unos ruidos. Los hombres estaba despertándose y quejándose al tener que ponerse la ropa rígida por el frío. Había que dar de comer a los caballos y limpiar los establos. Él tenía que despedirse de los caballos. Los amigos de cuatro patas a los que entendía mejor que a los de dos.

El cielo estaba cubierto por una capa de nubes tormentosas y caminó sobre la nieve. Unos copos grandes, raudos y secos empezaron a caer. El viento llegó del norte como un torbellino.

No era una buena señal.

Abrió la puerta y entró. Era la misma puerta que había sujetado la noche anterior para que entrara Katelyn. ¿Cuánto tiempo se había quedado en el granero? ¿Habría mirado las estrellas entre las nubes y pensado en él? ¿Habría vuelto corriendo a su preciosa casa y a su cálida cama contenta de haberse librado de él?

Un relincho le llamó la atención. La yegua castaña de raza árabe, uno de los caballos que él había adiestrado, estaba apoyada contra la puerta de su establo y coceaba el suelo con fuerza para que le hiciera caso.

—Buenos días, preciosa.

Sacó un caramelo de menta del bolsillo y se lo puso en la palma de la mano, como hacía siempre. La yegua, encantada, lo tomó entre sus suaves labios.

—Voy a llevarte conmigo —le dijo en la lengua de su abuelo, que era un sonido de paz para todas las criaturas vivientes—. Eres una belleza.

La yegua apoyó la frente en su hombro como respuesta. Él sintió la calidez de ese entendimiento. La confianza. Ella confiaba en él. Habían recorrido un trayecto muy arduo juntos, pero había tenido recompensa. Sintió un afecto muy intenso. Sería una aportación maravillosa para su manada.

Terminaría pronto el trabajo. ¿Se iría a casa? ¿Se quedaría un tiempo? ¿Se marcharía incapaz de aguantar la soledad de la casa vacía? De sentarse solo tarde tras tarde, de dormir solo noche tras noche. Quizá pudiera remediarlo. Avanzó por el pasillo, sacó más caramelos de menta y acarició más hocicos suaves y ansiosos. Había muchas formas de conseguir una novia. Ya tenía cierta experiencia con una mujer. No había sido una experiencia fructífera, pero la noche anterior pudo hablar con Katelyn sin trabucarse como un zopenco. Había revistas donde las mujeres ponían anuncios para buscar marido. Quizá alguna fuera simpática, amable y delicada como un ángel caído del cielo.

El problema era que ninguna le gustaría. Ninguna sería Katelyn.

Podía hacerlo. Podía resistir a Cal. Katelyn se frotó los ojos, que le escocían por haber dormido muy poco, respiró hondo, se puso muy recta y abrió la puerta de la biblioteca.

Cal estaba sentado en una butaca de cuero muy grande con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. La curva de su espalda era imponente entre las sombras. La luz grisácea del amanecer se filtraba entre las cortinas como testigo del abatimiento que reinaba en la habitación. La derrota flotaba en el aire como motas de polvo.

Ella no se había dado cuenta de lo mal que estaba pasándolo. Había estado demasiado dolida para apreciarlo. Una sensación de presagio le sacudió las entrañas.

—Deja la bandeja en la mesilla y márchate —ordenó Cal sin moverse.

Tenía que decirlo. Tenía que ir hasta él y decírselo. Sus pies no pasaron del umbral de la puerta.

—¡He dicho que la dejes!

Cal, con la cara congestionada, se dio la vuelta violentamente. Cuando se dio cuenta de que era ella y no la doncella, la furia se convirtió en resentimiento.

—¿Qué quieres? ¿Has venido a despedirte?

Katelyn hizo acopio de fuerzas.

—No voy a ninguna parte. He venido a por mis joyas.

—¿Qué joyas? —él se levantó y la miró como una deidad colérica—. ¿Qué joyas?

—Las que robaste del tablón suelto que hay en mi cuarto. Vi que se las ofrecías al jinete.

Ella, con la cabeza muy alta, le aguantó la mirada y cerró los puños. No iba a dejarse intimidar por él ni por ningún otro hombre.

—Esos diamantes son míos y quiero que me los devuelvas.

—Si has perdido algo, es culpa tuya. No me vengas con reclamaciones.

—Es un robo y sé que el jinete podría confirmar que le ofreciste mi collar como pago.

—¿Tu collar? Lo tomé como parte del pago de la factura del médico, que es muy considerable. ¿Acaso piensas pagar tú la factura? ¿Qué me dices del alojamiento y los inconvenientes que nos has causado a tu madre y a mí?

—Devuélveme las joyas y yo, encantada, me haré cargo de mis facturas.

—¿Puedes compensarme por todo lo que he perdido con el banco? Dependo de mi reputación y mis mejores clientes del pueblo están retirando su dinero de mi banco. Tu divorcio ha sido un escándalo y está arruinándome.

—¿Arruinándote?

Lo que le había hecho Brett al repudiarla era inconmensurable y Cal quería culparla de sus fracasos con los negocios.

—El año pasado, Clemming, mi competidor perdió volumen de negocio. ¿Sabes lo que pasó? Quebró. Tuvo que vender lo poco de valor que tenía su banco y su casa, dejó el pueblo y se fue al este a vivir con unos familiares. ¿Sabes por qué?

Por su hija, se contestó Katelyn para sus adentros. No tenía las más mínima posibilidad de recuperar las joyas.

—Porque su hija se metió en líos —siguió él—. La gente pensó que qué banquero era ése. Que si no podía mantener a sus hijos por el buen camino, cómo podía llevar un banco. Eso dijeron. Perdieron la confianza y me dieron a mí sus asuntos.

—Tus problemas económicos vienen de tiempo atrás. Yo no soy la causa.

—No, pero sí serás parte de la solución —señaló una serie de papeles que había en el escritorio—. Hay está la factura del carbón. Más de doscientos dólares. El viejo Hal enterró a su mujer hace un mes. Estará encantado de quedarse contigo. ¿Qué me dices de esto? —Cal agarró un papel y lo agitó en el aire—. Un pagaré por dos de mis mejores yeguas. Creo que Johnson, el subastador, estaba quejándose de su mujer. Quizá te acepte.

—No puedes venderme y lo sabes, Cal.

Era imposible hablar con un hombre tan arrogante y que, a juzgar por su mirada, estaba desesperado. Un hombre para el que su reputación y las

apariencias de riqueza lo significaban todo, y estaba punto de perderlas.

Se oyeron unos pasos sobre la alfombra. La doncella, que llegaba tarde con el desayuno, tenía una expresión de angustia. Katelyn salió del despacho y la dejó pasar para que recibiera los furiosos comentarios de Cal sobre su retraso.

Fue al vestíbulo. Se marcharía ese mismo día. Como fuera. El médico había dicho que no había recuperado las fuerzas, pero le daba igual. Haría un equipaje con todo lo que pudiera cargar. No era mucho. Lo que pudiera encontrarse allí fuera, y sola, era mejor que quedarse en esa casa.

Dillon había esperado complicaciones. Los hombres lo miraban mientras trabajaban. Le pareció una mala señal. Guardó los lazos en la alforja. Casi había terminado.

Afortunadamente, llevaba los revólveres a ambos lados de las caderas. Era un tirador diestro, pero ellos eran muchos más. Si Willman había pensado que era una diana fácil, se había equivocado completamente.

Dillon lo notó antes de que los caballos se agitaran en sus establos. Notó las intenciones del hombre antes de oír sus pisadas.

—Así que no me has hecho caso. Te dije que dejaras a los caballos en paz —Willman debía pensar que era el juez de ese asunto y estaba acompañado por Ned—. Si te llevas esas yeguas, te cuelgo, muchacho.

—¿A quién estás llamando muchacho? —Dillon no se preocupó por disimular su desdén—. Tú eres quien necesitas un pistolero, no yo. No voy a llevarme tus yeguas. Voy a llevarme a tu hijastra.

Sus ojos gélidos brillaron con sorpresa y cierta satisfacción.

—¡Ah! Entonces llévatela y lárgate.

—Ya lo he hecho —Dillon se abrió la zamarra para mostrar la pistola cargada—. Nuestros asuntos están zanjados. ¿De acuerdo?

—He acabado contigo, jinete.

Una gota de sudor cayó por la sien de Willman.

—No, yo he terminado contigo. Ned y Rhodes, no os metáis en esto. No tenéis que usar esas pistolas que lleváis —dijo Dillon—. No quiero líos. ¿Vosotros?

Ned sacudió la cabeza, pero Rhodes lo miró fijamente con la mano en la empuñadura de la pistola. Estaba esperando un motivo.

Los hombres lo dejaron pasar y él notó la mirada de Cal clavada en la espalda. Dillon cargó sus bultos en el trineo. Sus caballos lo esperaban pacientemente entre las sombras de establo.

Todavía tenía que hacer algo más. Ni siquiera la impresionante nevada le impidió que se dirigiera hacia la casa principal. No llamó. Decidió que no necesitaba permiso para llevarse lo que era suyo. Hizo caso omiso de la señora Willman que estaba en la mesa del comedor y cruzó el vestíbulo.

Llamó a su puerta y la abrió.

La habitación estaba inmaculada. La cama tenía una colcha de satén y unos almohadones a juego. La alfombra y las cortinas también hacían juego entre sí. El pequeño escritorio y el tocador estaba llenos de objetos muy delicados.

Dirigió la mirada hacia el armario, que estaba abierto y vacío. Katelyn se había marchado.

Cuando Dillon había recorrido un kilómetro, la tormenta era aterradora. Afortunadamente, él era un rastreador muy bueno. Le había enseñado su abuelo, el guerrero indio, que cazaba al estilo tradicional. La nieve caía copiosamente, pero había encontrado una pista.

Estaba acercándose. Apartó la nieve recién caída sobre la leve pisada de una mujer. La pisada de Katelyn. Se imaginó el pie que la había dejado. Pensó en esa mujer y pasó el dedo cubierto por un guante por el contorno de la huella.

Sólo de pensar en ella notaba el pecho henchido de delicadeza. Era una sensación rara que se extendía por debajo del esternón.

Parecía que ella estaba cerca de la alambrada que seguía el camino hacia el pueblo. Sería fácil encontrarla. El viento soplaba con fuerza y hacía que la nieve lo tapara todo. Ella, al menos, era bastante lista para encontrar el camino. Mucha gente se perdía en esas tormentas y acababa vagando por la llanura hasta morir congelada.

Le castañeaban los dientes y tenía la manos metidas en las axilas para que no se le congelaran. Los patines del trineo se deslizaban por la nieve y los cascos de los caballos chocaban contra el suelo. ¿Por qué la seguía? A lo mejor ella estaba ya en el pueblo bebiendo una taza de té caliente frente a la chimenea del hotel más elegante.

Le pertenecía. Ése era el motivo. La habían maltratado y él se dedicaba a sanar los corazones maltrechos. Todos y cada uno de los caballos con los que había trabajado tenían motivos sobrados para no confiar en los hombres. Se acordó de su mirada de tristeza la noche anterior y supo que Katelyn lo había pasado peor que mal. La habían traicionado, abandonado y repudiado. Él también había trabajado con caballos en esas circunstancias.

Vislumbró una sombra entre la cortina de nieve.

—¡Katelyn! —gritó con las manos en la boca.

Era una leve forma que aparecía y desaparecía entre la ventisca. Tenía que estar medio congelada. El abrigo tan refinado que llevaba no podía protegerla.

—Katelyn... —repitió aunque el celoso viento se llevó sus palabras.

La agarró del brazo y señaló hacia el camino por donde habían llegado. La cortina de nieve volvió a caer y la borró de su vista. Se quitó la nieve de los ojos y soltó una maldición. Era un disparate. Ni siquiera podían hablar. ¿Por qué estaba ella allí? ¿Tan mal concepto tenía de él?

Él no iba a obligarla a casarse. Estaba helado hasta el tuétano y cada vez de peor humor.

Volvió a agarrarla del brazo para indicarle que pensaba llevarla de vuelta a la casa, pero en ese momento preciso, la tormenta cesó. El viento se quedó en silencio y dejó de nevar. Los latidos del corazón se le apaciguaron y, milagrosamente, la mano enguantada de ella lo agarró de la zamarra. Él supo la pregunta antes de que ella se quitara la bufanda de la boca con la otra mano y gritara. Dillon sacudió la cabeza. No podía oírla.

—Casa —él dijo la única palabra que importaba.

El puño le retorció más la zamarra y él notó la desesperación.

—Demasiado frío —insistió Dillon.

—No —ella fue tajante.

¿Estaba tan desesperada como para escapar de él? Soltó la mano de la zamarra y la tomó entre las suyas.

—... pueblo... —una ráfaga de viento se interpuso entre ellos—. Por favor.

Iba a matarlo, pero se tragó el dolor por su rechazo. Si no hubiera dicho «por favor» con tanta angustia que ni la tormenta podía mitigarla... La ternura le atenazó el pecho y lo dejó impotente.

Las lágrimas estaban congelándose en sus mejillas y volvió a taparle la cara con la bufanda. Le secó las lágrimas antes de que le abrasaran la delicada piel. La vista se le había adaptado a la ventisca y pudo ver los ojos almendrados de ella entra el gorro y la bufanda. Notó la súplica como si se la hubiera dirigido directamente al alma.

—Vamos.

La agarró con fuerza del brazo, la protegió como pudo con su cuerpo y la llevó hacia una de las yeguas. Dejó su mano sobre el cálido flanco del animal y se acercó a su oído.

—¿Puedes montar?

—No voy a volver. No voy a volver —contestó ella con la obstinación del viento.

—Muy bien. Déjame que te ayude.

—No necesito ayuda.

—Sí la necesitas.

Ella no lo quería, pero ¿podía confiar en él? Orientarse y avanzar en medio de vendaval de viento y nieve era más difícil de lo que se había imaginado.

—¿Me ayudarás de verdad? —preguntó ella muy cerca de su oreja—. ¿No vas a engañarme?

—No soy de ese tipo de hombres.

Ella no sabía qué tipo de hombre era, pero necesitaba ayuda. Podía seguir la alambrada sólo hasta allí. ¿Encontraría el camino que llevaba al pueblo? Todas las señales estaban tapadas por la nieve y la tormenta era impenetrable.

Ella no podía ver al jinete, por muy cerca que estuviera, pero él sí la veía porque la agarró del codo para sujetarla. Estaba ofreciéndole que

montara en el trineo. Agotada y helada, levantó un pie sin soltarse de Dillon y se sentó con un suspiro de agradecimiento.

Notaba los copos nieve en la cara como si fueran miles de astillas congeladas arrastradas por un viento infernal, pero el jinete la cubrió con unas mantas. Lo vio fugazmente, el sombrero y el perfil, pero la tormenta la envolvió y se lo quitó de la vista. Se sintió sola en un mundo vasto y helador. Apretó los dientes para que no castañearan.

Entonces, él se montó a su lado. Notó su muslo de hierro y el hueso del codo cuando agarró las riendas. Ella le pertenecía. Lo sintió. No tuvo que darse la vuelta para saber que las yeguas árabes no estaban atadas detrás de trineo. No tuvo que preguntarle si había aceptado las joyas como pago. Se había quedado con ella.

Se sintió impotente y desdichada. ¿Qué porvenir la esperaba?

La noche no llevó cobijo, sólo el interminable rugir de la ventisca y el martilleo de la nieve contra la espalda. El tiempo se alargaba eternamente. El agotamiento se adueñó de ella como si fuera plomo. Estaba tan cansada que no podía preocuparse por lo que pudiera pasar. Se dejó caer contra el costado del jinete y se le cerraron los ojos.

Siete

Dillon vio cómo se le cerraban las pestañas y su respiración tomaba una cadencia sosegada mientras sus dedos seguían agarrados al borde de la manta.

Una vez dormida, no parecía ni herida ni recelosa. Era como un ángel sin preocupaciones ni dolor en la cara. Él se ocuparía de ella. Era una promesa que pensaba cumplir.

El viento había amainado y la nevada era menos intensa, pero era difícil viajar así, con la única compañía de la solitaria llanura. Sin embargo, con un poco de suerte, esa noche dormiría en su casa. Su casa quizá fuera su hogar si estaba Katelyn. Quizá ella quisiera quedarse cuando la viera. Tenía caballos y un hermano al que echaba de menos. Quizá acabara teniendo un motivo para quedarse.

Se agitó en sueños con un sonido muy delicado. A él le pareció poesía. Como la calidez de su cuerpo, el contacto de su muslo, el encanto de su mejilla al moverse, la cabeza que buscaba un sitio más cómodo en su hombro.

La ternura se asentó en su corazón. Se quedó un rato mirándola; escuchando el suave ritmo de su respiración; memorizando la cavidad del centro de su carnoso labio superior; preguntándose cómo serían sus besos.

¿Sería suya? Era peligroso pensar que lo sería. Ella había dejado muy claro lo que sentía hacia él. Sin embargo, una mujer en su situación, sola y sin nadie que pudiera ayudarla, quizá necesitara un amigo o un sitio al que considerar su hogar.

Todo era posible.

Eso significaba que su trabajo consistía en protegerla. En ocuparse de ella. Era un hombre que se tomaba en serio el trabajo. Preocupado, se quitó

el guante y metió los dedos por debajo del guante helado de ella. Tenía la piel suave y fría, pero no mortalmente fría. Se encargaría de que estuviera a salvo mientras dormía. Mirarla era muy íntimo. Podía ver las venas diminutas de los párpados; podía trazar la línea recta de su nariz; podía oler su delicado aroma a lilas.

¿Existía la más mínima posibilidad de que fuera suya? ¿Podía hacer algo para que ella cambiara de idea? Eso esperaba.

La arropó con parte de la manta de bison que él llevaba. Él no tenía importancia. Al arroparla, sus nudillos le rozaron la barbilla. Desgraciadamente, llevaba guantes, porque estaba seguro de que su piel era lo más delicado que había tocado en su vida. Sintió un arrebato de anhelo, una ternura hasta entonces desconocida para él. Alargó una mano y le metió unos mechones debajo del gorro.

¿Nunca más volvería a tenerla tan cerca? El tiempo lo diría.

Mientras ella dormía bien abrigada, él se estremeció y contó los kilómetros que recorrían.

Katelyn se despertó por la fricción de los patines del trineo. Estaba muy oscuro. ¿Dónde estaban? Se incorporó en el asiento y notó que le dolían todos los músculos del cuerpo. La manta le cayó de los hombros hasta el regazo.

—La tormenta es demasiado fuerte para seguir —Dillon se inclinó para hablarle al oído, pero a ella le costó entenderlo por el viento—. Nos quedaremos aquí esta noche. ¿Te parece bien?

Ella asintió con la cabeza. Nunca había tenido tanto frío ni había estado tan entumecida. El trineo dio un vaivén al pasar por una zona con nieve derretida. Se dio cuenta de que estaban en un pueblo, pero no era el que ella había esperado ver al despertarse. Era más pequeño. Acogedor y limpio, con faroles en los escaparates de las tiendas, con postes cubiertos de nieve para atar los caballos y escalones para subir a las aceras de tablones, pero no había nadie caminando o cabalgando en la tormenta.

Los caballos se detuvieron delante de un edificio de tres pisos que había en una esquina. Un cartel encima de la puerta decía que era la posada de

Bluebonnet. ¿Tan al norte estaban? No le había preguntado al jinete hacia dónde se dirigía. Le había dado igual. No era la casa de su padrastro. Eso era lo único que le importaba. Estaba libre.

Relativamente libre. El jinete dejó escapar un gruñido al estirar las piernas, que también las tenía entumecidas por el frío. Se bajó penosamente y desapareció entre la cortina de nieve.

Ella también tenía que intentar moverse. Se sentía congelada. ¿Podría estirar las rodillas? Lo intentó con bastante buenos resultados. Le dolieron todos los músculos, pero insistió. Entraría y tomaría una taza de café caliente para entrar en calor. Seguro que en su bolso tendría algunas monedas para pagarla.

En un sitio caliente y con algo en el estómago, podría tomar una decisión sobre lo que iba a hacer y cómo iba a hacerlo.

Se bajó del trineo, pero cayó de rodillas por el dolor y la debilidad. Sintió un dolor muy intenso en el vientre. Se llevó las manos ahí, pero comprobó que no era lo único que le dolía. Tenía cada músculo del cuerpo y cada articulación inflamados por la fatiga. La cabeza le daba vueltas. El suelo se inclinó y la nieve cayó de costado. Tomó aliento y esperó a que el mundo volviera a su posición normal. Tenía que seguir adelante.

Los seis pasos que tuvo que dar la parecieron seis kilómetros. Las rodillas no la sujetaban. Las lágrimas le abrasaban los ojos y cada paso fue un suplicio. Estaba completamente aturdida.

—Katelyn.

El jinete le habló al oído y la agarró del codo. ¿De dónde había salido? Se dio la vuelta para mirarlo y vio sus ojeras y el gesto de agotamiento de la cara. Aun así, estaba guapo, inquebrantable.

—Estás muy débil, cariño.

Él lo dijo con un tono muy grave, con una calidez en la que cualquier mujer se sumergiría como si fuera un baño de agua caliente. Notó que ella se sumergía y eso era, precisamente, lo que no quería hacer. Incluso apoyarse en él sería desastroso. ¿Acaso no había aprendido esa lección? Ella era fuerte y podía mantenerse de pie. Podía subir los escalones y entrar en la posada sin la ayuda de ningún hombre.

Dillon, sin embargo, la tenía agarrada de la cintura y era delicioso apoyarse un poco en él. La tomó de la nuca con un gesto cargado de ternura, con una calidez como la que despierta las raíces en hibernación. Ella, como cuando se percibe la proximidad de la primavera, notó una atracción que le removió lo más profundo del alma.

—Apóyate en mí —le dijo Dillon con el calor del aliento acariciándole el lóbulo de la oreja.

¿Cómo iba a apoyarse en un hombre? Estaba demasiado débil para combatir la avalancha de recuerdos. Recordaba los comentarios ácidos de Brett, sus menosprecios para enseñarle cuándo podía hablar una mujer. Cerró los ojos con todas sus fuerzas para luchar contra los recuerdos y contra la nieve que le impedía moverse.

—Katelyn, estás agotada. Déjame que me ocupe de ti.

—Ya cometí ese error.

—¿Dejar que un hombre se ocupe de ti? No sería muy hombre.

Dillon la tomó en brazos, como si fuera una niña acunada contra su pecho granítico. Ella apretó más los ojos cuando sus mejillas se posaron en su cuello. Pudo oír con toda claridad su pulso firme y poderoso. Se desentumeció.

Cuando se puso a andar, notó sus músculos que se ponían en tensión y se relajaban. Su fuerza la invadió como la marea en una playa. Nunca se había sentido tan segura y protegida; tan conmovida de una forma nueva y rara.

Él forcejeó un poco con el pomo de la puerta antes de entrar en la posada, que olía a humo de madera y muebles encerados. Ella reconoció la amplitud de un vestíbulo de hotel y eso significaba que tendría que estar con él en un dormitorio. Un terror, cortante como el viento de la tormenta, se apoderó de ella mientras se preguntaba qué haría él. ¿Cómo la trataría?

Sin embargo, la abrazaba de una forma protectora, no posesiva. La miró con una intensidad sosegada. Tenía las cejas fruncidas por la preocupación, con una expresión de curiosidad cariñosa, con un gesto afable en las arrugas de la cara.

—Sé que tienes frío —susurró él—. Sólo necesitas descanso. Te repondrás. ¿De acuerdo?

Fue como si hubiera captado sus temores. A ella le fastidió, pero también lo agradeció, y no pudo explicar dos reacciones tan distintas. No tuvo fuerzas para rechistar mientras Dillon la llevaba escaleras arriba. Su cuerpo se movía contra el de ella con un ritmo muy íntimo que le despertaba más sensaciones.

Se sentía abrigada y segura entre sus brazos. El candil del descansillo iluminó sus rasgos como si fueran de bronce, como si no fueran de carne y hueso, como si estuvieran hechos de algo más duro que los músculos y los huesos. Era un guerrero, un protector, un mito que había cobrado vida en esa noche fría y oscura sólo para ella.

Dillon abrió la puerta con el pie y la dejó sobre la colcha de la cama. El agotamiento la arrastró al sueño como si fuera una piedra enorme atada al extremo de una cuerda. Lo último que vio fue al jinete que se inclinaba sobre ella con una expresión de preocupación y rectitud mientras le acariciaba la mejilla.

Soñó con él, con el dolor del viento hiriente y el roce de sus nudillos en la barbilla, la caricia más delicada y afectuosa. Soñó con la tormenta cegadora y con su aparición; con la sensación de estar a salvo entre sus brazos y con su contacto. Todavía podía notar su caricia en la mejilla, una caricia suave como una pluma.

Cuando abrió los ojos, comprobó que era el extremo de la almohada que estaba doblado debajo de su mandíbula. No era él. ¿Se sintió decepcionada?

Katelyn fue a moverse y todo el cuerpo se quejó. No era el dolor penetrante del abdomen, sino que estaba entumecida y no podía estirar los músculos.

¿Estaba sola? Una luz grisácea se colaba entre las cortinas y dejaba ver el respaldo curvo de una butaca de orejas junto a la chimenea de ladrillo. Todavía se oía el chisporroteo y unas llamas mortecinas daban una luz tenue a la habitación.

Efectivamente, estaba sola. Casi había esperado encontrarlo allí sentado y mirando cómo dormía. Seguía con su imagen grabada en la cabeza, con su

cara sobre la de ella, con aquella ternura en los ojos. Quizá se lo hubiera imaginado.

Sus zapatos estaban delante de la chimenea y su abrigo y su bufanda en el respaldo de la butaca para que se secaran. ¿Estaría él cerca?

¿Por qué no dejaba de pensar en él? Su voz le daba vueltas en la cabeza. Intentó incorporarse, pero la debilidad pudo con ella y se dejó caer contra las almohadas. Estaba aturdida y tenía sed. El dolor del abdomen se hizo más intenso y se extendió por las piernas. Escondió la cara entre las almohadas y contuvo unas lágrimas de furia y desesperación. Tenía que descansar. Luego se sentiría bien. Tenía que estar bien.

Oyó unos pasos en el pasillo. Se quedó paralizada. El pomo giró lentamente y la puerta se abrió con un susurro. Dillon entró con una bandeja. El olor a sopa de pollo invadió el ambiente. Dejó la bandeja en una mesita redonda que había junto al fuego.

Se arrodilló con elegancia masculina y confiada. Podría haber sido un caballero andante que se arrodillaba en una capilla. Echó unos leños al fuego, que lo agradecieron con estrépito. La luz pasó de ser anaranjada a ser dorada y lo bañó con un halo celestial.

Si volvió hacia ella como si hubiera notado su mirada. Esbozó una sonrisa lenta y torcida.

—Buenos días... o, mejor dicho, buenas tardes.

Ella se tapó hasta la barbilla. ¿Tenía que recordarle lo poco apropiado que era estar con él en una habitación cuando estaba acostada? Ella se sonrojó, pero él pareció no darse cuenta y echó más leña al fuego con una destreza natural, como lo hacía todo. Se concentró en la tarea sin importarle que las llamas fueran cada vez más altas. Cuando terminó, levantó su imponente figura y dirigió su atención hacia ella.

—¿Qué tal estás? Estás más blanca que las fundas de las almohadas.

—Estoy cansada, nada más.

Al menos, eso esperaba.

—A mí me parece que es algo más.

Se acercó a la cama y el taconeo de sus botas le pareció alarmante.

—Estoy bien, de verdad.

Tenía que estar bien. Para demostrarlo, se irguió bruscamente. La cabeza le dio vueltas y la visión se le nubló.

—Venga, tumbate. Así...

Le puso las manos en los hombros y la empujó hasta que se recostó en las almohadas. Sus palabras la confortaron y esperó a que la habitación dejara de dar vueltas. Le costaba mucho pensar. Sólo podía intentar soportar el dolor que la dominaba.

Cuando se le aclaró la visión, lo vio inclinado sobre ella como un caballero ante su rey, con unos hombros fuertes y grandes capaces de aguantar cualquier peso. Sin embargo, su pelo negro recogido detrás del cuello con una cinta de cuero hacía que también pareciera extrañamente vulnerable.

La habitación se asentó y la luz volvió. No había ningún caballero arrodillado ante ella. Era Hennessey que la agarraba de las manos como un ancla para mantenerla segura.

—Es algo más que cansancio, ¿no? —él arqueó una ceja y la miró con ternura—. Cierra los ojos y descansa.

—Pero...

—Lo peor sería que te inquietaras por un montón de tonterías —sus manos callosas podrían haber sido ásperas, pero su fuerza era reconfortante—. Yo me ocuparé de todo lo que necesites. Pide lo que quieras, y lo haré. ¿Qué te parece?

Las lágrimas se le agolparon en la garganta y los ojos. Era amable. Amable cuando ella se sentía impotente y él fuerte.

—He traído una bandeja de la cocina. Me he imaginado que tendrías hambre. Yo la tenía. Me he comido todas sus existencias de huevos y beicon. Pasamos por una buena tormenta, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, era lo máximo que podía hacer y aun así la visión se le nubló otra vez.

—No fue casualidad que llegáramos aquí. Mis caballos han pasado por muchas ventiscas.

Se apartó y el calor de sus manos la abandonó. Ella se enjugó los ojos mientras él avanzaba en la penumbra de la habitación con unos pasos tranquilizadores y su porte la distraía del dolor que sentía.

—Están acostumbrados a viajar, como yo. Hemos cruzado casi todo el oeste. Esos caballos y yo hemos vadeado inundaciones en Nuevo México, aguantado avalanchas en Colorado y cruzado incendios en las praderas de Texas —se oyó el choque de unos utensilios de metal y un líquido al servirlo—. Toma.

Él se arrodilló delante de ella y le ofreció una taza. A ella le temblaron las manos. La taza estaba llena hasta el borde y la derramaría. Él, como si hubiera leído sus pensamientos, se la acercó a los labios y la sostuvo mientras sorbía. El agua fría fue como un bálsamo para su garganta.

—¿Quieres probar la sopa que he traído?

Tanta amabilidad empezaba a dolerle en el pecho. Ella asintió con la cabeza. ¿Qué clase de hombre era? No lo sabía, pero tampoco le daba miedo estar a solas con él.

Se oyeron otra vez los ruidos metálicos y él volvió. El borde del cuenco le rozó el labio inferior. No estaba demasiado caliente. Sorbió lentamente y dejó que la sopa la calentara por dentro; que la reconfortara.

Otra vez esa palabra. No quería que un hombre la reconfortara.

No podía darse la vuelta mientras él sujetaba firmemente el cuenco. Lo miró por encima del borde.

—Me alegro de haber vuelto. Me crié aquí. Por eso acepté el trabajo en el rancho de tu padrastro. Supuse que me vendría bien estar cerca de mi casa, para variar.

El estómago se le estaba revolviendo. No se encontraba bien.

—Estás poniéndote más pálida, si es que eso es posible. Creo que ha sido una buena idea haberle pedido al médico que pasara por aquí.

El recio pulgar de Dillon le secó la esquina de un ojo.

—No puedo pagar a un médico —ella lo dijo con cierta brusquedad y con una voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla—. Tengo que descansar, no necesito un médico.

Dillon estaba seguro de que no era sólo cansancio. Estaba débil. Estaba afligida. Tenía el pelo extendido sobre la funda de la almohada, que era increíblemente blanca en contraste con su palidez grisácea. Notó un miedo que le atenazó el pecho.

—Katelyn, descansa. Duerme todo lo que tengas que dormir.

Estaba dispuesto a que el médico se ocupara bien de ella. ¿Dónde estaba? Ya debería haber llegado. Si no se daba prisa, iría a buscarlo en medio de la nevada y lo llevaría agarrado del cuello de la camisa.

Ella cerró los ojos. Sus párpados eran como dos medias lunas encima de las mejillas. El agotamiento le dibujaba unas arrugas muy profundas en la frente y en los bordes de la boca.

Quizá se hubiera equivocado al ayudarla. Si hubiera sabido que su salud era tan frágil, la habría llevado de vuelta a su casa sin hacer caso de sus súplicas. Ella era lo más importante, una mujer excepcional. ¿Por qué la habían repudiado?

Le pasó las yemas de los dedos por la frente. Sabía que no estaba bien tocarla de esa manera, como si tuviera derecho, pero no podía evitar intentar borrarle la preocupación. No podía soportar que estuviera enferma. No podía soportar que se preocupara.

Ella se quedó dormida y él supo que daría su vida por ella. La cuidaría hasta el último aliento.

Llamaron a la puerta y el médico entró, dejó el maletín negro y se quitó el abrigo.

—Buenas tardes, Hennessey.

—Hola, Haskins. Te agradezco que hayas venido.

Dillon se levantó y se acercó a la cama. Katelyn lo oyó, pero el dolor pudo más que ella. No estaba bien. Entreabrió los ojos y vio a un hombre de la edad de Hennessey, con una mirada que daba confianza y que estaba remangándose la camisa.

—¿Eres responsable de esta mujer? —preguntó el médico.

—Sí, es mía.

Dillon lo dijo casi con un susurro, pero a ella le pareció un estruendo.

Por eso había sido tan atento esa mañana. Había dicho que era suya. Ella cerró los ojos con todas sus fuerzas, pero no consiguió borrar la imagen de Hennessey mirándola desde la puerta con el sombrero en la mano y el corazón a la espera.

Ocho

Efectivamente, era suya. Decirlo era distinto que esperarlo. Decirlo le daba un motivo para tener esperanza.

¿Por qué tardaba tanto el médico? Dillon dejó el sombrero en un sofá y fue de un lado a otro del vestíbulo de la posada. Ella no tenía buen color y eso tenía que ser un mala señal. El médico sabría lo que había que hacer. La idea lo tranquilizó aunque siguiera inquieto. No podía sentarse y esperar a que el médico bajara.

—Ha debido de recorrer más de un kilómetro desde que llevo aquí —comentó la señora Miller desde el mostrador—. Siéntese, me pone nerviosa.

—Perdone, señora —Dillon se ruborizó.

El sofá era pequeño y duro. No podía dejar de moverse. ¿Por qué se preocupaba tanto por Katelyn Green? Sólo sabía que cuando estaba cerca, su mirada se clavaba en ella como una flecha, imposible de detenerla. Pero esperaba que el resultado no fuera igual de funesto.

Unas mujeres preguntaron a la señora Miller cuál era el camino de la estación y él se quedó pensativo. Se levantó otra vez. ¿Estaría Katelyn pensando en marcharse en un tren? ¿Podría convencerla para que se quedara?

—Hennessey...

La voz del médico se abrió paso entre su desazón. Dillon se acercó al médico con una expresión de angustia más que evidente.

—¿Está bien?

—Lo estará.

El alivio lo dejó aturdido, como si se sintiera demasiado vulnerable.

—Ha sido un acierto que la viera —siguió el médico—. No está bien, no voy a engañarte. Lo ha pasado muy mal, si puedo adivinar la verdad de

todo lo que no me ha contado. Su salud es delicada y hay que cuidarla. No se repone como debería.

—Pero dijiste que estará bien —Dillon lo soltó como si sintiera traicionado.

—Lo estará, pero necesita cuidado y descanso.

—Yo me ocuparé de ella y de que descanse.

Si era necesario, se quedaría allí unas semanas hasta que pudiera llevarla a su casa.

—Volveré a verla. Mientras tanto, tiene que quedarse en la cama.

Dillon le agradeció su tiempo y sus conocimientos. Agarró el sombrero y subió los escalones de dos en dos. Entreabrió la puerta y miró adentro. Las contraventanas y las cortinas estaban cerradas, pero un rayo de luz bañaba el cuerpo de Katelyn tapado por las colchas. Tenía las rodillas levantadas con las almohadas debajo. No se movía. ¿Estaba dormida?

Entró y cerró la puerta con sumo cuidado. Era un ángel que había bajado a la tierra para rescatarlo de la soledad. Eso esperaba. ¿Sería tan afortunado?

El silbido del tren sonó por todo el pueblo. Dillon miró la línea perfecta de su nariz y sus carnosos labios y se preguntó si la conseguiría. ¿La conseguiría si lo intentaba con todas sus fuerzas y arriesgaba todo lo que tenía? ¿Se marcharía ella en ese tren en cuanto pudiera aunque él le entregara todo su corazón? ¿Cómo iba un hombre a arriesgarlo todo, su misma esencia, si sabía que iba a perderlo?

Se arrodilló abrumado. Ella dormía indiferente a su tortura, indiferente a sus sentimientos ardientes, cariñosos y anhelantes el mismo tiempo.

Esa mujer tan delicada como la porcelana, tan suave como la seda, tan adorable que le dolía sólo mirarla... ¿Qué podía hacer para que ella lo quisiera? ¿Lo haría alguna vez? No lo sabía y eso hizo que tuviera miedo por primera vez en su vida. Acercó la butaca y se quedó mirándola.

Katelyn salió de entre la ensoñaciones producidas por el fármaco que le había dado el médico y vio una luz débil y distante entre la penumbra de la

habitación. Su visión se aclaró y tomó aliento. Estaba agotada sólo de despertarse.

Lo primero que vio fue a Hennessey. Un hombre imponente entre sombras sentado en la butaca con los pies, sin botas, frente a la chimenea. Su silueta iluminada por las llamas, con la cabeza inclinada y un libro, como una Biblia, entre las manos.

—Cariño, te has despertado.

Una voz femenina, maternal y tranquilizadora surgió de la oscuridad. Una cara redondeada, delicada y enmarcada por rizos castaños apareció encima de ella.

—Tienes mejor color. Qué alegría —la mujer le ofreció una taza y un papel doblado con unos polvos dentro—. Tómate la medicina. Es lo que necesitas para sentirte mejor.

Katelyn se acordó de la visita del médico. Él habló de la recuperación física. No había consuelo. Ni los polvos amargos ni el té con miel sofocarían su dolor verdadero. Lo había aceptado. Sabía que el dolor de su corazón duraría eternamente.

—Vaya, hermosa señora —Hennessey se acercó hasta los pies de la cama—. Me alegro de que tengas mejor aspecto. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Necesitas algo?

—No —ella no pudo mirarlo a los ojos.

—La señora Miller está aquí. Dijo que no era correcto que estuviera solo contigo.

—Tiene razón.

—¿Lo ve, señor Hennessey? —intervino la señora Miller desde un rincón—. Se lo dije. Tiene que perdonarlo, señora. Algunos hombres han vivido demasiado tiempo en el campo y no saben comportarse decente y civilizadamente.

—Lo reconozco —Dillon no parecía nada arrepentido—. Le hice una promesa y pienso cumplirla.

Katelyn cerró los ojos. Dillon era un problema y ella no tenía fuerzas para encontrar la solución. Quizá se hubiera equivocado al salir corriendo cuando todavía no se había repuesto tanto como para viajar en medio de la ventisca. Pero tampoco podía dejarse llevar por el pánico y empeorar las

cosas. Se repondría y luego se ocuparía de él. ¿Qué podía hacer mientras tanto? Nada. No era un caballo que se daba a cambio de algo. No era propiedad de nadie. Se valía por sí misma y no lo necesitaba.

Un paño caliente pasó por su frente con cierta torpeza y comprendió que no lo sujetaba la maternal señora Miller. Era él, un hombre con sus propios planes. ¿Qué quería?

Lo miró con los ojos entrecerrados. Vislumbró su rostro, fuerte y afable, y volvió a cerrarlos. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola? ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse?

El dolor no había remitido, pero se sentía extrañamente liviana entre las sábanas de algodón. Infinitamente cansada. El dolor era como una zarpa en el vientre. Sabía que si se dejaba llevar por el sueño, no se daría cuenta de lo que le dolía. Abrió los ojos otra vez cuando el paño pasó por la barbilla. Él no dijo nada cuando sus miradas se encontraron. Ella lo sintió como un trueno que retumbó en el cielo y estremeció el suelo que pisaba. La excitación la abrasó como un rayo y cada centímetro de su cuerpo le cosquilleó mientras él se apartaba. Él había dicho que era suya. A ella le pareció que estaba repitiéndolo sin palabras. Su mirada era intensa y posesiva. Él se inclinó sobre ella y la besó abrasadoramente en la frente. De todo corazón. Con ternura. Con sinceridad.

Dillon se sentó, abrió el libro y buscó la página donde lo había dejado, pero ella conservaba una señal indeleble en la carne. Un mechón de pelo oscuro cayó sobre su frente cuando se inclinó un poco sobre el libro. Katelyn sintió una opresión en el pecho y no se debía ni al agotamiento ni a la medicina. Escuchó su voz grave mientras leía y sintió un anhelo como el que siente una noche de invierno por el amanecer. Sólo un hombre le había leído mientras estaba enferma en la cama. Otro hombre alto como el cielo, recto como un guerrero de la antigüedad, justo y más fuerte precisamente por la delicadeza que había mostrado con ella. Katelyn se preguntó, aunque no se atrevió a esperar, si Dillon Hennessey sería un hombre como había sido su padre.

—Debería irse, señor Hennessey —la señora Miller dejó a un lado el bordado y se levantó de su sitio junto al fuego—. Es casi medianoche. También tiene que descansar.

—Es una forma muy elegante de decir que un hombre no debería estar en el cuarto de una mujer. No va a engañarme.

Él cerró el libro y lo dejó en la mesilla de noche. Había llegado el momento de estirar las piernas.

—Es lo correcto.

—Me da igual lo correcto. Sólo me importa ella.

—Entonces, piense en su reputación.

La señora Miller lo miró con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados, como si se hubiera preparado para una pelea. Sería mejor que se preparara para perder porque no pensaba marcharse. Él se levantó y todos los huesos le crujieron. Era un espanto tener treinta años y supuso que eso sólo era el principio. Se había roto un montón de huesos. Adiestrar los caballos de los demás suponía tener que tratar con animales complicados y hasta el jinete más diestro daba alguna vez con sus huesos en el suelo.

Eso le hizo pensar en Katelyn. Quizá hubiera llegado el momento de cambiar. Siempre había sido un hombre independiente que había ido solo por la vida. Le costaba saber que su futuro ya no dependía enteramente de sí mismo. ¿Ella lo aceptaría? Lo dudaba, pero era una esperanza que le daba fuerzas para servirse un vaso de agua de la jarra que la señora Miller llevó hacía una hora; que le daba la decisión que necesitaba para encender el candil, para hacer caso omiso de los comentarios cáusticos de la posadera y para sentarse en esa butaca que estaba machacándole la espalda. Se inclinó sobre el libro, dio un sorbo de agua para aclararse la garganta y siguió leyendo.

La ventana se abrió de golpe por una súbita ráfaga de viento. El candil se apagó. Dillon volvió a cerrarla y prendió la mecha. Había llegado otra tormenta, pero le dio igual. Tenía todo lo que le importaba.

El viento aullaba. Era un sonido quejumbroso que hacía que le pareciera no ser la única desdichada. El anillo de bodas resplandecía a la luz de los

candelabros.

Brett estaba enfadado otra vez; ella podía oír el choque del decantador con la copa. Farfullaba algo ininteligible para sí mismo, pero el tono era inconfundible. Ella había vuelto a fallarle. No podía hacer nada, sólo podía agarrarse el vientre dolorido y pensar qué decirle para tranquilizarlo.

Esa noche no había forma de tranquilizarlo. Su rostro, congestionado por la furia, apareció delante de ella. Estaba en el salón. Muy enfadado.

Ella le dijo lo arrepentida que estaba. No había pensado en la imagen que daría paseando por la calle en su estado. No volvería a hacerlo. Él se dio la vuelta para mirarla. Había dicho algo equivocado. ¿Qué más quería de ella? ¿Qué aplacaría su furia? La palma de su mano le dio en la mejilla derecha y la tumbó por encima del brazo de la butaca. Era una indecencia salir así. Soltó el puño. Ella notó el dolor del pómulo. Palabras furiosas. Más golpes. Hasta que estuvo acurrucada alrededor del niño que estaba esperando y sintió que empezaba a soltar sangre. ¡Su bebé! La primera contracción hizo que soltara un grito.

—Katelyn... —unas manos enormes la agarraron del brazo.

El viento sopló con rabia y los chasquidos del fuego apagaron su grito. Un hombre enorme la miraba y la sujetaba sin aprisionarla.

—Es el láudano. Has tenido una pesadilla. Estás bien.

Dillon Hennessey, con el rostro arrugado por el agotamiento, la ayudó a recostarse en las almohadas. Los ojos le resplandecían con un brillo extraño y tenía las mandíbulas muy apretadas. Ella notó algo húmedo en las manos. Sus lágrimas.

—Pobrecilla —dijo la señora Miller desde la otra punta de la habitación—. ¿Está bien?

—Ha sido un sueño. Vuelva a dormirse. Yo me ocuparé de ella.

La mayoría de los hombres habrían parecido autoritarios, pero él sólo parecía como si fuera a hacerse cargo de algo, como si ella pudiera depositar su confianza en él. No quería confiar en él. En ningún hombre. Nunca más.

—¿Quieres una taza de té? Creo que todavía está caliente.

—No, gracias —no podía decir lo que quería.

Él, como si lo hubiera entendido, se sentó en la cama al lado de ella. El contacto fue extraño y reconfortante. Sabía que estaba mal. No quería necesitarlo, pero sentía muchos dolores distintos. No podía ser malo que quisiera que la reconfortaran un poco.

La cama crujió cuando él se inclinó para recoger el libro del suelo. Ella sintió dolor cuando él se irguió con el libro en las manos y el colchón se agitó.

—¿Quieres que lea para ti?

Ella negó con la cabeza y un dolor en la garganta.

—Muy bien. ¿Qué quieres? Dímelo y te lo daré.

Ella cerró los ojos. ¿Qué quería? Era una necesidad que no entendía y le abrasaba el alma. Sus dedos se acercaron a los de él. Él entrelazó los dedos con los de ella y puso las manos sobre su rodilla. La sujetaba como un ancla sujeta un barco en el mar.

—Duérmete, Katelyn. No pasa nada. Yo estaré aquí.

Horas más tarde, cuando se despertó, el amanecer era oscuro como la noche y la ventisca azotaba con furia. Hennessey estaba medio dormido, sentado y con los dedos entre los de ella. Sosteniéndola. Manteniéndose firme. Ella también se mantenía firme.

OceanofPDF.com

Nueve

Dillon se despertó con un sobresalto. La puerta se cerró y él parpadeó mientras miraba alrededor. Se había dormido. Se pasó los dedos por el pelo y notó los calambres en la espalda.

Katelyn se los compensó. Esa mañana tenía mejor aspecto. Seguía pálida como las sábanas, pero estaba mejor. Contuvo las ganas de acariciarla. De pasarle los dedos por los pómulos. De besarle la punta de la nariz. Algún día lo haría. Algún día besaría sus labios sonrosados. Algún día la estrecharía contra el pecho mientras dormía.

La sangre le bulló y apartó esos pensamientos de su cabeza. Esa mujer era suya y pensaba respetarla y honrarla; tratarla tan bien que sólo lo quisiera a él.

El moratón de la mejilla era una sombra muy leve, pero cada vez que lo miraba sentía una punzada de rabia. La habían maltratado brutalmente. El sueño de la noche anterior... Tuvo que ser espantoso para ella. Pasó la mano por su cara. Sería mejor que nunca se cruzara con el juez que había sido su marido, que la había arrojado a la calle como si fuera basura. Conocía a ese tipo de hombres. Había trabajado en los ranchos de muchos hombres ricos y sabía que en los corazones de los ricos anidaba la misma vileza que en los de los pobres. Los ricos la barnizaban mejor con el dinero. Sólo un cobarde pegaba a una mujer. Sólo un hombre muy rastrero abandonaba a una mujer porque no le había dado un hijo varón.

Él deseó poder decirle que sería feliz con una docena de hijas. La idea de tener una familia con ella le atenazaba la garganta. Le abrasaba los ojos. Lo mejor sería tenerla de esposa. La adoraría. La querría tanto que ella se olvidaría de cualquier otro hombre.

Katelyn parpadeó y gimió. ¿Sería otra pesadilla? La idea de que ella tuviera miedo lo desesperaba. ¿Debía despertarla o consolarla? Ella se lamentó otra vez con un sonido grave y penoso. Tomó su cara en una mano. Quiso transmitirle que estaba a salvo y lo estaría siempre.

Ella dejó de gemir y apretó la mejilla contra su mano. Se le partió el corazón y derramó todo el amor que sentía por ella. Katelyn abrió los ojos, lo vio y suspiró con un sonido parecido al alivio. La había reconfortado y eso le encantaba.

—Buenos días —la saludó porque para él era el mejor día de su vida—. ¿Qué tal estás? ¿Quieres algo? ¿Té? ¿Agua?

Ella echó una ojeada por la habitación.

—¿Dónde está la señora Miller?

—Ha debido de ir abajo. ¿Qué necesitas? Yo te lo traeré.

—Yo, mmm, necesito a la señora Miller —ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué? Yo te ayudaré... —Dillon cayó en la cuenta—. Claro. Iré a por ella. Espera un momento.

Dillon, abochornado, salió del cuarto sin mirarla. Encontró a la señora Miller en la cocina preparando unos huevos revueltos. Era el desayuno para los demás huéspedes. La convenció para que lo dejara hacerse cargo. Había cuidado de sí mismo durante trece años y sabía manejar una sartén. Además, Katelyn la necesitaba y eso era más importante que hacer el desayuno a unos desconocidos. La señora Miller lo llamó impertinente, que no era lo peor que le habían llamado en su vida, y le dio la espátula.

Él buscó otra sartén, derritió mantequilla y frió unas patatas. Cocinar en unos fogones era un lujo. ¿Cuántas noches se había hecho la cena en una fogata? Muchísimas. Había llevado una vida muy solitaria, pero, quizá, esa soledad hubiera llegado a su fin. Haría todo lo posible para que fuera así.

—Esta mañana se siente mejor, ¿verdad? —le preguntó la señora Miller mientras dejaba una taza de té en la mesilla—. Es una suerte que el señor Hennessey se preocupe tanto. Ha pasado aquí toda la noche, aunque sea muy incorrecto. No he conseguido que se marchara.

—Sé que usted también se ha quedado. Gracias.

—Las órdenes del médico, señorita, que todavía están vigentes. Tumbese. El médico fue muy claro en ese sentido. Ha pasado por algo muy grave. Yo también perdí un hijo. El primero. Todavía lo llevo clavado en el corazón. Aunque fue hace treinta años.

—Lo siento —Katelyn contuvo la oleada de tristeza que iba a dominarla.

—Yo también. Es difícil asimilar tanto dolor, pero el tiempo me ha ayudado. Algún día tendrá más hijos, como yo he tenido, y eso la ayudará a llenar ese vacío. Creo que el señor Hennessey podría servirle de ayuda. Un soltero a su edad... es muy serio y está buscando esposa.

Katelyn también intentó contener ese dolor. La posadera no sabía que nunca tendría más hijos ni familia que le llenara ese vacío. El porvenir era un espacio en blanco. Ella sola.

—Un hombre de esa edad será un buen marido. Hágame caso —la señora Miller ahuecó las almohadas—. Ha visto mundo. Se ha librado de todas las tentaciones. Ya ha hecho todo lo que quería hacer y será un marido estable. Ya lo he visto otras veces. Créame, si vive lo suficiente, conocerá la pauta de las cosas. El señor Hennessey la adora. ¿Espera que le ofrezca un anillo pronto?

—Sólo espero poder levantarme pronto de esta cama —Katelyn no quería pensar en Hennessey—. No puedo pagarle lo que le debo, pero a lo mejor puedo trabajar aquí.

—Se preocupa demasiado —la señora Miller se paró junto a la cama y le dio una palmada en la mano—. Primero recupérese y luego preocúpese. Además, no está sola. Eso era lo que intentaba decirle. Cuando un hombre como su señor Hennessey la corteja, va en serio. Él ha pagado su estancia aquí. Y también al médico, creo.

Ella, molesta, desesperada e irritable porque no se encontraba bien, quiso decirle que no era su Hennessey. Sin embargo, respiró hondo y empezó a contar. Cuando llegó a catorce, se había sosegado. Se alegró porque él apareció por la puerta como si tuviera algún derecho sobre ella. Parecía satisfecho consigo mismo, confiado e insolente. Dominó la habitación con su presencia.

Ella debería odiarlo por eso, por hacer que se le acelerara el pulso y le volvieran los recuerdos. Su voz cuando leía en voz alta para que se durmiera; su caricia en la cara para reconfortarla y cómo había cedido ella y había estrechado su mejilla contra la cálida palma de la mano. Estaba avergonzada de haberlo necesitado. Ya no lo necesitaba.

—Ya sé que el médico ha dicho que tomes caldo y té, pero me he imaginado que tendrías hambre.

Ella se dio cuenta de que llevaba una fuente con huevos revueltos, queso derretido encima, trozos de cerdo crujiente y patatas fritas en mantequilla. La señora Miller se llevó la mano a la garganta.

—¡Caray! ¡Sabe cocinar! No puedo creerme lo que estoy viendo. Creí que corría el riesgo de que espantara a mis huéspedes si lo dejaba solo en la cocina.

—Soy un hombre de palabra —él guiñó un ojo para quitar hierro a su afirmación.

Sin embargo, era una verdad que Katelyn no se atrevía a creer.

—He dejado las fuentes en el homo. No sé las habitaciones de los huéspedes.

—Será mejor que vaya.

La señora Miller se acercó a él, se detuvo para mirar la fuente que llevaba en las manos, sacudió la cabeza con incredulidad y, con una sonrisa de felicidad, salió al vestíbulo.

—¿Tengo razón? ¿Tienes hambre? —preguntó Dillon mientras se acercaba a la cama.

—¿Y tú? ¿Dónde está tu comida?

—No se lo digas a nadie, pero he probado toda la comida de la cocina —acercó la silla y se sentó—. Supongo que estarás acostumbrada a una cocina mejor, pero al menos está caliente y puede comerse.

—Huele muy bien —la boca se le estaba haciendo agua—. No sabía que los hombres supieran cocinar.

—Me crié con seis hermanos y sin madre. Mi padre cocinó hasta que yo tuve diez años. Luego, me hice cargo.

Dillon agarró otra almohada y se la puso detrás de la espalda para que se sentara. Estaban tan cerca, que Katelyn pudo notar el calor de su cuerpo

y una calidez que se adueñaba de ella. También olía bien; era un olor masculino y a madera.

—¿Estás cómoda?

Él la miró a los ojos y fue un contacto más inquietante que si la hubiera tocado. Un contacto que la dejó sin respiración y la aturdió. Ella consiguió asentir con la cabeza.

—Muy bien.

Él, satisfecho, agarró una bandeja de la mesilla, ella supuso que era la del té del día anterior, y se la puso sobre el regazo para que pudiera comer.

—Su desayuno, señora. Cocinado especialmente para usted.

—¿Y los demás huéspedes? —preguntó ella—. ¿No has cocinado para ellos a la vez?

—Estás desconcertando a un hombre que te corteja y, según he oído en ciertos círculos sociales, eso es muy descortés —él se sonrojó levemente—. Esperaba más de ti, Katelyn.

—¿Un hombre que me corteja? Creía que esperabas ser mi dueño. Como te prometió mi padrastro.

Una ceja muy oscura se arqueó en una cara que no parecía cruel ni enfadada. Imposible en Hennessey, que con su mirada penetrante y sus manos diestras podía encandilar a un caballo a la luz de las estrellas. Su contacto también podía encandilarla. Él había posado una mano en su hombro, justo al lado del cuello, y con su pulgar trazaba un atrevido círculo en la base de su cuello. Era una caricia posesiva. Quería detestarlo, quería decirle que la dejara en paz, pero era algo más que posesiva.

—Éste será un país libre, pero es el país del hombre. No te preocupes, no voy a obligarte a que te cases conmigo. No soy de ese tipo de hombres. Sin embargo, tengo la esperanza de que te lo plantees.

—¿Estás proponiéndome matrimonio otra vez?

—No. Estoy cortejándote. Proponértelo sería empezar la casa por el tejado.

—Pero la oferta de mi padrastro...

Ella no pudo terminar. No pudo reconocer que era una mujer que ningún hombre querría. Además, no tenía por qué decirlo. Todo el mundo en el

rancho sabía cuál era su situación y estaba segura de que el jinete también lo sabía.

—La oferta de Willman fue una crueldad. Te ayudé a salir de esa casa porque nunca había visto una mujer mejor que tú. No soy gran cosa, pero recuerda que tengo mis tierras en Montana, que trabajo mucho y que seré mejor para ti que cualquier otro hombre de este país.

—Querrías dominarme como a esos caballos que sometes.

Ella no se engañaba, pero el atractivo de su voz y su fuerza la enganchaban como un anzuelo y tiraban de ella cuando quería escapar.

Su pulgar le recorrió el cuello y le acarició la barbilla. Era hipnotizador. Brett nunca la había tocado así. Ella cerró los ojos, intentó cerrarse entera a esa necesidad.

—No someto a los caballos —él se inclinó para susurrarle al oído—. Les demuestro que pueden confiar en mí.

—¿Confiar? He visto cómo se someten los caballos para poder montarlos.

—No has visto cómo lo hago yo.

Sabía que no lo había mirado por la ventana como la había mirado él. Si lo hubiera hecho, sabría que no doblegaba a los caballos, que no usaba espuelas ni látigo. Utilizaba el contacto y las palabras. ¿Serviría eso con una mujer?

—Mi padre se dedicaba a los caballos.

El afecto le bajó la guardia y la tensión desapareció debajo de las manos de Dillon.

—¿De verdad? Entonces, el rancho era suyo...

—Hace mucho tiempo. Yo tenía seis años cuando él murió. Lo suficientemente mayor para recordarlo, para darme cuenta del vacío en mi vida cuando falleció.

—¿Fue un accidente? Muchos hombres morían al domar caballos. Era muy frecuente en su profesión.

—Se cayó en primavera y murió a mediados de verano.

Dillon notó su tristeza como si fuera propia. Ella amaba a su padre y pudo imaginarse el resto. Una viuda sola para hacerse cargo de un rancho; unas tierras y unos caballos que suponían una pequeña fortuna; un banquero

despiadado y que adoraba al dinero por encima de todas las cosas. Todo eso explicaba lo que había presenciado en el rancho familiar de Katelyn y que casaran a la hijastra para mejorar la posición social de la familia. No se había casado por amor.

Era importante tenerlo en cuenta. Una mujer necesitaba que la quisieran, como un hombre. Quería encontrar a alguien que completara su corazón. Como le pasaba a él.

Le pasó la palma de la mano por el hombro y a lo largo del brazo. Ella cedía a su contacto. Era algo muy sutil, como si fuera un gato que buscaba sus caricias. En apariencia, no se movía en absoluto, pero él notaba una leve elevación; aunque quizá fuera un deseo de afecto.

Era el primer paso en el peligroso deseo que sentía él.

—Come antes de que se enfríe la comida.

Él apartó la mano, rompió el contacto, pero no la conexión. Ella levantó el tenedor, probó la comida y se le iluminaron los ojos.

—Está muy bueno. Gracias.

Otro paso. Pequeño, pero seguro.

—Ha sido un placer.

La tímida sonrisa de ella fue todo el estímulo que necesitó. Agarró un libro que había dejado en la mesilla, un libro que había sacado del fondo de una de sus alforjas.

—¿Te gusta Dickens? —preguntó él.

—Me encanta —contestó ella con un brillo en los ojos.

Dillon, más confiado, abrió el libro por la primera página. Afortunadamente lo había leído infinidad de veces, si no, se trabucaría todo el rato. ¿Cómo iba a concentrarse si tenía las manos húmedas y empezaba a notar sudor en la frente? Quizá por eso nunca hubiera sido capaz de cortejar a una mujer.

Leyó mientras ella comía. Hizo un esfuerzo por concentrarse en la historia cuando ella lo abrasaba y hacía que se sintiera como si tuviera el pecho abierto, como si ella pudiera ver todo lo que era, ¿y lo que no era?

¿Qué tenía que hacer para que lo quisiera? Iba a descubrirlo.

Él había dicho que esperaba que se lo planteara, que se planteara casarse con él. Ella intentaba no tenerlo presente, pero cada vez que lo miraba se acordaba. Una y otra vez. Hasta que tuvo que rendirse a la evidencia. Su padrastro la había entregado a Hennessey y él intentaba cortejarla con su estilo vacilante e inexperto.

Ella se sabía la historia de memoria y él estaba destrozando la narrativa de Dickens. Se equivocaba y perdía el hilo aunque intentara disimularlo.

Brett la había cortejado con las palabras y los regalos indicados. Había sido encantador y había conseguido que ella creyera que podía ocuparse de todo.

—¡Uf! Tengo que beber agua —Dillon se aclaró la garganta y dejó el libro en el borde de la cama—. ¿Quieres algo? ¿Un té? ¿Agua?

—No, gracias.

—¿Quieres otra cosa de la cocina? La señora Miller tiene café y zumo de manzana, creo.

—No, gracias.

—¿Estás segura? —él agarró la jarra y se sirvió—. Las tiendas están abiertas. Si quieres voy a la calle y te traigo lo que quieras.

—Eres un hombre muy servicial.

—Será porque quiero darte una buena impresión —él sonrió por encima del borde del vaso—. ¿Da resultado?

—Depende de cuál sea esa impresión.

—Mostrarte el marido que podría ser —Dillon dio un sorbo—. Útil, considerado... Tengo entendido que tener la capacidad de traer la cosas es muy apreciado en un marido.

—No, eso es en un perro —bromeó ella.

—Tienes razón —Dillon se rió de sí mismo y dejó el vaso con un gesto de incredulidad—. He hecho el ridículo, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros para no darle la razón. No tenía experiencia cortejando mujeres, pero era sincero. Se había ocupado de ella, durante el poco tiempo que lo conocía, más que su madre en toda su vida. Por no hablar de su marido, que había jurado quererla y honrarla eternamente ante Dios y un centenar de testigos.

El jinete la había cuidado con la apariencia recia de un hombre de campo. Había conseguido que volviera a soñar con un simple roce de sus manos grandes y curtidas. Ella no quería que pasara eso.

—Por eso dijiste lo que dijiste sobre la impresión que quería darte. Me parece que no estoy haciéndolo muy bien.

—No había visto nada peor, es verdad.

—Soy un caballista. Conozco a los caballos, pero no sé embelesar a las mujeres.

—¡Ah! ¿Estás intentando embelesarme?

—Sin ningún resultado. Evidentemente, no estás embelesada.

Parecía avergonzado, pero tenía algo asombroso, algo que la atraía tanto que sólo podía fijarse en él mientras se sentaba en la cama a su lado, aunque no fuera nada correcto. Quizá ella no quisiera que fuera correcto. El pulso se le aceleró y esperó que volviera a tocarla. No estaba embelesada, era mucho más.

—Ha merecido la pena intentarlo.

No parecía arredrado. Parecía tan digno como siempre, con la espalda recta y el gesto firme, pero había algo en sus ojos... ¿Lo habría ofendido?

Él recuperó el libro y lo miró como si se lo pensara.

—¿Quieres que siga leyendo para entretenerte o también ha sido un intento ridículo?

Era la ocasión de que se fuera. Entonces, ¿por qué había alargado la mano? ¿Por qué se iluminó un rayo de esperanza cuando posó la mano en la mano de él?

—Me encanta la lectura.

—¿De verdad?

Él ladeó la cabeza y la miró como si quisiera captar su sinceridad. Luego, aumentó la intensidad, como si quisiera llegar hasta su corazón.

Ella se tapó el pecho con la manta. Tenía que marcharse inmediatamente. Era un error dejar que se quedara, que creyera que iba a plantearse el matrimonio, que siguiera cortejándola.

—Entonces, seguiré leyendo hasta que me digas que pare.

Iba a besarla. Lo supo como si él se lo hubiera dicho. Los ojos se le oscurecieron y la miraron a la boca. Sus labios se separaron como si

estuviera preparándose. Lentamente, mientras los labios de ella palpitaban de miedo y deseo, él se inclinó.

La habitación se nubló y la luz se apagó. Él la besó en la boca apasionadamente. Fue un beso que empequeñeció a cualquier otro. Firme y rendido al mismo tiempo. El placer la dominó como un resplandor repentino.

Dillon tomó su cara entre las manos y la besó con todo su corazón. Tanta belleza la obligó a corresponderle.

Él se apartó y la dejó deslumbrada y aturdida, irreversiblemente cambiada. ¿Cómo podía hacer tanto un beso? ¿Cómo podía alcanzarle el corazón a través de tanta aflicción? ¿Cómo podía hacer que sintiera? Lo había conseguido. Por encima de su pérdida, por encima de la traición de su marido, Dillon Hennessey había conseguido que se sintiera nueva. Había conseguido que se sintiera viva. Plenamente viva y había vuelto a ser una mujer con deseos y necesidades.

Él abrió el libro y empezó a leer como si no hubiera pasado nada extraordinario. Su voz grave, aterciopelada como las sombras en penumbra, la envolvió, la abrigó, la cobijó. Ya no oía la historia de Dickens, sino a Hennessey, al hombre firme, amable y orgulloso que era.

¿Qué tipo de hombre era en realidad? ¿Por qué quería que volviera a besarla? Avergonzada por necesitarlo de esa manera, cerró los ojos. Intentó contener la oleada de sensaciones que no entendía. Se negó a seguir.

Si quería que la besara otra vez, sólo tenía que incorporarse. Sabía que él la abrazaría con sus poderosos brazos y que le daría, por un instante, la ocasión de estar viva otra vez.

Llamaron a la puerta y Dillon cerró el libro.

—Es el médico.

Dillon le levantó la mano y le dio un beso en la palma. Una caricia ardiente que hizo que soñara que se podía amar a una mujer como ella; aunque fuera un poco.

—Esperaré fuera.

Él le dejó la mano en el vientre con cariño y autoridad. Ella no pudo mirarlo mientras se alejaba. Detestó que el taconeo de sus botas se filtrara en todos sus sentidos y sólo existiera él. Él mientras hablaba en voz baja

con el médico y mientras cerraba la puerta. Podía sentir su presencia en el pasillo como una fuente de calor sólo para ella.

Miró al médico con una sonrisa vacilante. Contestó sus preguntas. Soportó la exploración. Atendió a sus consejos.

—Le debilidad durará un tiempo —el médico acercó una silla y se colocó bien las gafas mientras la miraba sombríamente—. Ha perdido mucha sangre por el parto.

—Sé que tardaré en reponerme, pero ¿cuánto?

—Ha tenido una recaída por el viaje. Tardará mucho en superar el trauma y lo que más me preocupa es su recuperación emocional. La pérdida que ha sufrido es la peor que puede tener una mujer.

Las lágrimas le abasaron los ojos, pero Katelyn hizo un esfuerzo por contenerlas.

—Hago todo lo que puedo.

—También necesita tiempo para eso.

Ella sabía que el médico intentaba ser amable, pero, por algún motivo, su compasión le dolía más.

—No me ha contestado. Me preocupa que la factura del hotel y sus honorarios van creciendo. Tengo que poder trabajar.

—Tiene que curarse. Calculo otras dos semanas. No tiene fiebre ni otras complicaciones. Volveré dentro de unos días. Si empeora, llámeme.

Él se levantó para marcharse y Katelyn intentó conservar las esperanzas cuando hizo la pregunta.

—¿Cree que no puedo tener más hijos?

El médico se quedó helado y apesadumbrado.

—Con certeza, no puede tener más hijos. Lo siento —contestó él.

—Gracias.

Esperó a que el médico se hubiera marchado para soltar la primera lágrima. Era el vacío, el final. La certeza de que no acunaría a un hijo entre los brazos. No tendría una familia. Había perdido la única ocasión.

¿Qué podía importarle el beso de un hombre? Escondió la cabeza entre las almohadas cuando la puerta se abrió otra vez. Eran los pasos de Hennessey. Era la caricia de Hennessey en la espalda. No la consoló. Tenía el corazón helado y las esperanzas congeladas.

Había dejado que la besara. Dillon no podía pensar en otra cosa mientras la miraba dormir. Ver su pelo caer a lo largo del cuello y vislumbrar un poco de su piel por el escote del camisón le quitaba todas las fuerzas. Era muy especial. Seguía sin entender que un hombre la hubiera rechazado. Era hermosa, inteligente y amable. Tenía un corazón de oro y un halo invisible alrededor de la cabeza. Estaba seguro porque cuando la besó, cuando sus labios rozaron los de ella, el deseo que tenía almacenado ardió como un infierno. ¿Qué más podía pedir un hombre?

No había ninguna mujer en el mundo tan especial como ella y tenía alguna posibilidad de que ella lo aceptara. Tenerla como esposa y amante...

La idea de meterse en su cama casi lo hace añicos. ¿Qué se sentiría al soltarle los lazos del cuello y deleitarse con sus pechos y entrar hasta lo más profundo de su cuerpo de mujer?

El médico había dicho que al día siguiente podría levantarse un rato. Dentro de una semana o dos, como mucho, ella tendría suficientes fuerzas y podría comprar un billete de tren para abandonarlo para siempre. Tenía que darse prisa. La había besado y ella lo había permitido y le había correspondido. Eso significaba que seguiría adelante con su plan de enamorarla; de demostrarle el hombre que era. Quizá no fuera un hombre cultivado y rico, pero era recto y la amaría como ningún otro hombre lo haría. Si conseguía demostrárselo, ¿le importaría a ella? ¿Se marcharía aunque le entregara su corazón y le mostrara su alma?

Además, ¿cómo podía contenerse un hombre si tenía delante lo que había anhelado toda su vida? ¿Pasaría el resto de sus días desolado por su pérdida?

Diez

—Buenos días.

Dillon entró con un montón de paquetes envueltos en papel marrón. Dejó por lo menos una docena a los pies de la cama. Katelyn se quedó parada con la mano aferrada al cepillo de pelo. Lo miró fijamente. Habían pasado ocho días y estaba más fuerte, pero no estaba preparada para eso.

Él la miró desde su imponente altura y ella sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué es todo eso?

—Artículos de primera necesidad, señora. La señora Miller ha participado. Ella le ha dicho a la costurera lo que podías necesitar.

Tenía copos de nieve en el pelo que se le derretían poco a poco. Ella no iba a derretirse. No podía ablandarse.

—Eres muy atento, pero no estaría bien que aceptara regalos tuyos.

—¿Por qué? —preguntó él con tono tajante—. Necesitas ropa, es así de sencillo.

—Entonces, tendré que conseguirla.

—El médico no te deja salir de compras durante horas. Dijo que tenías que quedarte aquí. Pensé que podía hacer algo para que fuera más llevadero.

—¿Te has echado esa carga encima? —preguntó ella con el ceño fruncido como si intentara adivinar qué quería de ella.

Él nunca le haría daño ni se aprovecharía de ella. Ella no lo creía todavía, pero acabaría creyéndolo.

—No me importa tomar las riendas y ocuparme de que se hagan las cosas. Necesitabas más ropa porque no tuviste la previsión de traer más equipaje.

—Creí que no tendría fuerzas para llevarlo.

—¿Creíste que tenías fuerzas para llegar andando hasta el pueblo en medio de una ventisca?

—Sí, si no acarreaba un equipaje pesado. Además, no quiero nada de aquella casa. Es mi pasado, lo he dejado atrás.

Levantó la barbilla. No tenía lástima de sí misma. Era todo fuerza y decisión.

—¿Estás dispuesta a empezar una vida nueva? A lo mejor puedo echarte una mano.

—¿Quieres echarme una mano?

—Sí. Soy el hombre indicado y me he propuesto demostrártelo. Ya lo verás.

Efectivamente, parecía el hombre indicado, en todos los sentidos. Katelyn sintió algo repentino que se extendía por todo su pecho. Una sensación que prefirió no definir. Que prefirió no sentir. El jinete no le parecía atractivo. En absoluto. Para llevarle la contraria, sintió un calor por todo el cuerpo, un calor que se apoderó de todos sus sentidos. Su mano anhelaba agarrarlo de la nuca y sentirlo sobre su piel. Su boca palpitó al recordar el sabor de sus besos y su intensidad. Lo anheló desde lo más profundo de su ser.

Eso no era lo que quería. No quería otro hombre que la dominara, que controlara su vida, que reprimiera el afecto porque tenía la autoridad de hacerlo.

—Desenvuelve éstos —Dillon le acercó media docena de paquetes y dejó el más grande en un rincón—. Dejaremos éste para el final. Adelante. Volveré enseguida.

Tenía que ser cautelosa. ¿Acaso no había dicho él que quería ganarse su afecto? Tenía que acabar con todo aquello. Tenía que conseguir que comprendiera que era una mujer capaz de apañarse sola. Que ya había estado casada y que no volvería a hacerlo.

No necesitaba que un hombre le hiciera regalos. Necesitaba recuperar las fuerzas y encontrar un trabajo. No debería estar preguntándose qué había en los paquetes, qué le había llevado el jinete, que estaba tan

orgullosa y complacida. Tenía que olvidarse de los paquetes, eso era lo que tenía que hacer, pero estaba deseando abrirlos. Era una debilidad...

Oyó unos ruidos en el pasillo. ¿Sería Hennessey? ¿Qué estaba tramando? El ruido metálico fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que una bañera de acero llenó todo el quicio de la puerta en brazos del jinete.

Dejó la bañera apoyada en la pared enfrente de la chimenea. Ella lo observó. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era una escena digna de verse. Todo su esplendor, su virilidad primitiva al trabajar, la intensidad de su concentración, el cuidado que ponía en todo, la elegancia masculina al moverse, al agacharse al colocar la bañera en un espacio tan pequeño, el pelo que le caía sobre la frente, la curva de su espalda, ancha y fuerte... Quiso recorrer con los dedos la profunda hendidura de la espina dorsal. Sentir el calor de su piel. Besarle allí y saborear su calor masculino y salado.

No era lo que quería, al menos, racionalmente. Pero la mujer que había en ella anhelaba algo que no existía o que era tan escaso que era como si no existiera. Era impresionante. Sus instintos más elementales reaccionaban, naturalmente, ante un ejemplar tan perfecto de hombre. ¿Qué mujer no querría estar en la seguridad de esos brazos? ¿Qué mujer no querría creer que podía encontrar consuelo, amor y ternura en ese pecho imponente?

—No estás abriendo los paquetes.

Él esbozó una sonrisa embriagadora y desapareció por el pasillo hasta dejarla en silencio.

Tenía que dejar de ver en él a un hombre tan bueno como su padre. Su padre había sido un caso único. Fue protector, fuerte y amable con ella y su recuerdo, borroso por el tiempo que había pasado, tenía suficiente fuerza para sosegar el dolor que la embargaba.

Había hombres buenos en el mundo, pero eran muy pocos.

Hennessey volvió a irrumpir en el cuarto cargando con dos cubos de agua humeante como si no pesaran nada en absoluto.

—Espero que te guste el agua caliente.

—No puedo creerme lo que estás haciendo. Puedo ir al cuarto de baño del piso de abajo, de donde has sacado la bañera.

—Claro, pero entonces no podría ser el héroe que te trae una bañera para que te relajes.

—Puedo organizarme el baño sola.

—Claro, pero entonces no estaría aquí para ayudarte —replicó él mientras vaciaba los cubos.

—No necesito que nadie me ayude a prepararme el baño —insistió ella con incredulidad.

Él salió de la habitación como si no la hubiera oído, como si ella no le hubiera podido pedir a la señora Miller que le calentara agua para el baño. Katelyn siguió cepillándose el pelo e intentó no fijarse en Hennessey cada vez que entraba. Cada vez que vaciaba los cubos con facilidad y unos músculos tensos y potentes. Una facilidad que ella admiraba aunque quisiera rechazarla.

—Necesitarás esto.

Dillon desenvolvió un paquete y una bata blanca como la nieve cayó en la colcha. Era tan suave y refinada que ella deseó con toda su alma tocar la tela.

—Te ayudaré.

Él tomó el cepillo y lo dejó a un lado. Tenía las pupilas tan dilatadas que casi no se veía el color marrón de sus ojos. Le rozó la barbilla con los nudillos al soltarle el primer botón.

—Puedo hacerlo sola.

—Lo sé.

Él le soltó el botón siguiente y el siguiente hasta que la enagua se abrió y le permitió ver la parte superior de sus pechos. La miró a los ojos y siguió soltando botones. El pulgar presionó contra la parte interior del pecho derecho y ella se estremeció hasta las entrañas.

—Esto no está bien. Tienes que marcharte.

Ella no consiguió reunir fuerza suficiente para parecer convincente.

—Creo que es lo más adecuado.

Hennessey soltó el último botón, la tela cayó y sus pezones quedaron al aire. Se endurecieron elocuentemente y ella se sonrojó. Estaba excitada. Un calor líquido se extendió por lo más profundo de su abdomen. Su

respiración se entrecortó, su piel cobró vida y anheló sus caricias. Nunca se había sentido así. Tenía que echarlo de allí.

Lentamente, inexorablemente, él le apartó el pelo del cuello y la besó con pasión debajo del lóbulo de la oreja.

El deseo se despertó en ella como una llamarada. Sabía lo que él quería. El jinete tendría poca experiencia con las mujeres, pero estaba segura de que tenía otro tipo de experiencia. Estaba a solas con él y medio desnuda en la cama. Si se lo permitía acabaría completamente desnuda y debajo de él. Sintió un vacío en el estómago al acordarse de lo que era aquello. La deliciosa calidez de su vientre dio paso a una decepción gélida.

—No puedo —dijo ella sin mirarlo.

—¿Crees que intento aprovecharme de ti? —él la agarró del cuello, pero fue un gesto tranquilizador—. Maldito sea ese hombre por lo que te hizo, pero ahora estás conmigo y puedes saber cómo es un hombre de verdad.

—¿Un hombre de verdad? ¿Queda alguno en el mundo?

—Todavía quedamos algunas almas cándidas.

Él guiñó un ojo con aire seductor para que ella sonriera. Casi lo consigue y ella se relajó un poco.

Él cambió, como cambia una montaña de granito a la luz de amanecer, e inclinó la frente sobre la de ella, con intimidad, como si súbitamente fuera parte de ella.

—Ahora estás conmigo, Katelyn —era una certeza que transmitía tanta seguridad como el suelo que estaban pisando—. Confía en mí, ¿de acuerdo? Si lo haces, comprobarás cómo puede tratar un hombre a una mujer.

Le tomó la cara con una mano y la besó en los labios. Fue un roce tierno, arrebatador, férreo, ardiente y rebotante de deseo. El beso de un hombre enamorado que la dejó atónita y con todo el cuerpo estremecido por la excitación.

—Ven —le pidió él mientras la tomaba de la mano para ayudarla a levantarse.

Ella estaba tan deslumbrada que no pudo discutir. El calor del agua y el calor de él la abasaron completamente. Le quitó el camisón de los hombros y cayó hasta formar un montón de tela a sus pies. Se colocó detrás de ella

con los dedos en las curvas de la caderas y la besó en la nuca, como si fueran el uno del otro.

No eran el uno del otro. Ella se lo dijo para sus adentros, pero no tuvo fuerza suficiente para detener la intensidad de su contacto. La cubría como una nevada caída de un cielo afable; frágil, incesante y tan mansa que cerró los ojos y deseó que no acabara nunca.

Él le pasó los dedos por los costados y siguieron bajando hasta alcanzar el borde de sus pololos. Notó su aliento en la nuca mientras soltaba el lazo que los sujetaban.

Desnuda y vulnerable, se estremeció, pero no de miedo. Hennessey la besó en la oreja con una delicadeza celestial. La agarró de las caderas, entrelazó los dedos sobre su vientre y la estrechó contra su pecho y su virilidad dura e grandiosa.

—Nunca había visto tanta belleza —susurró Dillon.

Su confesión fue como una caricia en el lóbulo de la oreja y ella sucumbió como una avalancha de nieve por la ladera de una montaña, imposible de detener. Cerró los ojos y se dejó caer contra él. Permitted que la tomara en brazos con el corazón desbocado. ¿Qué iba a hacer?

—El baño te espera. Me daré la vuelta mientras... te quitas lo demás.

¿Había captado timidez en su voz? Se preguntó ella mientras dejaba las bragas de algodón en el suelo. Apoyó una mano en el hombro de él y metió un pie en el agua humeante. Fue una caricia balsámica. Metió el otro pie y el resto del cuerpo. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos. ¿Desde cuándo no se sentía tan bien? No se acordó. Las preocupaciones se esfumaron como arrastradas por el vapor del agua.

—¿Estás bien?

—Mmm.

No podía hablar de lo bien que estaba. Era como un trozo de mantequilla que se derretía en el homo. Unas lágrimas de agradecimiento le atenazaron la garganta. Dillon había hecho aquello por ella. No podía recordar que nadie hubiera hecho tanto por ella. Tenía que hacer algo por él para corresponderle.

Katelyn oyó el susurro de una tela al caer en el cojín de la butaca que estaba al alcance de su mano. También oyó que rasgaba un papel. Consiguió

abrir un ojo. Le había llevado la bata nueva.

—Para ti. Espero que no lo hayas leído —dijo él mientras dejaba un libro y una toalla junto a la bata.

¿Un libro? ¿Le había comprado un libro? Katelyn se sentó y el agua se desbordó por el borde de la bañera. Dillon se arrodilló para darle la toalla y que se secara las manos.

Un hombre más austero habría dicho que se había excitado al ver el resplandor de las gotas en su piel desnuda o el elegante movimiento de sus manos al tomar la toalla y secarse. Un hombre más íntegro que él no habría aprovechado la ocasión para mirar fugazmente sus pechos y sus nacarados muslos. Él, sin embargo, no era un santo. La miró y la sangre le hirvió en las venas. Notó un zumbido en los oídos y se le nubló la vista. Intentó tomar aire. Era todo lo que podía hacer para no tomar esos pechos tan delicados entre sus manos. Ojalá pudiera acariciarla de esa manera. Amarla de esa manera. La cuidaría, le daría placer y conseguiría que ella lo quisiera.

—Charles Dickens...

Hasta su voz lo excitó más, como una caricia muy suave sobre su piel. Todavía no era suya. Se contuvo mientras le daba el libro. Ella estaba hablando, pero las palpitaciones que tenía en los oídos le impidieron oír lo que decía. Eran unas palpitaciones que le retumbaban en todo el cuerpo. La deseaba. La necesitaba.

Tenía que recordar que hacía eso por ella. Deseaba con toda su alma tomarla desnuda entre sus brazos, pero se dio la vuelta, agarró la jarra que había en la mesilla de Katelyn y llenó su taza. Oyó un chapoteo cuando ella se reclinó para leer el libro.

Tenía que darle la taza y no mirarla fijamente. No quería asustarla.

—Dillon, ¿cómo podré agradecértelo lo suficiente?

Ella tenía la cara ligeramente sonrojada por el calor y los ojos le brillaban de placer.

—Esto sólo es el principio, señora.

Dillon dejó la taza a su alcance y se quedó mirándola a la cara. Era preciosa. Anheló tocarla. Aunque sólo fuera pasar la yema de un dedo por su mejilla.

—¿Así es como un hombre de verdad trata a una mujer? ¿Le llena un baño y se queda mirándola?

—Perdona. Supongo que no debería estar aquí —se puso rojo como un tomate, pero no se movió—. Pero un hombre de verdad no deja una tarea a medias.

—¿Una tarea?

—Claro, señora, he traído la bañera y el agua, pero hay que hacer más cosas. Mi conciencia me impide ser un gandul y permitir que hagas todo el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Vaya, es una pregunta complicada. La primera respuesta es que tengo la obligación de conseguir que te sientas mejor. Después de todo lo que has pasado y de cómo te han tratado, tengo la obligación de demostrarte que no todos los hombres somos unos canallas.

—¿La obligación?

Él vio, por encima del libro, que el humor desaparecía de su rostro y dejaba paso a la cautela. ¿Qué daño le había hecho ese malnacido? Notó un regusto amargo en la boca mientras se ponía lentamente detrás de la bañera. No quería asustarla.

—Efectivamente, señora. Relajaos y seguid leyendo.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? Me limito a seguir las normas.

—¿Qué normas?

—Las normas de los hombres de verdad. Son como los mandamientos que cumplen los hombres decentes.

—¿Decentes? ¿Te parece decente mirar a una mujer que está bañándose?

La cautela estaba disipándose y él siguió hablando en voz baja y tranquila, como hacía con los caballos.

—Ocupese de sus asuntos, señora, y lea el libro. Yo me ocuparé de todo lo demás.

—Dillon —replicó ella con los dientes apretados. La cautela había vuelto—, creí que te marcharías. Sé lo que dijo mi padrastro, pero no

puedes... yo no soy...

Estaba preocupada y se temía lo peor. Estaba muy maltrecha, profundamente herida. No sabía si los hombres podían hacer otra cosa. Como los caballos con los que trabajaba. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, lo que ella necesitaba.

—Lo sé. Créeme, nunca te haría daño.

Dillon le apartó el pelo del cuello. La acarició antes de que ella pudiera salir corriendo, antes de que el nerviosismo se convirtiera en pánico. Él reunió todo el cariño de su corazón, como le había enseñado a hacer su abuelo, para que ella lo sintiera, para que sintiera que no iba a hacerle daño. Notó que ella contenía la respiración. Recorrió su cuello con las manos, desde los hombros hasta el pelo y, luego, hasta lo más alto de la cabeza.

—¿Te gusta?

—Sí... —contestó ella con un hilo de voz.

—¿Lo ves? Servir a una hermosa dama es todo un trabajo.

—Intentas convencerme de que me ca... case contigo. Tú lo dijiste.

Él notó que se ponía tensa y que el dolor se adueñaba de ella hasta llegarle a él.

—Lo dije. Sólo soy sincero. Es lo mejor entre un hombre y una mujer, ¿no lo crees?

Ella asintió con la cabeza y la cara desencajada. Efectivamente, le habían hecho mucho daño. Le pasó los dedos por la espina dorsal y sintió el calor satinado de su piel, la delicada suavidad de su pelo.

Los pantalones se le quedaron estrechos ante el increíble aumento de su dureza. Era evidente que el deseo lo tenía dominado. Pero no se trataba de su deseo. Pasó los pulgares por las vértebras de cuello.

—Qué gusto... —ella cedió un poco a su contacto.

Él puso la mano izquierda en su nuca. Ella no apoyó la cabeza, todavía no se fiaba. Dillon le acarició debajo de la oreja y siguió un momento cuando oyó que ella dejaba escapar un leve jadeo. Le pasó la mano por la frente con un movimiento circular. Ella dejó caer todo el peso de su cabeza sobre la palma de la mano.

Perfecto. Él quiso dar saltos de alegría, pero bajó una mano por el cuello hasta llegar al hombro.

—Oh... —suspiró ella.

Siguió acariciándole el hombro, siguió por el brazo y volvió por el mismo camino. Ella se relajó más todavía y se hundió un poco en el agua. Le agarró la cabeza y le quitó el libro que estaba cayéndosele de las manos.

—Lo dejaré aquí.

Dillon sonrió. Ella tenía los ojos cerrados y el rostro sosegado como si estuviera dormida, como si no tuviera problemas.

Lo había conseguido y se sentía satisfecho. Era suya, lo reconociera o no. Lo notaba en su entrega. La besó en la cabeza y el cariño brotó en su corazón solitario. Cuidaría de ella y nunca la maltrataría.

—Toma el libro.

Lo agarró, buscó la página donde lo había dejado y se lo dio.

—Ha sido maravilloso.

—Me he limitado a hacer mi trabajo, señora.

Él se levantó y le crujió una rodilla. Ella notó su mirada con la misma intensidad que si hubiera tomado sus pechos con sus manos, pero ¿por qué no le importó? Se sonrojó sólo de pensarlo.

—¿Tu trabajo consiste en mírame boquiabierto cuando estoy desnuda?

—Naturalmente —él también se sonrojó y siguió mirando—. Como pienso casarme contigo, quiero saber qué voy a llevarme.

—Eso ha sido indecente.

Ella le tiró la esponja y él la agarró antes de que le diera en la cara.

—Sí, pero te ha gustado. ¿Quieres que siga?

—¿Que sigas...?

Claro que lo quería. Quería que la acariciara, como un éxtasis sobre la piel, como un bálsamo para el espíritu. El deseo florecía en su vientre. Nunca se había sentido así. Ella sabía que el acto marital era una obligación que no se parecía en nada a las caricias de Hennessey; ni al beso que le había dado; ni al placer que la inundaba por dentro.

Él se arrodilló. Ella comprobó que el pecho le subía y bajaba entrecortadamente. Su rostro reflejaba sin disimulo la intensidad del deseo que sentía. La tomó del cuello y la besó. Fue algo más que un beso. Fue un contacto lleno de consideración, como cae la primera nevada del invierno. Titubeante, arrastrada por el destino. Ni la nieve podía caer hacia arriba ni

ella podía separarse del beso de Dillon. La delicadeza y la ternura se tomaron en avidez. Fue una tormenta que llegó de él y la arrastró hasta que se olvidó de todo lo anterior; del dolor; de la desdicha; de la soledad al estar con otro hombre.

Ese hombre la curaba con su beso, con su lengua, con sus labios que poseían los de ella. No sentía dolor, ni desdicha, ni soledad. Sólo sentía el placer de que la deseara, de que la quisiera. Dillon se apartó, sin aliento, y la miró a los ojos como si pudiera ver el hielo que rodeaba su corazón. Apoyó la frente en la de ella y ella habría jurado que le transmitió todos sus sentimientos. Fue un resplandor cálido que no había sentido nunca.

Quiso que la abrazara y la besara otra vez; que la acogiera entre sus brazos para volver a sentir esa luz que irradiaba de su interior. El resplandor reconfortante de su cariño.

Sin embargo, él se apartó.

—Disfruta del baño. Estaré cerca por si me necesitas. Dame un grito.

Salió, cerró la puerta y la dejó sola. La dejó anhelante. Con un deseo punzante que no cesaba mientras intentaba leer. No podía. Las palabras sólo eran letras y no podía concentrarse en el significado. Sólo podía pensar en el jinete. En sus caricias. En la ternura de su beso. En la calidez resplandeciente como ascuas reavivadas. Le dolió.

¿Qué sentimiento era ése? ¿Por qué ese hombre tenía tanto poder sobre ella? Reconoció que no era un poder perverso. Si cerraba los ojos, podía revivirlo. Sus manos curtidas en el cuello. Su olor a cuero e invierno. Su voz que retumbaba dentro de ella. Su consuelo.

No pensó en otra cosa hasta que el agua se quedó fría. Se lavó rápidamente, se vistió y se metió en la cama. Fingió estar dormida cuando él volvió. Oyó el murmullo del agua mientras él trabajaba con todo cuidado para no despertarla. Se llevó el agua cubo a cubo y luego retiró la bañera. Antes de dejarla sola, se acercó a la cama, se inclinó y le apartó unos mechones mojados de la frente. La besó en la mejilla con la suavidad de una pluma.

—Que duermas bien. Te quiero —susurró él.

Ella se quedó inmóvil y esperó a que cerrara la puerta, a que sus pasos se disolvieran en el silencio. Entonces, se levantó. ¿La quería? No podía ser

verdad. No la conocía. Ninguno de los hombres que la habían conocido bien la había querido. Excepto uno, que también se dedicaba a los caballos.

Sintió una opresión en el pecho y no fue por cansancio ni dolor. Era su conciencia. Su corazón anhelante, como una noche larga y fría anhelaba el amanecer.

Abrió las cortinas para mirar a la calle. Lo vio. Era una sombra en la llanura interminable, un jinete solitario que fue haciéndose cada vez más pequeño hasta que desapareció entre las sombras de la noche.

OceanofPDF.com

Once

Tenía que dejar de pensar en Katelyn. Parecía muy fácil. Sólo tenía que empezar a concentrarse en otras cosas. Como en volver a ver a su hermano, en supervisar sus tierras, en ver si algún animal salvaje se había instalado en su cabaña. En el caballo indio. Él era la prioridad.

Sin embargo, cuando pensaba en el caballo, se acordaba de ella, de ella dormida entre almohadas con encaje, como un ángel demasiado delicado para los hombres como él.

¿Tenía alguna posibilidad? Ella se había rendido a sus caricias. Quiso más. Era el principio de un camino largo y desconocido. Que le permitiera acariciarle el cuello era algo muy distinto a amarlo. El caballo tropezó y Dillon volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo. Tenía que adecentar la cabaña si iba a llevar a Katelyn.

¿Iría ella? Estaba sola, sin familia ni amigos que fueran a ayudarla. No tenía a donde ir. Un hogar con él era mejor que estar débil, abandonada y sin techo.

Era a lo único a lo que podía agarrarse. Pero no era la forma correcta de conseguir que se casara con él. No quería hacerlo así. ¿Debía darle una elección? Eso significaría el riesgo de perderla y sólo de pensarlo se le hacía un agujero en el estómago. La quería con toda su alma.

Pero no a cualquier precio.

Pasaron los kilómetros y las nubes se abrieron y dejaron ver unos rayos de sol vacilantes que iluminaron la nieve como si fuera de diamantes. Como el diamante que Katelyn llevaría en el anillo el día de su boda. Intentó imaginarse el anillo en su dedo anular, la señal que la convertiría en su esposa. Su esposa...

La vio en la bañera con esos muslos tersos pensados para rodear el cuerpo de un hombre. La amaría. Le enseñaría todo lo que un hombre podía hacer por ella. Haría que gimiera, que jadeara del placer y que luego suspirara de satisfacción.

No se la quitaba de la cabeza. Iba a volverlo loco. Nunca le había pasado eso por una mujer y no quería que volviera a pasarle. Si Katelyn no llegaba a amarlo, no habría ninguna mujer más.

Lo había deseado un poco. Recordó su gemido y cómo se estrechó contra él.

La cabaña tenía un aspecto solitario y abandonado. Las contraventanas estaban cerradas y la nieve se amontonaba en un rincón del pequeño porche.

Su hermano no habría tenido tiempo para pasar y comprobar cómo estaba todo. Las primeras nevadas de la temporada siempre significaban algún trabajo imprevisto. Dillon desmontó, llevó al caballo al establo y echó heno en el pesebre. El viento le llevó un débil silbido. Era el tren de la tarde.

Un banco de nubes se acercaba por el noroeste. Presagiaban más nieve. Ese año la nieve había llegado pronto y con fuerza a las praderas. Si Katelyn no se quedaba, quizá se dirigiera al sur. Tenía un par de ofertas de trabajo en Arizona.

Percibió al jinete antes de verlo. Los gorriones dejaron de cantar y una ardilla se escondió en su guarida. Dillon tenía el fuego encendido y el café hecho cuando su hermano desmontó y se quitó la nieve de las botas en el porche.

—No esperaba verte por aquí —Dakota colgó el sombrero en una percha que había en la puerta—. ¿Terminaste antes ese trabajo?

—Algo así. Pasa. Entra en calor —Dillon sirvió dos tazas—. Me alegro de verte.

—Me gustaría decir lo mismo. Tienes un aspecto espantoso.

—¿Sí? Supongo que es lo que hacen las mujeres a los hombres.

—¿Una mujer? —Dakota acercó las manos a la estufa—. No me digas que tienes una mujer. No veo rastro de ninguna.

—Está en el hotel del pueblo. Es una historia muy larga. Cuando hayas entrado en calor, canijo, te la contaré entera con una taza de café.

—Quién habló de canijos.

Dakota era igual de alto que él, pero más fornido.

—Ya, pero yo soy más duro. —Dillon acercó una silla y se sentó, aunque estaba llena de polvo—. ¿Alguna vez has pensado en casarte?

—Sí, pero estaba como una cuba. Era joven y después de beberme una botella de whisky creí que el matrimonio era una buena idea. Hasta que volví a estar sobrio.

—No me sirves de ayuda.

Dillon miró la casa hecha con troncos. Los muros era sólidos y no dejaban entrar el frío. El tejado era resistente y no tenía goteras. La chimenea daba calor. No era la casa de lujo de un hombre rico. No podía imaginarse a Katelyn allí metida. Podía intentarlo... ¿Sabría cocinar? Seguramente, en la casa de su ex marido tendría servicio. Intentó imaginársela friendo los huevos para el desayuno en la estufa. No encajaba. Tenía que prepararse para dejarla marchar. Tenía que prepararse para perder el corazón.

—Toma un té, cariño —la señora Miller apareció entre las sombras del amanecer con una bandeja y un mantón cubriéndole la cabeza—. No hay nada que cure las penas como un té. He traído miel y unas galletas recién sacadas del horno. Come ahora. El desayuno se sirve a las seis en punto. Estoy haciendo tortitas.

—Gracias —Katelyn tomó la bandeja y la dejó en la mesilla que había junto a la butaca de orejas, donde estaba sentada—. ¿Sabe si el señor Hennessey volverá esta mañana?

—No ha dicho nada —la señora Miller se estiró el mandil antes de dirigirse hacia la puerta—. Creo que el señor Hennessey volverá pronto. Vive al sur del pueblo. Es un hombre bueno. Estaba muy preocupado por ti, cariño. Al menos has recuperado algo del color de las mejillas.

Katelyn le dio las gracias a la posadera y en cuanto estuvo sola volvió a pensar en Hennessey. Esa noche había soñado con él. Había soñado que estaba entre sus brazos y que aspiraba su olor a noche e invierno. Cuando se

despertó sola en la penumbra que precede al amanecer, lo primero que hizo fue pensar en él. Y no había dejado de hacerlo desde entonces.

¿Era él? Podía sentir su cercanía como si el aire hubiera cambiado. Quizá hubiera cambiado ella. No se sorprendió cuando oyó el taconeo de unas botas en el vestíbulo. Era su paso parsimonioso por el pasillo. Eran sus golpes repetidos en la puerta.

—Adelante.

Le pareció que la palabra no le había pasado de la garganta, pero él debió de haberla oído porque la puerta se abrió. Tenía un gesto inexpresivo como una roca y su silencio era imponente como una montaña cubierta de nieve.

—¿Qué tal estás en este día tan bonito?

—Mejor. Más fuerte —ella se cubrió el regazo con la manta de algodón aunque estaba vestida—. ¿Quieres un té?

—No. Espera, déjame —Dillon agarró la tetera de porcelana y sirvió una taza con una expresión extraña—. ¿Quieres algo más?

—Nada, gracias.

Ella se mordió el labio. Dillon estaba siendo excesivamente servicial otra vez.

—¿Quieres desayunar? Puedo bajar a la cocina y prepararte algo. ¿Prefieres unos bollos? Puedo ir a la pastelería.

—No, gracias.

Ella dio un sorbo con mucha delicadeza y luego dejó la taza en la mesilla. Era todo elegancia y distinción. Él, en cambio, se sentía grande y torpe. Todos esos desvelos tenían su parte positiva, porque si Katelyn lo rechazaba, nunca más tendría que cortejar a una mujer.

Tenía que volver a preguntárselo. Tenía que intentar no hacer el ridículo. Tenía que plantearle las alternativas y que ella eligiera. Era así de sencillo.

No era tan sencillo. Esa mañana estaba radiante. El descanso le había sentado muy bien y había soltado mucha de la tensión que sentía en casa de su padre. Su piel parecía nacarada, ya no tenía aquel aire ceniciento, y las ojeras estaban desapareciendo. Estaba resplandeciente como una estrella. Era su ángel.

—He disfrutado con el libro.

¿El libro? Dillon parpadeó hasta que cayó en la cuenta. Estaba hablando de la novela de Dickens que le había regalado. ¿Por qué no se había puesto uno de los vestidos que le había regalado? Miró alrededor y lo entendió inmediatamente. Los paquetes seguían envueltos.

—No los has abierto...

—No es que no los agradezca.

—Tenía que intentar ganarme tu afecto. No es normal que una mujer como tú se presente en la vida de un hombre. Sobre todo, de un hombre como yo.

—¿Como tú...?

¿Iba a obligarle a decírselo?

—Soy un hombre normal y corriente. Trabajo con las manos, la espalda y el corazón. No llevo corbata ni me paso el día en un despacho siendo cortés y educado. No soy el tipo de hombre que seguramente querrías como marido, pero soy tenaz e insistente. Por eso hago bien mi trabajo. Toma —no la miró cuando sacó la cartera y fue dejando un billete detrás de otro en la mesilla, junto a la tetera—. No te preocupes por la factura del hotel ni de la del médico. Yo me haré cargo. Con esto deberías poder ir a donde quieras ir. Y esto... —metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un anillo de oro con un diamante—. Ésta es mi forma de pedirte que elijas.

—¿Elegir? ¿Entre casarme contigo o aceptar tu dinero?

—No, entre marcharte a donde quieras ir o aceptarme. Me encantaría casarme contigo y haría lo que fuera por ti. Ya te lo he dicho, pero no quiero que te cases conmigo porque no puedes hacer otra cosa. No seré alguien con quien te conformes. Si te casas conmigo, seré el mejor marido que puedas encontrar y si no, entonces, buena suerte y adiós, Katelyn Green. Te deseo lo mejor.

Se dirigió hacia la puerta precipitada y atropelladamente, con todo el cuerpo tan tenso como el acero.

Cinco billetes de cien dólares la miraban doblados en tres partes. Era una pequeña fortuna para un trabajador. Sería más que su salario anual.

Ella estaba sin blanca. Él podría haberla presionado; podría haberse aprovechado de su situación para que se casara con él, pero no lo había hecho.

—¡Dillon! Espera, no te vayas.

Él se paró en el pasillo con una mano apoyada en el marco de la puerta y una expresión de tristeza en los ojos.

—Podrías vivir una buena temporada con quinientos dólares si tienes cuidado —él hizo una mueca antes de cerrar los ojos—. Supongo que no es mucho dinero para ti.

—Me durará mucho. Es justo lo que necesito para empezar una vida nueva. En primavera iba a presentarme al examen para profesora e intentar encontrar un colegio.

—Serás una profesora muy buena.

Tenía un aspecto sombrío, intimidante. Irradiaba mucho dolor. Ella podía notarlo en el pecho, en el corazón. Le había dado los medios para que fuera independiente y no tenía por qué hacerlo. Ella podía encontrar un trabajo y saldar sus deudas. Sin embargo, si lo hacía, sabía que siempre lamentaría no haber descubierto lo que su corazón sentía por ese hombre.

Era un momento muy malo. Su sentimientos seguían escarmentados y su dolor... Ni siquiera se atrevía a pensar en eso. Sólo sabía que no podía permitir que se marchara.

—¿Sabes por qué no he abierto tus regalos? Porque no quiero que pienses que acepto porque me has comprado. Me casaré contigo por cómo me has tratado.

—¿Qué has dicho?

—El anillo también puede ser una forma de empezar una vida nueva. Si eres un hombre de palabra...

—¿Si...? Soy eso y mucho más —Dillon no podía creerse lo que había oído. Cruzó la habitación con tres zancadas y se arrodilló delante de ella—. Sabes lo que soy. Soy un jinete, no un juez.

—Ya me había dado cuenta.

—Tengo una casa hecha con troncos, no una mansión en una calle flanqueada por árboles. Lo sabes, ¿verdad? No soy rico. No tendrás doncellas ni cocinera.

—No contaba con ello.

Si se casaba con él, quería que supiera lo que la esperaba. No quería decepcionarla.

—Tampoco soy muchas cosas a las que estás acostumbrada. No soy ni cultivado ni educado ni refinado. Soy como soy.

¿Estaba mirándolo con unos ojos burlones? ¿Estaba reprimiendo una carcajada? ¿Qué había hecho mal? Sintió una punzada de dolor y se alegró de que ese cortejo ridículo hubiera terminado.

—¿Te hago gracia?

—Sí. Hay algo que deberías saber antes de que sigas contándome lo humilde que eres.

—Ahora te burlas de mí.

—No tienes que preocuparte, Dillon. Mi padre también se dedicaba a los caballos, como tú.

Él le tomó la cara entre las manos y la besó con tanta fuerza que le levantó los pies del suelo.

Ella, abrumada, se separó entre risas. No había esperado esa reacción. Ni siquiera había sabido lo que elegiría hasta que lo vio salir por la puerta. Casarse con él era una decisión práctica. Seguía débil y quedarse sola, aunque tuviera dinero, no sería una buena elección. Sin embargo, el matrimonio era para siempre. El pánico se apoderó de ella. Podría estar cometiendo un error. Le había dicho que si se casaba con él, sería el mejor marido que podía encontrar. Él estaba feliz. Parecía una buena señal. Significaba que iba a tratarla bien.

En su círculo social, el matrimonio solía ser un acuerdo práctico, legal. Por eso se había casado su madre y la obligación de Katelyn fue casarse con un buen amigo de su padrastro que había sido muy provechoso para la familia. No había visto que ninguna de esas alianzas hubiera supuesto algo de felicidad. Su matrimonio fue triste, solitario y desolador. Quizá el matrimonio se redujera a eso, pero estar unida a un hombre que se preocupaba de ella era mucho mejor que pasar sola el resto de sus días. Quizá su vida con el jinete fuera placentera y lo suficientemente tranquila para no tener que fingir que no sentía dolor. Quizá pudiera afrontar mejor cada día y salir bien parada. Porque, ¿qué vida podía vivir sin su corazón?

—¿Cuándo quieres casarte? —preguntó Dillon mientras le acariciaba la cara con veneración—. Espera. Primero tienes que desayunar. Además, el médico tendrá que verte para que decida si puedes viajar en trineo. No quiero que te canses.

—Espera, Dillon, yo...

—Le preguntaré al sacerdote del pueblo cuándo tiene tiempo para celebrar una ceremonia. Cásate ahora y te llevaré a casa hoy mismo. Te cuidaré.

Quizá hubiera tomado la decisión equivocada. Tomó su mano curtida entre las de ella. Una mano con callos de agarrar las riendas y domar caballos. Unas manos dignas de confianza que hacían que se sintiera viva.

No había pensado qué querría él del matrimonio. ¿Debería cambiar de idea mientras pudiera? ¿Cómo podría hacerlo? Él se preocupaba mucho de ella.

—Iré a por el desayuno. Eso es lo primero.

Era un hombre bueno. Notó una punzada de dolor en el pecho. El dolor de volver a sentir cariño por alguien.

—Abre los regalos —Dillon le dio un paquete—. Volveré enseguida. ¿Quieres algo de la cocina?

—No —ella se quitó la manta de algodón y se levantó—. Tengo que hablar contigo de algo. Creo que tienes una impresión equivocada.

—¿De verdad?

—Dijiste que la sinceridad es lo mejor entre un hombre y una mujer.

—Lo dije.

Él la miró, vio su ceño fruncido y le desapareció la felicidad. Se agarró a la chimenea. ¿Iba a cambiar de idea?

—No sé qué esperas de mí como esposa.

Sería una mujer menuda y delicada como la taza de porcelana, pero tenía fuerza interior. Le hacía frente. Lo miraba a los ojos. Eso le gustaba. Nunca le había parecido tan atractiva. Debería haber sabido que no se echaría atrás.

—Supongo que espero lo normal. Fidelidad. Sinceridad. Un hogar feliz.

—Muy bien, pero me refiero a mí. La noche de bodas esperas...

—No.

Él no podía soportar verla atemorizada. ¿Qué le había hecho aquel canalla? Disimuló la ira porque no quería asustarla.

—Sé que vas a tener que adaptarte a mí, pero no voy a meterte prisa con ciertas... intimidaciones. No son una obligación y no quiero que creas que tienes que someterte a mí, ¿de acuerdo?

Ella se relajó y el alivio le borró algunas arrugas de la frente.

—Gracias por tu comprensión.

—¿Por qué me das las gracias? Es natural que necesites tiempo. Mientras tanto, te prepararé baños y te meteré en ellos. ¿Trato hecho?

Era imposible que él supiera lo que su comprensión significaba para ella. Dejó a un lado los recuerdos de la impaciencia de Brett la noche de bodas y el miedo que tuvo. Las caricias de Dillon habían sido tiernas y apasionantes. Como lo fue su confesión cuando creía que estaba dormida. Le había dicho que la quería. Nadie, en su vida adulta, le había dicho que la quería. Esas palabras le daban valor. Nunca quiso hacerle daño a ese hombre duro como una montaña y con un corazón generoso.

Tenía que decírselo.

—Sé lo que sientes, pero tienes que saber que no te amo.

—Todavía.

—Lo siento, pero quiero ser sincera contigo.

—Lo sé.

Sus ojos reflejaban dolor, pero Dillon se mantuvo tan inmutable como siempre.

—¿Y sigues queriendo casarte conmigo?

—Cariño, haría cualquier cosa por el privilegio de tenerte como esposa.

Dillon agarró el anillo y se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda.

—Independientemente de lo que pase en nuestra vida en común, nunca te abandonaré. Nunca te repudiaré. Esto es para siempre, Katelyn. Estaré siempre a tu lado.

Él no sabía lo que significaban esas palabras para ella. La besó en la mejilla con un roce muy delicado de los labios. Ella lo vio más alto y fuerte que nunca.

Doce

—¿Aceptas a esta mujer como tu legítima esposa?

La pregunta golpeó a Dillon como la embestida de un bison. Aunque había tenido dos semanas para acostumbrarse a que ella hubiera aceptado, todavía le dejaba sin respiración. Parecía imposible que le temblaran las piernas cuando había perseguido a Katelyn desde la primera vez que la vio y por fin la había conseguido. Sin embargo, le temblaban y no era por miedo al matrimonio. Su novia no dejaba de mirar hacia la puerta. ¿Quería escapar? ¿Iba a salir corriendo por el pasillo vacío?

Rezaba para que no lo hiciera y esperaba que como estaban en una iglesia sus plegarias fueran atendidas.

—Repite conmigo —le pidió el celebrante—. Yo, Dillon Michael Hennessey...

Él hizo todo lo posible para concentrarse. No quería equivocarse. Lo decía con todo su corazón, su cuerpo y su alma.

—... quererla y honrarla en la salud y en la enfermedad.

Se sintió pleno. Dentro de poco sería su esposa. No podía creérselo. Estaba a punto de reventar de orgullo.

—Yo, Katherine Lyn Green —dijo ella con una voz vacilante por los nervios.

Dillon quiso decirle que no tenía nada que temer, que la protegería con su vida y la querría con todo su corazón.

Estaba maravillosa con uno de los vestidos que le había comprado. En realidad, todo lo que llevaba se lo había dado él. Fue un detalle por su parte, porque la ropa que había llevado en su escaso equipaje era mucho más elegante.

Sin embargo, con el traje de algodón verde y marrón parecía más la mujer de un jinete. Tenía el pelo recogido en un moño y algunos mechones rebeldes le caían sobre la frente.

La ceremonia iba a terminar y ella no había salido corriendo.

—Si alguien conoce algún motivo... —dijo el celebrante a la iglesia vacía.

Fueron unas palabras que a Katelyn le costó oír. Le recordaban a otra boda, a una sensación de que la habían condenado a cadena perpetua con un hombre al que no amaba.

¿Por qué se casaba con otro hombre al que tampoco amaba?

Dillon era distinto. Era amable. Era bueno. Le tenía cariño, pero no lo amaba. Las dudas le dieron vueltas en la cabeza. ¿Qué pasaría si ese matrimonio resultaba ser tan malo como el anterior? No, Dillon era distinto. Era mejor.

—Yo os declaro marido y mujer.

Aquellas palabras la sacaron de sus pensamientos y su marido le tomó la cara entre las manos, la miró fijamente como si la adorara y la besó en los labios.

Fue un beso como la luz de la luna en la pradera. Tan hermoso que le dolió. Los ojos se le empañaron de lágrimas y la esperanza anidó en su corazón.

Él se apartó y, en el silencio respetuoso de la iglesia, la abrazó con todas sus fuerzas. Ella apoyó la mejilla en su pecho y se adaptó a él como si estuviera hecha a su medida. Le pasó algo en su interior. Algo cambió. Él le puso una mano en la nuca y le besó la frente una y otra vez.

¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo llegaba tan dentro de ella con un beso? ¿Por qué le hacía vibrar sitios que llevaban mucho tiempo muertos y enterrados? Ese afecto plácido que buscaba vida en ella le dolía.

Dillon le levantó la barbilla para mirarla a los ojos y cuando sonrió, el hielo se rompió. Ella se sintió como si se rompiera por dentro y reviviera. No supo definir lo que sentía en el pecho, era algo que crecía, se extendía y le dolía. Era algo más que cariño. ¿Sería amor?

—Vamos, señora Hennessey —él le dio un beso en la nariz con una sonrisa—. Te llevaré a casa.

Ella bajó al pasillo. Los bancos estaban vacíos. Su vida era distinta. Cuando se casó con Brett, la iglesia estaba rebosante de gente, su madre iba de un lado a otro para comprobar que todo estaba en orden y su padrastro estaba furioso por los gastos de última hora.

Esa vez sería distinto. Esa vez, sólo estaban Dillon y ella. No llevaba un vestido de novia muy caro sino uno de algodón. El matrimonio también sería distinto porque lo era el hombre.

Él le abrió la puerta y un sol radiante los recibió.

Habían pasado casi dos semanas desde que aceptó la propuesta de Dillon y el tiempo había cambiado. La nieve se derretía y una brisa muy suave le barrió la cara cuando Dillon la ayudó a subirse al pequeño carruaje. Él se sentó a su lado.

—Gracias por casarte conmigo. Llegué a pensar que ibas a dejarme. No parabas de mirar hacia la puerta.

—Estaba nerviosa —reconoció ella—. Creía que iba a desmayarme.

—¿Tan aterrador soy?

Él se puso serio y pareció vulnerable. Él, un hombre tan imponente.

—No, pero tengo miedo.

—Ya estás conmigo y estás completamente segura.

—Lo sé.

Dillon se relajó y cuando sonrió, ella captó todo su amor como una promesa recién hecha, una promesa que no había roto todavía. ¿Cómo podía decirle que no se refería a ese tipo de miedo?

Él podía defraudarla. ¿Era realmente el hombre que había llegado a conocer? Estaba apostando el corazón a que lo era. ¿Qué arriesgaba?

Se había criado en una casa donde todo parecía perfecto, pero la realidad era muy distinta. Su matrimonio con Brett fue igual. Él era educado, elocuente y muy respetado por toda la comunidad, pero cuando volvió a casa con ella después del banquete de boda en el mejor hotel del pueblo...

Dillon era distinto. Lo sabía, pero cuando vio la manos que agarraban las riendas también vio el poder que tenían. Estaba apostando su futuro por un hombre que no conocía y todo porque tenía la ocasión de que la quisieran. La ocasión, no la certeza.

Dillon esperó a dejar atrás el bullicio del pueblo y a que estuvieran en medio de la pradera.

—¿Te he dicho alguna vez las normas de un hombre de verdad?

—No, pero me dijiste algo la noche que llevaste la bañera.

—Sí, creo que te hice una buena introducción.

—¿Introducción? Sólo querías verme sin ropa.

—Efectivamente, no voy a engañarte. Suponía que iba a casarme contigo en cualquier caso... y estabas delicada. Necesitabas ayuda para bañarte.

—Y yo supongo que no querías molestar a la señora Miller y que me ayudara. Tenía que atender la posada...

—Lo has entendido. Sólo quería complacerte.

Agarró las riendas con una mano y con la otra tomó la de Katelyn. A ella le encantaba sentir sus dedos sobre la piel desnuda. ¿Cómo la acariciaría esa noche? Quizá le hiciera esos movimientos circulares por toda la espalda que tanto le gustaban. El deseo se extendió por toda ella, como una botella de champán recién abierta que se desbordaba por todas partes. Sería cariñoso con ella, sin duda.

—Estos mandamientos son unas enseñanzas de mi abuelo.

—¿Enseñanzas? ¿Era maestro?

—Era un hombre muy sabio. Podía hablar con los caballos. Un don muy especial.

—Tú también les hablas. Lo he visto.

—He mantenido una conversación o dos con mis amigos cuadrúpedos.

A Dillon le gustaba que toda la mano de Katelyn cupiera en la suya. Pasó el pulgar por el anillo de oro con un diamante. El anillo que la convertía en su esposa.

Todavía no podía creerse que fuera su esposa. Era demasiado maravilloso para ser verdad, pero allí estaba ella voluntariamente. Pensó en su casa, en la casa que la esperaba, y en el porvenir.

Sólo tenía que conseguir que ella lo amara. Parecía una empresa complicada, pero lo más difícil había pasado. Cortejarla había sido muy arduo. Después de eso, el matrimonio no podía ser peor.

—¿Viviste con tu abuelo? ¿Así aprendiste?

—Era el padre de mi madre. Un guerrero de la tribu Nez Perce. Era muy valiente y bueno. Para mí fue un honor conocerlo.

—Lo quisiste. Te oí hablar en su lengua.

—Mi abuelo me enseñó muchas cosas y hablar a los caballos fue una de ellas.

Ella tenía grabada en la memoria su imagen hablando con el caballo salvaje. Su voz profunda, musical y tranquilizadora. La luz de la luna, la nieve plateada y aquel hombre con la mano extendida, como una leyenda en la noche.

Era suyo. El anillo le recordaba la elección que había hecho. Escuchó el sonido de las ruedas al pasar por charcos de nieve derretida. Notó la brisa templada en la cara. Dejó que su cuerpo se relajara contra él. Dillon era como ese viento cálido del sur; intentaba derretir las sombras que tenía dentro de ella. Era igual de persistente y constante y ella estaba cediendo. ¿Qué pasaría si cedía del todo?

—Mi abuelo murió hace casi cinco años. Vivía conmigo.

—¿Aquí? —preguntó ella con sorpresa—. ¿No vivía en la reserva?

—En la casa que construí yo. Al final no estaba bien y lo cuidé todo el día y todos los días hasta que falleció. Fue un golpe muy fuerte. Todavía lo añoro. Por eso empecé a viajar. No podía soportar estar solo en la casa. Por un lado, la tristeza de haberlo perdido y por otro, la tristeza de no tener una familia propia.

—Yo perdí a mi padre cuando era pequeña. Cuando estoy en la casa del rancho, me acuerdo de él. Era tan alto que yo tenía que echar la cabeza completamente atrás para verle la cara. Para mí era un gigante. En todos los sentidos.

—¿Se dedicaba a los caballos?

—Sí.

—Los que nos dedicamos a los caballos somos buenas personas.

Cuando ella sonrió, Dillon habría jurado que había visto el paraíso. Quiso besarla más que cualquier otra cosa. Ella se estremeció y él se dio cuenta de que había estado mirándola fijamente.

Cuando la última elevación de la pradera los puso ante un campo de hierba muerta, barro y retazos de nieve que se derretía, él tuvo que

reconocerlo. No podía fingir, ni siquiera a sí mismo, que no estaba nervioso. ¿Nervioso? Eso era decir poco, estaba aterrado. Adoraba su casa. Su hermano y su abuelo le habían ayudado a construirla porque siempre había esperado que encontraría la forma de cortejar a una mujer y casarse con ella. Tener hijos que correrían y jugarían por los prados y se bañarían en el riachuelo.

Muchas cosas dependían de aquella mujer. Todo su porvenir. Su felicidad. Hasta sus hijos. Quería que ella fuera feliz. No era gran cosa, pero esa construcción en medio de la pradera, con un bosquecillo de álamos al norte y las Montañas Rocosas al sur, era su casa. Todo lo que tenía en el mundo. ¿Sería suficientemente buena?

Se preparó para la decepción de ella. Había hecho todo lo posible por prevenirla. Le había dicho claramente, antes de ponerle el anillo, lo que la esperaba. Ella había hecho la elección, pero a lo mejor se arrepentía... Tomó aliento y se preparó para lo que se avecinaba mientras los caballos coronaban la última elevación.

—Ahí lo tienes —dijo él cuando la pradera se extendió ante ellos—. Bienvenida a casa.

Ella no dijo nada. Eso no podía ser buena señal. Intentó no preocuparse. Ya le había advertido que no viviría en una casa elegante. Nunca había fingido ser algo que no era.

Dio una orden en voz baja y los caballos se pararon delante de los escalones del porche. Intentó entender la decepción de ella. Quizá llegara a gustarle con el tiempo. La cabaña era acogedora.

—¿Ésta es tu casa? —preguntó ella—. Cuando me dijiste que vivías en una cabaña me imaginé algo mucho más pequeño. Como esas que hemos visto por el camino.

—¿Te refieres a las chozas? ¿No estás decepcionada porque esperabas algo peor?

—Déjalo ya. No siempre he vivido en una casa grande. Antes de que mi padre construyera la casa del rancho vivíamos en una choza. Yo tendría unos cuatro años, pero mis mejores recuerdos son de esa época.

Él soltó las riendas. Nunca se habría imaginado aquello. Su falta de arrogancia era un alivio para él. Bajó del carro y lo rodeó para ayudarla.

—Pasa. El fuego está encendido y calentaré agua para un té. Echa una ojeada y ve acostumbrándote al sitio.

Ella lo tomó de la mano y a él casi se le sale el corazón del pecho. Era increíble cómo le afectaba. Como si no hubiera nada ni nadie más en el mundo. No le soltó la mano y los dos subieron al porche. Tenía que estar soñando. Si no, ¿cómo era posible que tuviera un ángel como ella?

—Todavía pareces cansada. Tienes ojeras. Siéntate a descansar.

—Sí, lo sé, no estoy bien del todo —confirmó ella con la cabeza gacha, como cohibida.

Quizá no se hubiera expresado bien. Abrió la puerta y se maldijo varias veces.

—Estás muy guapa, ¿te lo había dicho? Me he sentido orgulloso de que me vieran contigo.

—Dillon, no hace falta que me halagues.

—Si no, ¿cómo vas a enamorarte de mí? A no ser que quieras que te diga cosas horribles.

—Sabes que no. Hoy estás de buen humor, ¿verdad?

—Cariño, es el mejor día de mi vida.

Él la besó levemente en la frente y ella aspiró su olor salado y a almizcle. Dillon abrió la puerta de par en par y se puso a un lado.

—¿Qué te parece?

—Es un hogar.

Katelyn entró en una sala tan perfecta que parecía un cuadro artístico. Había dos ventanas muy amplias a los costados de la chimenea de piedra y madera. Las paredes de troncos perfectamente ensamblados tenían un tono dorado a la luz del sol. Como un sitio donde echar raíces.

—Entonces, ¿te gusta?

Él se había quedado en el porche con los puños cerrados.

—Me gusta. El trabajo artesanal es impresionante. ¿Has tallado tú esto?

Ella pasó los dedos por la repisa de la chimenea donde un salmón luchaba por ascender por el río.

—Uno de mis hermanos.

Él señaló hacia la puerta que había en el centro de la casa y la tomó de la mano. El contacto la iluminó por dentro. Era maravilloso sentir ese amor

radiante por ella. ¿Cuánto duraría? ¿Era sincero el amor de un hombre? Dillon la había llevado a su casa como su esposa. ¿Cómo la trataría a partir de entonces? Los recuerdos la abrumaron como sombras funestas. Los expulsó de la cabeza. Su corazón tenía la esperanza de que la amara. Tenía una casa con un hombre maravilloso que la amaría.

Él la agarró con fuerza de un brazo y la asustó... No podía recordarlo. Se mordió el labio con la garganta atenazada por el dolor. No dijo nada y el contacto de Dillon, sincero y alentador, la devolvió a donde estaba. A su acogedora casa y a punto de entrar en otra habitación. ¿Sería el dormitorio? Sintió pánico. No, él no le haría algo así. Le había dado su palabra. Comprobaría que Dillon Hennessey mantenía la palabra.

—¿Quieres café o té? —le preguntó él mientras la llevaba a la cocina.

Dillon había mantenido su palabra. Al menos por el momento. La perspectiva de la noche era como una nube amenazadora de la que no podía escapar.

—Un té sería maravilloso.

—Siéntate en una silla. Lo prepararé.

Puso el agua a calentar y lo hizo todo con la facilidad de un hombre acostumbrado a cuidar de sí mismo. Le parecía raro ver a un hombre a los fogones. Él soltó un juramento cuando se le cayó una cucharilla al suelo. La recogió, la limpió con la camisa y la dejó en el azucarero. La miró un poco cohibido al darse cuenta de que ella estaba observándolo.

—Vaya, supongo que debería haber sacado una limpia del cajón.

—Por lo menos la has limpiado —Katelyn se mordió la lengua para no reírse—. La cuestión es qué habrías hecho tú si se me hubiera caído a mí.

—Seguramente usarla. No soy tan melindroso —Dillon cambió la cucharilla por otra limpia—. No creo que haya suciedad en el azúcar. Acababa de limpiar el suelo.

—Entiendo.

Ella intentó imaginarse a su anterior marido igual de despreocupado, pero no pudo. ¿Cómo podría explicarle lo que significaba para ella? Sentir la luz que entraba por la ventana, sentir la tranquilidad de la habitación, saber que no iba a someterla un hombre que perdía los nervios por cualquier nimiedad... Sabía que él no iba a hacerle nada. Entonces, ¿por qué sentía un

nudo de angustia en el estómago? Porque saber algo no era lo mismo que ver que no era verdad.

—¿Qué te parece la cocina? ¿Crees que te gustará cocinar aquí?

¿No le había dicho que no sabía cocinar?

—Creo que me parecerá interesante.

—Perfecto. Cariño, estás pálida. Siéntate para que deje de preocuparme por ti —le pidió él con una sonrisa arrebatadora.

La habitación era la demostración palpable de que allí vivía un soltero, y no muy a menudo. Había polvo encima de los armarios y en los rincones del suelo de madera. Los fogones parecían muy nuevos, como si se usaran poco. Los muebles... Nunca había visto algo igual. Unas sillas todas distintas. Una parecía de tiempos de la guerra y la otra estaba detrás de una mesa de roble tallada. Le encantaba ese trabajo de artesanía. Pasó los dedos por las bellotas y las hojas de arce que se veían en el borde de la mesa redonda. Dejó un rastro en el polvo.

Tendría que pensar cómo limpiar la casa. Estaría bien, se sentiría orgullosa y a gusto en su casa. Lo tendría todo inmaculado. Sería como un acto de amor y mucho mejor que tener que ir a actos sociales. Podía ser feliz allí y con aquel hombre. ¿Lo sería? No lo sabía, pero merecía la pena intentarlo. Anhelaba la calidez de su amor más que el aire, más que el agua, más que la comida.

—Su té, señora.

Ella se sentó en la silla que vio más cerca y echó azúcar en la taza mellada que tenía delante. Ese hombre gigantesco se había convertido en su vida y de él dependía cómo sería su vida y cómo la trataría. Sólo de él.

La llamada en la puerta la sacó del ensimismamiento de la lectura. Dillon había ido a encerrar los caballos y la había dejado con el té y el calor del sol que entraba en la cocina.

Antes de que pudiera levantarse, oyó la voz de Dillon. Fuera quien fuese, estaba ocupándose. Parecía un hombre que podía ocuparse de cualquier cosa, como si estuviera hecho de acero y nada pudiera doblegarlo.

Dio un sorbo de té. Estaba enfriándose y entonces se dio cuenta de que por la ventana que tenía detrás podía verse un resplandor anaranjado. La puesta del sol. Se dio la vuelta y apoyó la barbilla en el respaldo de la silla. Era increíble.

Se sintió rebosante de paz al ver los brochazos rojizos y morados en la nubes y en las montañas cubiertas de nieve e inmutables. ¿Sería Dillon como esas montañas?

Los caballos pastaban en las lejanas praderas. Se acordó del caballo indio al que su padrastro había puesto precio. Dillon dijo que lo capturaría. ¿Estaba allí?

Sintió a Dillon incluso antes de que se abriera la puerta en el otro extremo de la casa. El susurro de su movimiento y la firmeza de sus pisadas se adueñaron de ella como el oleaje en la orilla de un lago, ligero, pero incesante. La conmovía de una manera que no podía describir, pero que podía sentir en lo más profundo de sí misma.

—La cena.

Él entró, alteró la serenidad de la habitación e hizo que se estremeciera. Llevaba una cesta grande y la dejó encima de la mesa. Levantó la tapa y dejó escapar unos aromas deliciosos; carne asada, salsa y pan recién hecho.

—Pagué a la vecina para que nos preparara un festín. Supuse que con la ceremonia y todo eso no tendría tiempo de cocinar.

—Creía que tenía que cocinar yo. Iba a intentarlo...

—No en la noche de bodas, cariño. Siéntate y descansa. ¿Quieres más té?

—Sí, gracias.

La habitación estaba en penumbra y Dillon encendió unos candiles antes sentarse para servir la comida. Ella no dejaba de pensar en la noche que se avecinaba. No podía concentrarse en el libro mientras él leía el periódico. Cuando el reloj de la cocina dio las ocho, Katelyn cerró el libro, le dio las buenas noches y subió el tramo de escaleras que llevaban al oscuro piso de arriba.

La luz de la luna que entraba por una ventana le iluminó el camino al dormitorio. La cama con cuatro columnas dominaba el espacio. Tenía dos

almohadas de plumas. Se sentó en el colchón y su suavidad le pareció el paraíso.

Oyó unos pasos en las escaleras. El pulso se le aceleró. Dillon se acercaba, despacio, paso a paso, inexorable. Estaba segura de que Dillon mantendría su palabra. Esperó con las palmas de las manos húmedas y el corazón desbocado.

—¿Has encontrado todo lo que necesitas? —él entró como si fuera lo normal—. Tienes colchas en el arcón que hay a los pies de la cama, por si pasas frío. He guardado tu bolsa en el armario.

¿No se daba cuenta de que estaba obstruyendo la puerta? Seguramente, no. Estaba poniéndola nerviosa, pero no corría peligro. Tenía que tranquilizarse.

—Creo que tengo todo lo que quiero.

—Perfecto. Me alegro —él miró la cama con cierta timidez—. El aseo está al otro lado de la puerta.

—Me lo he imaginado.

—¿Si quieres algo...? ¿Más agua? ¿Te traigo más agua para que te laves?

—No te molestes.

—No es molestia. ¿Quieres toallas limpias?

Era todo atenciones, pero seguía bloqueando la puerta.

—Tengo todo lo que necesito. Buenas noches, Dillon.

¿Se marcharía? Sintió un ligero estremecimiento. Estaban separados por la cama. ¿Qué haría él?

—Que duermas bien, esposa mía. Llámame si necesitas algo. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y molesta consigo misma por haber tenido miedo, por haber esperado lo peor. Sin embargo, había comprobado lo peor que puede ofrecer un hombre civilizado.

Tomó aliento. No creía que Dillon sospechara siquiera cuánto la había asustado. Pero ¿qué había hecho él para merecérselo? La había ayudado, había pagado el hotel y el médico, se había ocupado de ella como no había hecho nadie desde que era pequeña.

Se prometió que lo intentaría con más fuerzas. Las heridas de su corazón no podían durar eternamente.

Se lavó los dientes y la cara. Se puso el camisón que le había regalado él. Era de franela azul con un estampado de margaritas y era tan cómodo que estuvo segura de que dormiría muy bien.

Leyó un rato a la luz de un candil bastante maltrecho que parecía como si hubiese sido de latón. Oyó que Dillon trajo leña al fuego y se preparaba una taza de té. Cuando dieron las diez, lo oyó preparar los rescoldos para la noche e ir a la cocina para cerciorarse de que la puerta estaba bien cerrada.

La tenue luz que llegaba del piso de abajo se apagó y todo quedó en oscuridad. Sola.

Se oyó un leve murmullo cuando Dillon se tumbó en el sofá y luego el silencio fue absoluto.

Dormiría sola en la cama de matrimonio, como él había prometido.

OceanofPDF.com

Trece

Estaba amaneciendo y la puerta de la estufa retumbó como un trueno en el silencio de la cocina. Katelyn se irguió, se limpió las mangas de los restos de troncos que había llevado y vio a Dillon por la ventana.

Estaba hablando a los caballos. Sólo de verlo, sus sentidos se apaciguaban, las montañas que había detrás de él y los prados que lo rodeaban desaparecían, sólo quedaba él, con el sombrero ladeado y sus movimientos gráciles mientras se acercaba a media docena de caballos con las manos extendidas en señal de amistad.

Notaba su voz como si susurrara dentro de ella, como un murmullo mágico y digno de confianza. El sol salió alrededor de él. La primera luz del día lo iluminó y dejó de ser una sombra. Los caballos se acercaron para comer en sus manos.

El resplandor del amanecer también entró por la ventana y la bañó con su luz dorada. Sintió una emoción muy intensa en el pecho, como si también resplandeciera, como si todo hubiera cambiado. ¿Por qué lo deseaba tanto? Lo anhelaba con todo su cuerpo. No podía explicarlo. Nunca había sentido eso hacia ningún hombre. Esa noche había dormido profundamente, como no recordaba haberlo hecho nunca, y había sido gracias a él.

Dillon bendijo a cada caballo con su contacto y pasó por encima de la cerca de madera con dos cubos. Ella se quedó mirándolo hasta que la pradera lo engulló.

Tenía que dejar de babear con él y empezar a trabajar. Agarró una sartén bastante grande y usada. Tenía una fina capa de aceite para que no se oxidara y el mango de madera estaba muy pulido por el uso. ¿Sería la sartén

favorita de Dillon? Otra vez pensando en él, otra vez anhelando su presencia firme y serena en la cocina.

¿Cómo lo hacía Effie? Se había pasado casi toda su infancia en la cocina para escapar de las críticas de su padrastro. Incluso había ayudado de vez en cuando, pero ayudar no era lo mismo que ser la responsable de toda la comida. ¿Cómo lo hacía Effie? ¿Hacía primero el beicon? Era lo lógico. Pero ¿dónde guardaba Dillon el beicon? No había ninguna puerta para una despensa. Vio una argolla en el suelo, al lado de la pared. Tiró de ella y parte del suelo se levantó. Unos escalones de madera se perdían en la oscuridad. ¿Era un sótano para guardar comida?

Efectivamente. Las baldas estaban casi vacías. Sólo había algunos tarros de mermelada cubiertos de polvo y algunos víveres recientes en la balda que estaba más cerca de la escalera. Encontró un paquete que parecía de beicon, un cesto con huevos y un trozo de queso. En un rincón había un saco de patatas y se llevó algunas.

Era difícil subir la escalera con los brazos llenos, pero también le pareció divertido pensar que iba a preparar el desayuno de Dillon. Quería hacerlo lo mejor posible aunque no tuviera ninguna experiencia. Se imaginó un desayuno perfecto con huevos bien fritos y beicon crujiente, una comida maravillosa para el hombre tan bueno con el que se había casado.

—¿Qué estás haciendo?

Katelyn dio un respingo. Las patatas cayeron lo primero. Las siguieron el queso y el beicon. Notó la punzada aguda y profunda de la adrenalina.

—No te encontraba y había empezado a asustarme.

Era preocupación, no enfado. Katelyn intentó tranquilizarse, intentó dominar el temblor que la agitaba como una hoja. Dillon sonreía con timidez y ella se agachó para recoger una patata que daba vueltas por el suelo.

—Creía que habías cambiado de opinión y me habías abandonado.

—¿De verdad creías eso?

—Sí —él también agarró una patata con una mano temblorosa—. Creí que te habías hecho una idea de cómo sería vivir conmigo y que te habías vuelto con tu familia.

—Tú eres mi familia ahora.

—¿De verdad? —Dillon se levantó y dejó la comida en la encimera—. Supongo que si soy tu marido, lo seré.

No fue una respuesta muy original, pero fue la mejor que se le ocurrió en su estado de nerviosismo. El susto por no encontrarla estaba dejando paso a un nudo en el pecho. Quiso abrazarla y no volver a soltarla jamás.

Ella, sin embargo, lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos y su miedo silencioso le dolió. Nunca le haría daño, pero tenía que demostrárselo. Un hombre tenía que ganarse la confianza.

—¿Qué hacías en la despensa? —Dillon se lo preguntó con la misma delicadeza que empleaba con los caballos—. Creía que el médico había dicho que no hicieras esfuerzos, o ¿estoy equivocado?

—No, tienes razón, pero pensé... quise hacer algo por ti. Después de todo lo que has hecho por mí. Este traje, por ejemplo...

Ella se pasó las manos por el traje de algodón blanco y rosa que eligió él. Se sintió muy satisfecho. Le quedaba muy bien y le daba un poco de color a las mejillas. La tela se ajustaba a su cuerpo desde los pechos hasta la cintura. Hacía que quisiera recorrer su cuerpo con las manos y quitarle el traje y...

Le bulló la sangre. Tenía que esperar a que ella estuviera preparada. Tanto la adoraba.

—Me gustaría hacer algo por ti, aunque sea el desayuno.

Ella se pasó un mechón dorado por detrás de la oreja. El oro y el diamante resplandecieron en su dedo. Ella lo miró con atención.

Él supuso que ella no sabía cómo iba a reaccionar. Como los caballos que tenían motivos para no confiar de los hombres. Un corazón herido era un corazón herido y él sabía lo que tenía que hacer, cómo tenía que tratar a su esposa. Su esposa. Lentamente y sin brusquedad, para que se diera cuenta de que no tenía que preocuparse por nada, dejó las patatas en la mesa y se acercó a ella, que se puso un poco tensa. Lo mejor era hablar, que notara en su voz cómo iba a tratarla.

—Podemos hacer el desayuno los dos juntos, ¿qué te parece?

—¿Juntos? —ella tomó un poco de aliento cuando él se acercó más—. Muy bien.

—Perfecto. Decidido. Si te cansas, te sientas y yo me ocupo. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y con cierta cautela cuando él le tomó las cosas de los brazos. Estaba tan cerca que si se inclinaba, podría besarla en la sien y aspirar la fragancia de su pelo.

Él esperó. Lo que más deseaba era besarla, abrazarla y demostrarle que no debía temer nada, que iba a amarla sincera y completamente...

Ella separó los labios como si también lo deseara. Podía ver sus palpitaciones en la base del cuello. La había asustado y seguía teniendo miedo. Apoyó la frente en la de ella. No fue un beso, pero sí un contacto. Sintió que el amor le brotaba del pecho y le llegaba a ella.

Ella, como si también lo hubiera sentido, se estrechó contra él. Se había disipado la tensión que la había atenazado y cuando se separó, sus ojos ya no reflejaban cautela.

—Lo mejor será empezar por el beicon —Dillon lo dijo con serenidad para demostrarle que no pasaba nada—. Veo que has encontrado mi sartén favorita. La llevó allí a donde voy. He cocinado muchas comidas muy buenas en ella... y muy malas.

Ella lo miró con una ceja arqueada, pero no dijo nada. Su sartén favorita no era el mejor tema de conversación. No era un conversador avezado. Con un suspiro, sacó el beicon de su paquete y empezó a cortarlo. Así tendría algo que hacer y no tendría que decir nada más que lo dejara en ridículo. Tenía que pensar antes de hablar.

—¿Qué ha sido del caballo indio? —ella se acercó y tomó una loncha de beicon de la tabla de cortar—. O le ha pasado algo malo y no quieres decírmelo o te has olvidado de él.

—Si ése es el concepto tienes de mí, tendré que hacer algo para que cambies de opinión —Dillon dejó el cuchillo—. No he dicho nada porque quería que fuera una sorpresa.

—¿Una sorpresa buena?

Él notó su esperanza, frágil y dubitativa, y eligió las palabras con cuidado.

—Tienes que saber, cariño, que las únicas sorpresas que recibirás en esta casa serán buenas sorpresas.

Ella sonrió con una esperanza más sólida y él se sintió en la gloria.

Katelyn miró hacia la ventana por encima del libro para ver si podía divisar a Dillon acercándose por el campo montado en su caballo. Después de hacer casi todo el desayuno, aunque ella tomó buena nota para hacerlo al día siguiente, Dillon la dejó en un sofá durante el resto del día. No se lo ordenó a gritos como habría hecho Brett, sino que la tomó de la mano, le dijo cuánto le gustaba ver el anillo y le pidió que le hiciera un favor: que se tumbara a descansar porque estaba preocupado por ella.

¿Por qué era tan afortunada? ¿Cómo habría podido imaginarse que acabaría en su casa y casada con él cuando lo vio la primera vez intentando que el caballo indio se acercara a él? No podía creerse que existiera ese hombre porque era demasiado bueno para ser real.

Seguía pensando lo mismo cuando lo vio muy recto y orgulloso sobre un caballo con manchas blancas. No llevaba ni silla de montar ni riendas, ni siquiera una cuerda atada a un bocado. El magnífico caballo indio y el jinete se movían como un solo ser, como una misma criatura.

Si entrecerraba los ojos, si le quitaba los vaqueros, la zamarra y el sombrero, podía ser un guerrero indio que buscaba su tribu por la llanura. Era regio y noble. Algo que nunca había visto en un hombre.

Dejó el libro y dobló la manta con la que la había cubierto. La que lo había tapado la noche anterior. Ella lo supo porque olía levemente a viento invernal y a cuero. A él.

—¿Has echado una siesta? —preguntó Dillon en cuanto cruzó la puerta.

—He descansado —ella bajó los pies del sofá y él, inmediatamente, la tomó de la mano para ayudarla a levantarse—. Estás malcriándome.

—Mejor. Puedes ir acostumbrándote porque va a ser así toda la vida, como prometí.

La besó levemente en la frente. Ella se estremeció y él la llevó hasta la puerta, le dio su abrigo y la acompañó afuera. El viento era frío y olía a nieve, aunque las nubes estaban altas y se desplazaban deprisa. Dillon la agarró de la mano y bajaron los escalones del porche para ir al cercado

donde había media docena de caballos. No eran unos caballos cualquiera sino de pura raza.

—¿Cómo conseguiste estos animales? —le preguntó Katelyn mientras acariciaba el hocico de un caballo árabe.

—Casi todos me los he quedado cuando alguien no tenía dinero para pagarme —contestó él mientras se metía la mano en el bolsillo—. Extiende la mano.

Ella lo hizo y él le puso un caramelo de menta. Antes de que ella se diera cuenta, la yegua negra se lo había comido. Los otros caballos se acercaron.

—¿A cambio? —ella aceptó un caramelo en cada mano y las extendió hacia las otras yeguas—. ¿Algunas veces prefieres los caballos a las hijas de los dueños?

—Sólo he conocido a una mujer que me haya interesado tanto que he intentado hablar con ella y ésa eres tú.

—¿Intentar hablar? ¿A qué te refieres? ¿Hacías señales de humo? ¿Escribías mensajes en una pizarra?

—Tengo treinta años y hasta ayer era un soltero recalcitrante. ¿Sabes por qué? Porque soy tan tímido que no me atrevo a hablar con una mujer. Cortearla es una tarea impensable. No sé cómo hacen casi todos los hombres para pasar por el altar.

—¿No has cortejado a ninguna?

—Sólo a ti.

Dillon se sonrojó hasta la raíz del pelo. ¿Cómo conseguía que ella se sintiera tan especial para él con sólo tres palabras? Se preguntó Katelyn.

—Esa yegua gris es muy delicada. ¿Ves cómo se queda rezagada? Nunca se fía de los desconocidos. Yo estaba en Omaha, camino de Tucson, y la calle estaba atascada. Hacía un calor espantoso. Cuando llegué al sitio donde estaba el motivo del atasco, la vi. Estaba de rodillas con su hermana, esa yegua blanca, y el conductor del carro la azotaba con un látigo. Ella no podía levantarse. La había destrozado. La había exprimido. No podía moverse por mucho miedo o dolor que sintiera.

—¿La salvaste?

—Di todo lo que tenía por las dos. La rescaté. Me quedé con ella hasta que pudo andar. Le di agua y comida. La convencí de que había motivos para vivir, que aquí había un prado donde nunca volvería a sentir un latigazo.

Katelyn cerró los ojos para expulsar la imagen que se había formado en la cabeza. De modo que tenía la costumbre de acoger a los desechados y maltratados y llevarlos allí para que se curaran.

¿Sería eso lo que había sentido por ella? ¿Era lástima? ¿Era alguien a quien rescatar?

—Estarás mucho tiempo fuera por tu trabajo. ¿Tu hermano se ocupa de la manada?

—Lo mantiene alejado de los líos. Tendré que invitarle a cenar una noche de éstas —la agarró de la mano—. El caballo indio está aquí. Como puede saltar cercas de dos metros sin problemas, lo he metido en un cercado de tres metros.

—Es triste tenerlo encerrado cuando está acostumbrado a correr en libertad.

—Es verdad, pero este país ya está muy poblado y, además, le han puesto precio a su cabeza.

—Cal Williams vive muy lejos de aquí.

—A un día de distancia. Un caballo salvaje y su manada recorren el doble. Ahí está —Dillon señaló con la cabeza hacia el cercado—. Recibe dos comidas al día y no tiene que defenderse de los depredadores.

El caballo iba de un lado a otro con la melena al viento y la cola levantada.

—No parece contento.

—No, pero está mejor. La herida empezó a infectársele y tuve que tratarla. Parece que está reponiéndose.

—Me alegro —dijo ella, aunque le entristecía verlo encerrado.

Dillon se subió a la cerca y susurró algo que la atrajo. Era un sonido tranquilizador. El caballo debió de pensar lo mismo porque dejó de moverse.

—Hace unos días mi hermano y yo fuimos a buscarlo. Rompió nuestra mejor cuerda. Herido y todo, fue difícil de traer.

Era un animal impresionante. Tenía una cabeza negra perfecta con una mancha en el hocico como las que salpicaban todo su lomo. Las poderosas patas, dotadas para la velocidad y la resistencia, estaban clavadas en el suelo mientras esperaba, preparado para salir corriendo.

Katelyn se metió entre los tablones y Dillon apareció a su lado para ayudarla y para acompañarla mientras miraban juntos al nervioso caballo.

—Es enorme.

El caballo irradiaba potencia como una estufa irradiaba calor. Una potencia indomable, como la del viento.

—Es una pena domarlo.

—Entonces lo amansaremos; hay una diferencia —Dillon sacó un caramelo de menta del bolsillo—. ¿Quieres darle de comer?

—No.

Miró al caballo con sus poderosos músculos perfectamente trazados debajo del pelaje negro y blanco. Él giró y se puso a correr. Volvió a girar. Corrió por el perímetro del cercado. Sus cascos hacían temblar el suelo. Era como un espectro blanco y negro que la dejó fascinada.

—Mira...

Dillon lo dijo con ese tono musical y sereno. El caballo empezó a tranquilizarse. La imponente curva de su cuello se relajó y siguió su camino con un ojo puesto en Dillon.

—Extiende la mano.

Ella lo hizo y él le puso un caramelo. Dillon le rodeó la espalda con un brazo. Su cercanía era reconfortante y transmitía calidez. El caballo movió las orejas para oír la delicada voz del hombre. Sus inteligentes ojos miraron a los dos humanos como si los estudiara. A ella le habría encantado saber qué decía Dillon, pero no quiso interrumpir ese momento mágico. El caballo seguía alejado, pero atento. Dillon siguió hablando con naturalidad y Katelyn empezó a entenderlo. Le decía que estaba a salvo, que no le harían daño, que serían amigos. Ella no sabía ni una palabra del idioma de su abuelo, pero sentía a Dillon como los sentimientos que tenía dentro de ella.

Era un disparate pensar que podía sentir el corazón de Dillon con el de ella. Nunca había oído algo así, pero si no, ¿cómo podía explicarse? Quizá

porque había oído esas mismas palabras en inglés y había algo de su corazón en esa cadencia. Algo que ella podía sentir y era Dillon. Era su respeto infinito por el caballo, su sinceridad innegable y su cariño. Un cariño profundo e inabarcable. Un resplandor que se adueñó de ella cuando Dillon la besó en la frente.

—Mira —el susurro de Dillon fue como una oleada por todo su cuerpo—. Ha decidido que quiere el caramelo. No muevas ni un pelo.

La oleada la arrastró como un maremoto. El caballo casi mítico se acercó, pero no fue él quien la conmovió, quien la cambió. El susurro de Dillon la dominó, la subyugó. Su amor, su entrega, las palabras de cariño que dirigía al caballo... ¿o sería a ella?

Sus palabras atraían al caballo como un imán, como la atraían a ella. Su corazón se abría al de Dillon como si su delicadeza erosionara la capa dura y gélida que lo recubría. Se sintió vulnerable y quiso retroceder, pero la mano de él se lo impidió, la tranquilizó.

El caballo fue muy rápido. Ella notó el roce de sus labios en la mano y volvió a alejarse a una distancia prudencial para masticar el caramelo. Siguió mirando a Dillon, analizándolo.

—Es listo, pero tiene mucho temperamento —comentó Dillon mientras le acariciaba la espalda—. Va a ser un placer llegar a conocerlo, ¿no te parece?

—Sí.

—¿Quieres ayudarme a amansarlo?

—No sé adiestrar caballos.

—Pero yo sí.

Katelyn se acordó de los caballos salvajes que había visto en el campo y supo por qué lo querían, por qué se acercaban a él, y no era sólo por los caramelos de menta. ¿Cómo no iba a confiar alguien en él?

—Vamos adentro. Tengo que meter la cena en el homo y tú tienes que descansar.

—Eres demasiado bueno conmigo, Dillon.

—Tendría que serlo más todavía.

Él le ofreció el brazo con la gallardía de un caballero andante. Ella lo agarró y volvieron juntos a la casa.

Catorce

—¿Has comido suficiente? —preguntó Dillon mientras retiraba la bandeja y dejaba la taza con la infusión—. Puedo traerte otro trozo de pastel o más manzanilla.

—No, gracias.

Katelyn sonrió desde la cama con el libro en el regazo y una manta de colores tapándola.

—¿No quieres nada más antes de que te duermas? Puedo hacerte un sándwich.

—Estoy bien, de verdad.

Ella intentó no reírse y él no se lo reprochó. No sabía ser un marido y tardaría en aprender.

Bajó las escaleras de dos en dos y sus pasos retumbaron por todos lados, pero la casa no estaba vacía si estaba ella. No le importaban los rincones oscuros a donde no llegaba la luz. Ella había llevado la serenidad a la casa con su sonrisa, con su presencia, con su belleza. Era muy afortunado. Lo había elegido, no porque no tuviera más remedio, sino porque quería estar con él. Allí, en una humilde cabaña hecha con troncos, rodeada de caballos, con él, compartiendo su vida. Quizá no estuviera a su altura ni le ofreciera una vida llena de lujos, pero le daría algo más. Le daría todo lo que tenía, todo lo que él era y todo lo que sería. La trataría muy bien, nunca le haría daño. Le borraría todas las sombras de su mirada y de su corazón. Como había hecho en el cercado cuando el caballo le comió de la mano. Quizá ya estuviera empezando a reponerse.

La oyó en el cuarto de baño. Se imaginó que estaba lavándose los dientes y preparándose para acostarse. Enjuagó los platos y los dejó en el barreño. Subió, siguió la luz de su cuarto y entró. Siempre la recordaría así,

bañada por la tenue luz dorada del candil, como un ángel celestial. Se grabó en la memoria su forma de pasar la página con un elegante movimiento de la mano y la frente arrugada, concentrada en la lectura; su forma de agarrar la taza con la infusión y de dar un pequeño sorbo. Le entusiasmó cómo resplandeció desde dentro el verlo.

—¿Te gusta el libro?

—No puedo soltarlo —Katelyn puso la mano izquierda sobre a página del libro y le prestó toda su atención—. Debería estar dormida. Estoy agotada, pero no puedo dejar de leer.

—Yo, tampoco. Tengo el libro abajo. Lo abrí esta noche con la intención de leer un capítulo, pero cuando me di cuenta era medianoche. Me pasa siempre.

—A mí también —ella intentó contener un bostezo, pero se llevó la mano a la boca y se rió—. No tengo sueño, de verdad. Puedo leer otro capítulo.

—Cariño, puedes decirlo, pero eso no significa que sea verdad.

—Lo sé —reconoció ella mientras dejaba la taza.

La miró maravillado mientras ella levantaba los dos brazos y el camisón de franela se pegaba a la generosa curva de sus pechos. Luego, se quitó las horquillas que le sujetaban el moño y a él la sangre le hirvió como si fuera lava líquida. Unos mechones cayeron como si fueran una cascada dorada. A él le flaquearon las piernas. Podía verla en la bañera con el agua sobre su piel desnuda y tentadora. Cerró los puños para contener las ganas de tocarla, de abrirla el camisón y acariciar sus pechos como lo hacía la luz del candil. Con veneración y minuciosamente, hasta que ella lo deseara más y más. Hasta que se abriera a él como una flor al sol y él le daría tanto placer...

Si seguía pensando en eso el corazón iba a explotarle. Tenía que conservar algo de pólvora. Dillon tiró de las riendas. La deseaba con más fuerza de la que tenía un tornado, pero era un hombre paciente.

—Te ayudaré.

—¡Ah...!

Ella pareció sorprenderse y él se dio cuenta de que nunca esperaba nada, como si no estuviera acostumbrada a que la tuvieran en cuenta. Tomó el

cepillo de su mano y se sentó en la cama. Estaba sentado en la cama donde dormía siempre solo y donde nunca esperó que llegara a dormir una mujer y menos esa mujer maravillosa a la que querría siempre.

Intentó asimilar el significado de aquello. Un amor así sólo pasaba una vez por la vida de un hombre, si tenía mucha suerte.

Nunca había cepillado el pelo de una mujer y no sabía si estaba haciéndolo bien. ¿Lo hacía con demasiada fuerza? Ella dejó escapar un sonido de satisfacción. ¿Le gustaba? Siguió cepillándole el pelo y el aroma a rosas le inflamó la sangre. La deseaba con toda su alma. Pasó el cepillo hasta la punta de los mechones y ella se arqueó casi imperceptiblemente, como si disfrutara.

—¿Te gusta? —susurró él con la boca pegada a su oreja.

Sintió que el placer recorría la espina dorsal de Katelyn. Él supo la respuesta antes de que ella asintiera con la cabeza, notó sus verdaderos sentimientos hacia él, nuevos y cariñosos.

—Tienes un pelo precioso.

Dillon pasó los dedos entre las hebras doradas y las apretó en el puño. Cuando lo abrió los rizos saltaron como un resorte y le cayeron por el cuello y los hombros. El amor hacia ella se apoderó de él e hizo que se sintiera inmenso. Ese amor no tenía límites ni medida.

Pronto, ella lo desearía, anhelaría el placer de sus caricias, sería ella quien iría a sus brazos y lo besaría. Ella lo invitaría a la cama, le permitiría que le desabrochara el camisón para que le pasara las manos por sus pechos perfectos y por su vientre y separaría los muslos para recibirlo.

—Por la mañana tengo que ir al pueblo —a Dillon le costaba disimular el deseo, pero lo intentó—. Saldré temprano y volveré a mediodía. Será un viaje demasiado largo para ti. Si me haces una lista, te compraré lo que quieras.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que comprar víveres para los caballos. Grano, heno... Parece que el invierno se presenta crudo.

—¿Lo dices por la nieve?

—Por eso y por los animales. Los perros de las praderas y las aves se han hecho nidos o madrigueras muy consistentes. Ellos saben estas cosas.

—¿Lo has aprendido de tu abuelo?

—Sí. Aprendí muchas cosas. Era un gran hombre.

—Todavía lamentas su pérdida.

—Constantemente —el cepillo se paró a medio camino.

Katelyn se preguntó cómo habría sido tener lazos familiares que la ampararan, que la hicieran más fuerte en vez de doblegarla. Entonces, se dio cuenta de que, efectivamente, lo sabía.

Lo fue el cariño incondicional de su padre, su cariño protector e intachable. Saberlo, aunque fuera una relación distinta, hizo que creyera en el hombre que tenía sentado al lado con un brillo de amor apasionado en los ojos.

Dillon dejó el cepillo y le pasó los nudillos por el mentón.

—Estás triste.

—Estoy pensando en mi padre.

Aunque la caricia era una promesa inquebrantable de amor, le costaba abrir el corazón como si fuera una habitación para que entrara alguien; para confiar en alguien, aunque fuera Dillon, con todo su ser, con todo lo que ella era.

Debería ceder, dejar que la oleada de sentimientos la arrastrara para que Dillon la mantuviera a salvo y nunca la abandonara.

—¿Estás preparada para acostarte? —preguntó él con un tono de cierta intimidad.

Ella, incapaz de hablar, asintió con la cabeza y notó que los sentimientos de él se adueñaban de ella y amenazaban con arrollarla.

Él, sin decir nada, le quitó la colorista manta del regazo y la dejó sólo con el camisón que le había regalado él. Se sintió extrañamente desnuda, como si la tela no la cubriera, aunque él ya la había visto sin ropa alguna. Él dobló las mantas y ahuecó las almohadas mientras ella metía los pies y se relajaba. La abrazó y la besó. El roce aterciopelado de sus labios hizo que ella levantara las manos y lo agarrara de los hombros. El movimiento de su lengua era una caricia profunda e íntima que derritió las defensas que cubrían su corazón, se lo abrió en dos como un remolino lento y doloroso.

—Que duermas bien, esposa mía.

Dillon apoyó la frente en la de ella con un amor rebosante de ternura, con una corriente invisible y poderosa que la alcanzó en lo más profundo.

La tapó hasta la barbilla y apagó el candil. Le quedó una última imagen de él, como la estatua en bronce de un hombre fuerte como la tierra, noble como el sol y cariñoso como el amanecer. Su amor era un resplandor que no se desvaneció en la oscuridad cuando él salió y cerró la puerta. Sus pasos fueron desapareciendo por las escaleras.

Sola en el silencio y la oscuridad, se sintió amada, con el cuerpo anhelantemente vivo, desgarrada de deseo hacia un hombre excepcional. ¿Cómo podía ser tan afortunada? ¿Qué había hecho para merecer a Dillon? La oscuridad no respondió. Tampoco lo hizo la noche cuando se levantó y se sentó junto a la ventana. La nieve caía como cuentas de cristal iluminadas por la luna. Las nubes acabaron imponiéndose y taparon la luna. Sólo quedó la nieve, el viento y la desolación. Se acordó de todas las noches que se sentó sola junto a la ventana cuando era la esposa de un juez; llena de esperanza por el hijo que crecía dentro de ella. Como más tarde, en el rancho de su padrastro, cuando observaba la noche y se sentía como si hubiera sido ella la que había muerto.

En cambio, en ese momento, experimentaba un extraño despertar al amor y la felicidad. Cuando había renunciado a cualquier esperanza, cuando había perdido todo lo que le importaba, el destino le sonreía. ¿Por qué le habían dado la oportunidad de amar a ese hombre increíble? Era insólito que un hombre amara a una mujer estéril que no podía darle un hijo. Más insólito era poder amar y abrazar a un hombre tan excepcional durante el resto de sus días.

Era demasiado maravillosos para ser verdad. ¿Cuánto duraría la felicidad con Dillon? Observó la nevada, vio el final de la tormenta y se durmió cuando la proximidad del amanecer llegó a la pradera.

Katelyn oyó el débil eco de unas herraduras y se destapó. ¿Sería Dillon? Lo había echado de menos. Había echado de menos su presencia, su sonrisa tímida, sus pasos por la casa.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando vio una mujer en un carruaje tirado por una yegua. ¿Sería una vecina? ¿Sería alguien que había enviado Dillon desde el pueblo? Había dicho que contrataría una lavandera.

Sin embargo, la mujer que se bajó del refinado carruaje no parecía una lavandera. Llevaba un traje de algodón muy sencillo, pero tenía un porte noble sin ser arrogante. Cuando se vieron, ella sonrió franca y afablemente.

—Hola, señora Hennessey.

Era la primera vez que la llamaban por su nombre de casada y le gustó, le pareció natural.

La mujer, delgada y rubia, levantó un cesto bastante grande. Ese cesto tenía algo especial.

—Me llamo Mariah Gray y vivo en el rancho de al lado. Nuestros maridos son amigos. Yo traje le cesta con la cena de la otra noche. Felicidades por su matrimonio.

—Gracias. Me alegro de conocerla. Pase, por favor —hacía frío, pero Katelyn se sintió orgullosa del fuego que crepitaba en la chimenea y de la casa—. Yo me...

Se oyó un débil lamento que salió de la cesta. La señora Gray apartó la tela y miró con cariño a una carita redonda que estaba a punto de echarse a llorar. Era tan pequeño que no podía tener más de un mes. Como mucho, dos. Era un niño con ojos azules que levantaba los puños para protegérselos del frío con la tela.

—Es Jeremy y parece enfadado porque no lo he presentado primero —la señora Gray se encogió de hombros y meció el cesto para tranquilizar al niño—. Los viajes en el carruaje siempre lo dejan dormido, menos hoy, que esperaba que durmiera un buen rato para poder conocerla.

Las palabras de la mujer reflejaban un amor inmenso hacia su hijo y Katelyn hizo todo lo posible para mantener alejados sus recuerdos.

—Pase, por favor. Aquí hace más calor. Me alegro de que haya venido. Quería agradecerle la cena que nos hizo. El pastel de chocolate es el mejor que he probado jamás.

—Muchas gracias. Si quiere, puedo darle la receta.

—¿Quiere quedarse a tomar un té?

—Me encantaría.

Katelyn colgó el abrigo de su visitante de la repisa de la chimenea y la acompañó a la cocina. No podía mirar al bebé. Se entretuvo poniendo el agua a calentar y midiendo la cantidad de té para echarlo en la tetera. Hizo caso omiso de los sonidos del bebé, que ya estaba contento por ser el centro de atención.

Mariah Gray había dejado el cesto al lado de la mesa, a una distancia prudencial de los fogones. Le quitó las mantas y las manoplas mientras le hablaba suavemente.

Cuando Katelyn llevó el azucarero y la jarra con leche a la mesa, vio dos puños diminutos que se agitaban en el aire. No podía pensar en la niña que nunca sujetó entre sus brazos y a la que nunca dijo palabras de cariño. Le temblaron las manos y el azucarero se volcó sobre la mesa.

—A mí me pasa por lo menos una vez al día —reconoció Mariah—. Siempre se me cae algo.

Fue un intento muy amable de que no se sintiera torpe, pero no le importaba la torpeza. Era el bebé tan pequeño e indefenso; tan precioso. El dolor la desgarró por dentro. ¿Sabía Mariah lo afortunada que era?

Katelyn recogió el azúcar, limpió la mesa y puso las cucharillas, las tazas y los platos. Para cuando llenó la tetera, Mariah había llevado una silla junto a la ventana y estaba acunando el cesto con los pies. Los diminutos puños se pararon y la cara se relajó.

—Es un encanto —consiguió decir Katelyn.

—Gracias. Nunca pensé que fuera a tener un hijo propio. Me casé más tarde de lo que suelen hacerlo casi todas las mujeres. Ha sido una bendición.

Katelyn tuvo que clavar la mirada en su taza vacía. Vacía como ella. Que Dillon pudiera amar a una mujer estéril le dio fuerzas y por eso pudo servir el té sin derramarlo. Por eso pudo dejar el recuerdo de su hija en un cajón bien cerrado dentro de ella. Tenía a Dillon, un hombre excepcional, que la amaba. El recuerdo de sus caricias le deshizo el nudo que le bloqueaba la garganta y pudo respirar.

—¿Sabes coser? —le preguntó Mariah mientras agarraba el azucarero—. Me gustaría que vinieras a casa el viernes que viene a nuestra reunión

semanal de costureras. Nos juntamos tres y nos encantaría que te apuntaras para poder conocerte.

—Nunca he ido a una reunión de éstas, pero iré encantada —era una buena ocasión de hacer amistad con los vecinos—. ¿Qué tengo que llevar?

—Nada, sólo tu cesta de costura. Las chicas se alegrarán mucho de conocerte —el bebé dejó escapar una queja—. Ah, y a Jeremy también le gustará volver a verte. Le gusta ser el centro de atención.

Mariah lo sacó del cesto y lo sostuvo entre los brazos. El niño se frotó la cara con los puños.

—¿Quieres sostenerlo?

Katelyn sacudió la cabeza ante la amable oferta de su amiga y se echó más leche en el té.

—No, gracias. Parece contento donde está. Empieza a quedarse dormido.

—Es muy bueno. Cuéntame algo de ti. ¿De qué parte de Montana eres? Dillon sólo ha dicho que se enamoró de ti a primera vista y que se casó antes de que cambiaras de idea.

Katelyn tuvo que hacer un esfuerzo para entender lo que había dicho. No podía apartar la mirada del bebé, de sus labios rosas y del hoyuelo que tenía en medio de la barbilla...

Katelyn volvió a cerrar aquel cajón y echó la llave. No iba a recordar o se desharía en un millón de trozos irreparables.

—Buenas tardes, Mariah.

La imponente figura de Dillon apareció en la cocina y dejó en la mesa una caja de madera rebosante de cosas. Ella reconoció una lata de melaza, té y un paquete de azúcar. Se quitó el sombrero y también lo dejó en la mesa.

—¿Qué nos has traído hoy? Es una preciosidad.

—Sí que lo es.

—Hola, chiquitín...

Dillon levantó el diminuto niño con sus enormes brazos y lo estrechó contra el pecho. Con destreza y confianza, como lo hacía todo. Un hombre poderoso que era más fuerte por su delicadeza. Sería un buen padre. Katelyn sintió un arrebato de tristeza, tristeza por lo que nunca podría ser.

Dillon la miró con anhelo, con un deseo evidente e intenso. Efectivamente, quería ser padre. No quería disimular el deseo. ¿Qué hombre no quería un hijo como él?

Sin embargo, la había elegido y se había casado con ella. ¿Por qué? ¿Quería decir eso que por mucho que quisiera un hijo la quería más a ella?

—Bueno, hombrecito, me ha encantado verte. Vuelve cuando quieras y trae a tu madre. Mariah, muchas gracias por venir.

Dillon dejó al niño en brazos de su madre, dio un beso en la frente a Katelyn, agarró el sombrero y salió por la puerta.

—Desde luego, está enamorado de ti —comentó Mariah con un brillo en los ojos—. Qué afortunada eres. Que te amen plena y sinceramente es lo máximo... y poder amar de la misma forma. Amar más de lo que creíste posible.

Katelyn asintió con la cabeza. El cajón de su corazón estaba resquebrajándose.

—Sí, soy muy afortunada.

—Sí, amar a alguien tanto que darías la vida por él —dio un beso en la frente de su hijo—. Mira lo que puede nacer de ese amor.

Cuando la visita de Mariah terminó, cuando se terminó el té y la conversación, Katelyn miró de soslayo al niño. A la capota de punto que cubría su cabecita calva, a cómo agitaba los puños mientras Mariah intentaba ponerle las manoplas. Mariah fue a buscar el abrigo a la sala y se lo puso.

—Hasta dentro de unos días.

Katelyn la miró cómo colocaba bien el cesto antes de montarse en el carruaje. Era algo muy normal, lo había visto hacer cientos de veces, pero era algo que ella no haría nunca. Al menos, para el hijo que nunca daría a Dillon. Se le presentó un porvenir desolador. No habría fiestas de cumpleaños, ni primeros pasos, ni el primer día de colegio, ni graduación, ni boda, ni nietos a los que malcriar. Sólo una casa vacía donde nunca se oirían las risas de un hijo. Los días pasarían uno detrás de otro mientras ella cosía o bordaba o limpiaba el polvo. Pasaría las tardes de invierno delante de la chimenea y las de verano en el porche.

La tristeza la abrumó y abrió de par en par el cajón de su corazón hasta que cayó de rodillas con la cara entre las manos. Las lágrimas le nublaron la vista, le rodaron por las mejillas y acabaron en el suelo de madera. Quería un bebé que nunca tendría.

—Katelyn... —la puerta de atrás se abrió y su voz retumbó por toda la casa—. ¿Querías ayudarme con el caballo indio?

—Sí —se enjugó las lágrimas con el borde de la manga—. Ya voy.

—Tranquila —su tono era optimista, adorable—. Te esperaría toda la vida.

Él la amaba. ¿Por qué estaba llorando en vez de estar celebrándolo? El dolor atenazaba su corazón como una garra gélida.

Dillon podía amarla aunque fuera estéril. Él podía tener en brazos otro bebé y no querer uno suyo. Incluso en ese momento estaba esperándola pacientemente y le había hablado con una voz rebotante de amor, no de desprecio.

—Katelyn, cariño, ¿te pasa algo?

Estaba arrodillado a su lado, como su caballero andante que nunca la defraudaría. Ni siquiera en ese momento, cuando no podía explicarle que estaba llorando por el hijo que había perdido y por el que no podía tener, cuando se sentía tan vacía.

Él la llenaba con su amor y su compasión; con su integridad infinita mientras la estrechaba contra el pecho y le transmitía las palpitaciones de la vida.

—Lo siento —susurró él contra su cabeza—. No me paré a pensar lo que podía recordarte ver un bebé. No te reprocho tu dolor. Es una pérdida devastadora, pero, cariño, no lo has perdido todo. Sólo es lo que te parece.

Podían haber sido unas palabras vacías y una lástima artificial, pero no era así. Su dolor, el dolor que sentía ella, se le reflejaba en el rostro, su tristeza lo había entristecido, su desolación la había hecho propia.

Dejó que la abrazara hasta que no le quedaron lágrimas. Él se las borró con los pulgares y le borró su recuerdo con una serie de besos que despertaron su deseo. Ese hombre la amaba por lo que era y lo que no era. Así era como ella quería amarlo. Quería amarlo plenamente, carne contra

carne, y que fuera parte de ella. Alejar ese dolor con la esperanza de un amor nuevo y más grande.

—Tienes que descansar.

La besó en la frente. Era su caballero andante, su salvador. La ayudó a levantarse, como un Ave Fénix que renacía de sus cenizas. Sintió un resplandor, como una llamarada, cuando él le pasó el brazo por los hombros para guiarla porque no podía ver, no sabía a donde iba. Sólo le importaba él. Su contacto, su presencia, su amor que iluminaba las sombras de su interior. Se aferró a él, a la audaz pasión de su beso, a la necesidad de los dos, a la necesidad de paladearlo, de abrazarlo, de atarse a ese hombre al que amaba más que a cualquier cosa. Cualquiera.

Lo deseaba con la dulzura de un amanecer, cuando la luz es inocente y delicada. Lo deseaba con la pasión cegadora del sol y se derritió cuando la sentó en el borde de la cama, apoyó las manos en sus caderas y le formuló la pregunta sin palabras.

Sí. Ella lo necesitaba. Como no había necesitado a ningún hombre. Le abrasaba por dentro. A él se le oscureció la mirada y el pecho le subió y bajó rápidamente. Ella sintió un destello de miedo como un rayo en un cielo despejado. Fugaz. Solitario.

—Dímelo y pararé. ¿Entendido?

Sus palabras fueron como un bálsamo. Él ya estaba tumbado y le quitó la ropa con habilidad hasta que estuvo desnuda y algo asustada. Detestaba estar asustada. La agarró de las caderas y se sintió vulnerable, expuesta, y con ganas de aferrarse a él, de ser parte de él, de sentirlo en cada rincón de ella.

Tenía que ser así. La duda se abrió paso en ella incluso cuando él quedó iluminado por la luz que entraba por la ventana, mientras se quitaba la camisa y transmitía una mezcla de adoración y temor. Anhelaba que le acariciara los costados.

Visto y no visto, como si ella supiera lo que iba a sentir, le acarició un pecho. Fue un placer intenso y perfecto.

—Eres el amor que he estado esperando toda mi vida —susurró él mientras se tumbaba desnudo a su lado—. Lo supe la primera vez que te vi. Supe que sólo te querría a ti.

—Yo no he conocido nunca a un hombre como tú.

Ella se dio cuenta de que era verdad. Era bueno, fuerte y consistente. Un hombre en el que podía confiar profundamente.

—Cariño, todavía no he terminado.

La besó con ternura, con un roce maravilloso. La abrazó y ella pudo captar su dureza y todas sus diferencias. Era magnífico y su contacto la derretía como el contacto de ella lo derretía a él. Necesitaba una sensación nueva en esos rincones vulnerables y dominados por las sombras. Katelyn abrió los brazos y lo recibió. Él se movió como si estuviera hecho para estar allí. El empuje de su virilidad, dura y gruesa, hizo que ella se abriera, no con brusquedad sino inexorablemente, y sintió que la llenaba plenamente y le alcanzaba el corazón. La alcanzó con un amor tan profundo que la abrasó como si resplandeciera.

Sintió su amor abrumador, toda su fuerza, su palpitación cuando la tomó de las caderas para enseñarla a moverse con él. Consiguieron un ritmo que la adaptó completamente a él y él le besó la frente, la cara y los labios.

Dillon sentía veneración. Un amor tan grande que nada podría extinguirlo. Ella lo abrazaba, se agarraba a sus hombros y a sus caderas, su calidez satinada lo envolvía mientras él empujaba con más fuerza cada vez. Estaban destinados el uno al otro. Lo sintió con el cuerpo, el corazón y el alma. Desbordado, le acarició la cara. Era increíblemente hermosa. Era muy afortunado por tenerla como esposa, por haberse ganado su confianza y su amor. Era su esposa, apasionada y enamorada. Siguió moviéndose hasta que notó que ella se deshacía alrededor de él con una palpitación ardiente, sedosa y húmeda. Que ella confiara en él de aquella manera, que se entregara así, lo elevó hasta un punto sin nombre.

Acometió más deprisa, con más fuerza. Ella alcanzó el clímax y gritó y él derramó todo lo que tenía, su amor y su simiente. Ella lo veneró con besos en el cuello y la cara, lo honró con las caricias de sus dedos en la espalda. Su ternura lo cambió, lo hizo mejor, más fuerte; lo renovó.

—Te amo, Katelyn —la abrazó, sin respiración y sin salir de ella—. Pensar que estoy contigo así... Te quiero con toda mi alma.

—Yo también te quiero.

Nunca había sentido nada parecido a esa felicidad sin estridencias que le había quedado después de que la pasión se enfriara en sus venas, mientras se abrazaban y descansaban. Dillon le pasó un dedo por la nariz, los labios y la barbilla. Luego, siguió descendiendo hasta acariciarle un pezón. El placer fue como una llamarada cada vez más intensa. Él tomó el pezón entre los labios y ella se arqueó al notar que su dureza cobraba vida dentro de ella.

Nunca había imaginado que el amor pudiera ser así. Dejó que la amara otra vez, con más delicadeza, más lentamente. No fue una unión de los cuerpos, sino, asombrosamente, de los corazones.

OceanofPDF.com

Quince

La pradera parecía distinta y la nieve caída la noche anterior crujió bajo sus zapatos. Katelyn se sintió querida mientras caminaba con los dedos entrelazados en los de Dillon. Todavía sentían muy cerca la pasión, era como una manta que envolvía y abrigaba a los dos.

Los caballos se acercaron corriendo a la cerca. Dillon se detuvo y acarició a cada una de las yeguas, además de darles sus premios de menta. Aprovechó para enseñarle sus nombres a Katelyn. Eran nombres hermosos y de alcurnia para los purasangre.

Siguieron caminando y empezó caer una nevada de copos diminutos. Copos que se quedaron en el pelo de Katelyn y se colaron por la parte de atrás del cuello de su camisa. Ella tuvo un escalofrío y Dillon la estrechó contra sí.

—Cuando quieras, puedo hacer que entres en calor —le susurró él al oído.

—¿Sí? ¿Cómo ibas a hacerlo?

—Levantándote las faldas, mi amor, y consiguiendo que te hirviera la sangre —le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Sólo tienes que decirlo y estaré encantado de obedecerte.

—¿Encantado? No creo que ganes nada con ello.

—El placer de complacerte. Vivo para servirte, mi amor.

—Eres todo un caballero que pone las necesidades de una dama por encima de las propias.

—Eso espero. Sólo tienes que decírmelo.

—Bueno, es posible que necesite que vuelvas a satisfacerme. La perfección se alcanza con la práctica.

—Eso no es verdad, tú ya eres la perfección.

Él le apartó unos mechones de los ojos. A ella le encantó su delicadeza y su fuerza. Lo quería tanto que parecía como si estuviera flotando. Su cuerpo se sentía querido y era una sensación nueva y maravillosa. Lo deseaba, deseaba tenerlo dentro. ¿Cómo era posible que ya lo deseara? Sin embargo, su cuerpo estaba preparado, húmedo y estremecido. Como sólo él podía hacer que se sintiera.

—Hola, preciosidad.

Dillon saludó a la yegua gris y le estrechó la cabeza contra el pecho. Era la yegua que había rescatado, la que habían maltratado. Katelyn alargó la mano, pero el caballo árabe relinchó y reculó.

—Tranquila... —le dijo Dillon antes de empezar a hablar en la lengua de su abuelo.

Katelyn vio las cicatrices que tenía en el lomo y la grupa. Eran por lo menos tres docenas y se las habían hecho con un látigo. Eso le recordó que todos aquellos caballos habían sido abandonados o maltratados. ¿Por eso la había elegido Dillon? Sintió la punzada de la duda en el pecho. ¿La amaba o era alguien a quien rescatar? Como esas yeguas...

Por algún motivo, eso reducía su amor hacia ella, hacía que ella se sintiera insegura. Dillon le soltó la mano y buscó el caramelo de menta en el bolsillo.

—Hola, amigo —Dillon se puso un caramelo en cada mano—. Está enfadado porque no le he hecho caso. Normalmente, vengo a verlo varias veces a lo largo de la mañana. Hoy tenía que comprar más caramelos de menta, pero si he llegado tarde no ha sido porque haya ido al pueblo.

Él la miró de soslayo y se ruborizó. El recuerdo de cuando hicieron el amor hizo que sintiera un calor abrasador cuando tendría que estar helada.

El caballo indio no fue de un lado a otro. Se quedó mirándolo fijamente.

—No puede estar contento conmigo. Lo he traído aquí. Lo he encerrado.

El caballo levantó la cabeza para olfatear el caramelo con recelo.

—Vas a atraerlo con el caramelo para atarlo, ¿verdad?

Dillon se dio cuenta de que ella no se refería sólo al caballo.

—Si le engañara, le daría muestras de que no puede confiar en mí.

—Pero tienes que domarlo. Alguna vez tendrás que engañarlo.

—Nunca. No engaño a los caballos. Jamás. Además, ya te dije que sólo quiero ayudarlo. Te lo juré, ¿te acuerdas?

—Lo sé.

—¿Crees que yo lo he olvidado?

—No. Ni se me había pasado por la cabeza.

—Perfecto.

La abrazó y la dio la vuelta para sujetarla desde detrás y protegerla del viento. La mantuvo bien sujeta mientras el caballo se acercó con cautela, pero tentado por el caramelo que Dillon le ofrecía. Ella, entre sus brazos, lo esperó. Observó, maravillada, cómo avanzaba lentamente esa criatura asombrosa. Vio por primera vez la marca en el pelaje negro del animal.

—¿Es la herida de la bala?

—Sí. A mi hermano y a mí nos costó Dios y ayuda sujetarlo para sacársela —le contestó Dillon con la barbilla en lo alto de su cabeza.

Se sintió deseada, querida, valorada. Hacía una mes era impensable que un hombre recto pudiera quererla.

Dillon habló en ese idioma que le parecía mágico; que la reconfortaba y le disipaba las preocupaciones del corazón. Vio que las sombras también desaparecían de los ojos del caballo. Se dio cuenta que eran los sentimientos que había detrás de las palabras, el afecto firme que quería cualquier criatura.

Sobre todo, ella. Agradecida, besó el mentón de Dillon y él esbozó su sonrisa torcida y arrebatadora. ¿Cómo era posible que cada día le pareciera más adorable y atractivo? Porque lo amaba. Era el cariño cálido y arrollador que la embargaba cuando se tocaban. Volvió a besarlo.

—Cuidado con lo que empiezas porque yo me encargaré de terminarlo.

Notó su erección, algo en lo que había empezado a pensar cada vez más. Había hecho que se sintiera codiciada. Y volvía a desearla... Tan pronto...

¿Realmente la deseaba tanto? Le pareció increíble y prefirió no acordarse de otro hombre que había rechazado el contacto con ella; que había acudido a ella por obligación; cuyas caricias no habían despertado nada dentro de ella y cuyos besos no había encendido un fuego de anhelo.

Dillon estaba consiguiendo que lo amara, como encandilaba a los caballos con palabras y caricias. El caballo indio pasó la cabeza por encima

de la cerca, con cautela, pero dándose cuenta de que no iban a hacerle nada, y se llevó los caramelos de la mano de Dillon. Los masticó y se alejó.

—Buen chico —le halagó él en su idioma mágico.

Ella se quedó sin defensas, desnuda, vulnerable, como la arena de la playa ante la marea; él también estaba arrastrándola.

—Un día se quedará y pedirá otro caramelo. Estamos interesándole. Pronto empezará a negociar.

—¿Negociar?

—Él quiere algo y nosotros también. He empezado con los caramelos. Le gustan y quiero que se acostumbre a acercarse cuando se los enseño. Es algo recíproco. Así empieza la colaboración entre él y yo —Dillon sacó un caramelo envuelto del bolsillo—. ¿Quieres uno?

—Me encantan los dulces.

—Qué suerte tengo...

Lo desenvolvió y apuntó a su boca. Ella separó los labios. El caramelo pasó por encima de su labio inferior y él le acarició delicadamente la boca.

—¿Te gusta? —Dillon se sonrojó cuando ella asintió con la cabeza—. Gracias, me alegro de que te guste.

La besó con mucha delicadeza, para que ella captara lo que rebosaba de su corazón.

Había sido un día maravilloso. Katelyn estaba resplandeciente de alegría. Bajó el libro y miró a Dillon, que estaba tumbado en el sofá al otro lado de la chimenea. Tenía el ceño fruncido y estaba completamente absorto en la lectura.

Lo amaba. Se sintió como un pájaro arrastrado por una corriente ascendente que la alejaba cada vez más del suelo, firme y seguro, y la llevaba a donde no había estado jamás.

Amaba miles de cosas de él. Era atractivo, amable y consistente como una montaña. Era fuerte, inteligente y de buen corazón. Hacía que se sintiera contenta sólo por estar en el mismo cuarto que él. Hacía que sintiera una parte de ella que ni siquiera sabía que existía; una parte nueva y frágil.

Él pasó la página. El fuego crepitó. Ella miró alrededor. La habitación necesitaba algún toque femenino, pero era comfortable cuando hacía tanto frío. Era un hogar.

¿Desde cuándo no se sentía segura y querida? Katelyn apretó el libro contra el pecho y repasó todos aquellos años. Los años de soledad e infelicidad que pasó casada con Brett. La década de desolación cuando su madre se casó con Cal Willman. Los tiempos de desesperación después de que su padre muriera y su madre no pudiera llegar a final de mes. Había sido mucho tiempo.

El reloj dio las diez en la cocina vacía y sacó a Dillon de su ensimismamiento. La miró por encima del libro.

—Me encanta tenerte en mi sala.

Él sonrió con esa sonrisa tímida que hacía que pareciera vulnerable e invencible a la vez. Un rudo hombre del Oeste con buen corazón.

—Me encanta estar aquí.

—¿Sí? —él arqueó una ceja como si estuviera sorprendido—. Entonces, ¿no te arrepientes de haberte casado conmigo?

—Nunca había sido tan feliz.

Esa confesión lo dejó atónito. Dillon puso una señal en el libro y lo dejó un lado. Estaba abrumado. Lo había visto miles de veces, pero no podía entender que las personas ricas pudieran ser tan pobres. Lo había visto en Katelyn. Había visto la sorpresa en sus ojos cuando la abrazaba, como si no entendiera que él quisiera abrazarla, como si ningún hombre la hubiera deseado y querido.

Se enfurecía al pensar cómo la habían tratado. Pudo notar su cautela cuando él se levantó para atizar el fuego. Le habían hecho mucho daño y esperaba con toda su alma que no creyera que él podía hacérselo.

Quizá, se dijo para sus adentros, su desconfianza fuera más profunda. Quizá se preguntara si él sería bueno con ella durante el largo periplo de un matrimonio, con sus momentos cotidianos y sus momentos difíciles. Se lo demostraría. Le demostraría que hay cosas que no pueden quebrarse nunca. Rompió los troncos chamuscados y vio el resplandor de las ascuas.

Eso era lo que tenía que hacer. Tenía que romper esos rincones oscuros que tenía en el corazón. Tenía que darles luz y aire; que resplandecieran

hasta que no hubiera dudas ni miedos. Le demostraría cómo era su marido y ella acabaría creyéndolo.

Le crujó la rodilla. Su profesión era muy exigente y con Katelyn en su vida ya no tendría que ir de un lado a otro y de un trabajo a otro. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, tenía un hogar y la mujer de sus sueños para compartirlo con ella.

Sólo había un inconveniente y era enorme. Era un hombre directo y práctico que iba paso a paso. Era lo que había hecho con Katelyn. Primero la ayudó para que lo conociera y luego, se ocupó de que se casara con él. Cuando ya la tenía allí, quería que lo amara con un amor auténtico, sincero y eterno. Como él la amaba.

El inconveniente, lo que él no había tenido en cuenta, era que ella lo necesitaba. En la habitación del hotel le dio a elegir: o una cantidad de dinero que le duraría un año si lo gastaba con sensatez o el anillo de boda. Ella lo eligió a él y estaba feliz y orgulloso. Sin embargo, ¿sería ella feliz allí? ¿Perdería el interés cuando se pasara la novedad de aprender a cocinar y las demás tareas? ¿Querría volver a su antigua vida con cocinera y doncellas y llena de diversiones?

Era como una figura de porcelana muy valiosa en una balda de madera hecha a mano. Aquél no era su sitio, aunque llevara su anillo en el dedo. Un símbolo de amor eterno. ¿Sería verdad? Quizá ella ni siquiera tuviera intención de que fuera así. Los sentimientos podían cambiar; sin explicaciones, sin motivos.

El tiempo lo diría. Entre tanto, haría todo lo posible para atarla a él. La amaría tanto que quizá ella llegara a sentir que aquél sí era su sitio, que era de él sin dudas y para siempre.

—¿Preparada para acostarte?

Le quitó el libro de las manos con suavidad. Ella resplandeció como la primera estrella de la noche, vacilante, pero sin poder contener la luz.

—Está haciéndose tarde...

¿Sería una forma indirecta de decir que quería que esa noche fuese distinta a las demás?

Había pasado toda la tarde muy excitado. Bastaba con estar a solas con ella. Le había enseñado a cocer patatas, muy juntos, rozándose todo el rato,

y había aspirado el aroma de su pelo cuando se inclinó para poner los filetes en la sartén.

En ese momento, su erección era muy patente y la deseaba con una avidez que nunca había sentido. Dejó el libro en el suelo y alargó las manos para ayudarla. Ella se levantó con un movimiento tan femenino que le bulló la sangre.

La llevó de la mano al piso de arriba. Iba a ser una noche distinta. Iba a abrazarla desnuda durante toda la noche. Era muy afortunado. Ella era la elegancia personificada, un refugio para la aflicción y la soledad, un bálsamo para una herida que no había percibido hasta entonces.

La herida de que nadie lo amara. Esa infelicidad se había esfumado y si miraba atrás, podía ver lo insatisfecho que se había sentido. Por eso había ido de rancho en rancho sin pararse un momento; para disimular el miedo a que ninguna mujer llegara a pensar que podía amarlo.

Katelyn lo amaba. Lo había dicho y él había notado que era verdad. Aunque todavía tenía miedo de que cambiara de idea. Además, ¿cómo podría vivir sin ella cuando había sabido lo que era su amor? No podría. Era así de sencillo.

Katelyn lo llevó al dormitorio y mientras buscaba unas cerillas para encender el candil, Dillon le apartó la trenza y le dio un beso justo encima del cuello del traje. Ella tomó aliento como si le hubiera sorprendido pero también le hubiera gustado y se dejó caer contra él, entregada y anhelante. La abrazó por detrás, con la barbilla en su cabeza, y empezó a soltar los botones que ocultaban sus pechos. Había esperado demasiado. No esperaría ni un segundo más para hacerla un poco más suya. Le quitó el traje y el resto de vestimenta y la llevó a la cama. La tumbó y le hizo el amor, a su esposa, a su amor.

Le dio todo el placer que sabía dar. La acarició con delicadeza y la besó con pasión mientras empujaba lenta y profundamente y ella se arqueaba. Hasta que ella le clavó las uñas en la espalda y gritó su nombre. Luego, susurró su nombre y lo besó en la cara.

Se abrazó a él cuando, saciada y llena de su simiente, el sueño se apoderó de ella.

Dieciséis

Era un día maravilloso. Katelyn no podía creerse lo ligera que se sentía. Tan ligera como los diminutos copos de nieve que flotaban en el cielo. Era porque se había despertado entre los cálidos brazos de Dillon, que la abrazaban como si fuera el bien máspreciado para él.

Él era el bien máspreciado para ella. El amor resplandecía en su interior como el sol de mediodía. Se le amontonaron los recuerdos de la noche anterior. Los besos apasionados, las caricias posesivas y delicadas, sus movimientos dentro de ella, íntimos y placenteros. Hasta entonces no sabía que podía existir ese placer y que podía ser más intenso cada vez, como su cariño por él. Cada vez que hacían el amor, sus sentimientos se multiplicaban por dos. ¿Cómo era posible? Fue a la cocina, que estaba muy confortable. Dillon había encendido la estufa antes de ir a los establos temprano por la mañana. Era todo un detalle.

Vio un paquete envuelto con papel marrón en medio de la mesa. *Para Katelyn, mi amor.*

¿Le había comprado un regalo? ¿Tan detallista era? El día anterior había ido al pueblo y había sacado tiempo entre todos sus recados y la compra de víveres para buscarle algo. ¿Debía abrirlo o esperar? El reloj dio las seis como si fuera una respuesta. Lo que tenía que hacer era preparar el desayuno. El regalo podía esperar.

Cortó beicon y lo puso en la sartén. Mientras se hacía, cortó unas patatas y deritió un poco de mantequilla para freirías sin dejar de mirar de soslayo por encima del hombro.

Era algo pequeño, como una pinza para el pelo o un broche. ¿Qué sería? Intentó imaginarse qué habría elegido Dillon. ¿Sería un jabón aromático?

Molió los granos de café como le había enseñado Dillon y los puso a hervir. La cocina olía a beicon, patatas y café. El estómago dejó escapar un gruñido cuando dio la vuelta a las lonchas de beicon bien crujientes, como le gustaban a ella. Era el momento de hacer los huevos.

—¿Quién es esa mujer tan hermosa que está en mi cocina?

Dillon cruzó la cocina acompañado por una leve corriente invernal. La abrazó por detrás y notó el frío pegado a su ropa.

—¡Yaya! Ya sé quién es, es mi esposa.

—Eso creo —ella se recostó contra él. Podría cerrar los ojos, relajarse y quedarse así toda la vida—. Es lo que pasa cuando llevas a una mujer al altar. Ella suele acabar en tu casa haciéndote el desayuno.

—No sabes cuánto me alegro.

Dillon le acarició el anillo y la besó en la frente con ternura.

—Yo también.

Era como un sueño estar en esa casa y entre sus brazos. Dio la vuelta a las patatas sin que él la soltara. Era duro como el hierro, pero su corazón era como la luz celestial. Todo era como un cuento, como si reuniera lo mejor del mundo y ella estuviera disfrutándolo. Allí, en una cocina normal y corriente y con un anillo normal y corriente. Y con un hombre del que podrían escribirse leyendas y se quedarían cortas.

Cuando la besó en la frente, fue como si volara arrastrada por el viento. Cuando le inclinó la cabeza para poder besarla en los labios, fue como si estuviera en una nube delicada y esponjosa. Cuando le dio la vuelta para mirarla y la agarró de la cintura para estrecharla contra su pecho, fue como si estuviera viajando directamente al cielo.

—No has abierto el regalo —susurró él—. He venido corriendo para ver tu cara de satisfacción. Me has decepcionado.

—Lo siento.

—Estoy seguro de que puedes hacer algo para compensarme.

—¿Qué? A ver... ¡Ah! Puedo quemar tu desayuno.

—No es lo que había pensado.

Dillon la soltó lo justo para que se diera la vuelta pero no se escapara. Siguió agarrándola de las caderas mientras ella revolvía las patatas y daba la vuelta al beicon.

—Tengo que echar los huevos —dijo ella como si esperara que él se apartase.

Él no lo haría por nada del mundo. Dillon se quedó donde estaba y se acordó de la noche anterior. Le pasó los dedos por el vientre. Sabía que había tenido un embarazo complicado y que su hijo se había malogrado, pero quizá, algún día, el hijo de los dos arraigara.

Su hijo... Tener a Katelyn en su vida lo había cambiado todo. Era una vida completamente nueva. Donde hubo un hombre solitario sin nada a lo que agarrarse, había una esposa que lo amaba, un hogar y un motivo para arriesgarse a soñar; por el hijo que podía llegar algún día; por la mujer que tenía su corazón entre sus manos.

Ella echó los huevos con mucho cuidado, como le había enseñado él, para que no se rompieran las yemas.

—Hoy es la reunión de costura en casa de Gray.

—Querrás ir en trineo, ¿no?

—No me gusta su tono, señor. Es malicioso.

—No, soy un hombre que ha visto una ocasión. Necesitas ir en trineo y puedo engancharte el caballo. La cuestión es qué me darás tú.

—¿Qué te parece que te sirva el desayuno en un plato en vez de tirártelo a la cabeza?

Ella se rió y eso le encantó. Confiaba lo suficiente en él para hacer bromas.

—Bueno... Haré lo que quieras, sólo tienes que decirlo, pero no me achicharres en mi cocina con comida recién frita.

—También es mi cocina.

—Y yo que pensé que casarme contigo era una buena idea... Abre el regalo —Dillon le quitó la espátula de la mano—. Yo terminaré.

—Un momento, es mi cocina y me ocupo yo —Katelyn recuperó la espátula.

—Vaya, no sabía que fueras tan mandona.

—Es lo que te mereces por un noviazgo tan corto —replicó ella entre risas.

—¿Corto? Lo reconozco. Eres la primera mujer a la que he cortejado y no sabía lo que hacía. También soy bastante inexperto como marido.

—Eso no es verdad —ella se mordió el labio para no reírse—. Anoche me pareció que sabías muy bien lo que hacías.

Él se sonrojó.

—Yo... mmm... tengo alguna experiencia...

—Soy una mujer muy afortunada por tener un marido tan diestro.

Ella disfrutó al ver que el tono rosa de su cara se convertía en un rojo muy intenso. Pobre Dillon, tan alto e imponente y tímido. Él se encogió de hombros.

—¿Tan diestro que conseguiré que te quedes?

—¿Cómo? ¿Por qué iba a marcharme?

—Podrías arrepentirte de estar aquí —Dillon sacó otra espátula del cajón sin mirarla—. No es la vida a la que estás acostumbrada. Ya hemos hablado de esto.

—Entiendo —Katelyn sacó los huevos y los dejó en una fuente—. Crees que soy una mujer superficial y farsante que se casaría con un hombre para que se ocupe de ella, para que no tenga que trabajar o alguna necesidad de esas. ¿Es lo que piensas?

—Sabes que no.

—No lo sé —ella apartó la sartén del fogón y contó hasta diez para serenarse—. Estoy feliz aquí y sería más fácil si tuvieras fe en mí.

—Cariño, la tengo —Dillon agarró la fuente con los huevos y su plato con patatas fritas y los dejó en la mesa sin mirarla—. Soy yo. Sólo quiero que digas que estás aquí porque quieres.

¿Era inseguridad? ¿Cómo podía no saberlo? ¿Qué intentaba decirle? ¿Se arrepentiría él de algo?

—No has abierto el regalo.

Antes de que ella pudiera decir algo, él le acercó el paquete. No quería abrirlo. Sólo quería saber si él se arrepentía de haberle propuesto que se casaran. Eso era imposible. Había sido muy insistente. Además, la noche anterior... Notó una punzada de placer al recordar sus caricias, sus besos, su amor.

Tiró de la cuerda y el lazo se deshizo. Rasgó el papel marrón y apareció una caja de madera. Una cajita tallada.

—¿La has hecho tú?

—La hice hace mucho tiempo. Quise hacer una caja para cigarros, pero me salió así. Supuse que podía ser la señal de que algún día podría enamorarme de una mujer y que cuando lo hiciera, se la regalaría.

—Es preciosa.

Katelyn pasó los dedos por las rosas talladas en la madera de cerezo.

—Mira dentro.

Dillon parecía tenso. Tenía los hombros y la espalda muy rectos y las mandíbulas apretadas. A lo mejor era preocupación. Ella levantó la tapa y vio una cadena de oro con diamantes sobre un fondo de satén azul. La pulsera le pareció un hilo de seda entre los dedos.

—Para reemplazar la que perdiste. La que tu padrastro intentó usar para pagarme.

—¿Por qué supiste que era mía?

—Estaba completamente seguro de que no era suya y algo tan pequeño y delicado no era propio de tu madre.

Dillon le tomó la cara con un mano. Un gesto delicado y descarado al mismo tiempo. Aun así, sus ojos reflejaban cierta incertidumbre, le pareció vulnerable.

—No es tan cara y los diamantes no son tan grandes, lo siento, pero espero que te guste.

—Me encanta porque me las has regalado tú, pero no hace falta que me regales diamantes para hacerme feliz.

—Quiero que seas feliz aquí. Te quiero.

—Me casé porque tenía que saber qué era esto —reconoció ella—. Esto que siento —ella se llevó un puño entre los pechos—. Nunca había sentido lo que siento por ti.

El alivio hizo que Dillon se sintiera como si se hubiera bebido una botella de whisky.

—Yo tampoco, cariño.

¡Al cuerno con el desayuno! Notó que ella se derretía contra él, notó su deseo como si fuera el suyo propio. No era el deseo de tener un marido que le diera techo, comida y seguridad. Era el deseo de tener un alma gemela, de sentirse completa. Él lo conseguiría.

Con su pulsera nueva, Katelyn llevaba las riendas del caballo que Dillon había enganchado al trineo más pequeño.

—Es muy manso y hará lo que quieras, no como yo —le había comentado Dillon.

Dillon también había guiñado un ojo, como si supiera perfectamente que no siempre era un hombre manso.

El pulso se le alteró al acordarse de cómo habían hecho el amor en la cocina. No había recorrido ni un kilómetro y ya lo echaba de menos. En ese momento, estaría trabajando con los caballos. Estaría en alguno de los corrales con un lazo en la mano.

—Bienvenida, Katelyn —Mariah bajó del porche con un chal para protegerse del frío y proteger al bebé que llevaba en brazos—. Deja el caballo y el trineo, mi marido vendrá a ocuparse de ellos. Me alegro de que hayas venido. Espero que te guste el pollo.

—Me encanta. También me alegro de haber venido —Katelyn intentó no mirar al bebé.

—Pasa y quítate toda esa ropa.

Mariah la acompañó a una cocina amplia y caliente que olía a café y pastel de chocolate. Había dos mujeres sentadas a la mesa de roble. Una tenía el pelo largo, moreno y rizado y la otra era más rubia y pálida.

—Hola —las dos mujeres la saludaron con un tono afable.

—Somos amigas desde el colegio —le explicó Mariah después de dejar al bebé en la cuna—. Eres la primera a la que invitamos a unirse al grupo. Espera... No, la primera, no.

—Acuérdate de que invitamos a aquella mujer de la granja junto al río —intervino la mujer morena—. Pero era espantosa. Una cotilla.

—Nosotras también cotilleamos de vez en cuando —añadió la rubia—, pero sólo cotilleamos cosas buenas.

—Además, trajo aquel horrible plato de chucrut. Me gusta el chucrut bueno —le aclaró Mariah mientras colgaba la ropa de Katelyn de unas perchas que había en la pared—, pero creo que le añadió pescado crudo.

—No creo que estuviera crudo —rebatío la rubia pensativamente—, sino poco cocinado.

—¿Cuánto tiempo hay que hacer un pescado? Basta con unos minutos. Estoy segura de que estaba crudo. Segura —la morena sonrió y señaló una silla—. Siéntate, por favor. Si no te damos miedo.

—A mí me lo daríais —reconoció la rubia.

—Rayna, ¡qué cosas dices!

—Es verdad. Si no nos conociera, pensaría que estamos locas. Saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

No era el tipo de reuniones sociales a las que había asistido Katelyn durante casi diez años. Qué pérdida de tiempo. Eran unas cenas muy formales con los amigos siniestros de Brett.

Que Brett la expulsara y deshiciera todos los vínculos legales había sido lo mejor que le había podido pasar. Él no podía amarla, no podía amar a nadie que no fuera él mismo, y ella había estado demasiado tiempo entre sombras.

Tenía una vida completamente nueva. Tenía una casa acogedora que cuidaba, un hombre magnífico al que amar y que la quería sinceramente y, además, tenía la ocasión de tener amigas verdaderas, como las que tuvo hacía muchos años, cuando era joven.

Dejó la cesta de costura en el suelo y se unió a la diversión.

Dillon se dio cuenta de que los gorriónes dejaron de cantar y se escondieron en sus nidos. Detuvo la yegua gris y la sujetó firmemente con las riendas cuando empezó a ponerse nerviosa. ¿Se acercaba alguien? ¿Sería un puma o un lobo con ganas de crear problemas?

Aguzó el oído. El camino estaba vacío y Katelyn no había vuelto de su visita. La yegua había olido algo y tenía la orejas levantadas. No podía ser algo peligroso o no demostraría tanto interés. Vio un destello de color entre los prados nevados. Era Dakota, que montaba su caballo blanco a pelo.

—Vamos.

Azuzó a la yegua, abrió la cancela y salió cabalgando por la pradera.

—¡Hermano! —le saludó Dakota—. He oído decir que es oficial, que es tu esposa. ¿Te parece sensato?

—Creo que sí.

—Tienes un aspecto espantoso, pero esa cara que tienes no puede tener mejor aspecto —Dakota enfiló hacia el rancho—. ¿Te hace feliz?

—Suficientemente feliz.

—Es lo máximo que se puede esperar de una mujer.

Dakota nunca había tenido muy buen concepto del matrimonio y Dillon lo entendía. Había visto muchos matrimonios infelices en su vida. Con su trabajo era difícil encontrar la media naranja.

Era muy afortunado. Sabía que ella sentía lo mismo, una conexión indefinible entre los dos. Un lazo más profundo que los sentimientos, más sustancial que la carne y los huesos, tan intenso que su amor por ella lo significaba todo. Todo lo que él era, todo lo que quería, todo lo que sería. Para ser un hombre que nunca había reunido el valor suficiente para cortejar a una mujer, antes que a Katelyn, estaba haciéndolo rematadamente bien. Había perseverado y le había demostrado que podía confiar en él, que podía entregarle el corazón que había maniatado.

Algún día, la cautela y las sombras desaparecerían completamente y cuando lo mirara, vería al hombre que amaba y en el que confiaba por encima de todas las cosas. Él sólo tenía que seguir haciendo todo lo que pudiera.

—¿Qué tal es tu nuevo semental? —Dakota señaló hacia el caballo indio.

Cuando el caballo vio a Dakota, echó las orejas hacia atrás y enseñó los dientes.

—Me temo que se acuerda de ti —Dillon se rió y se dirigió al caballo—. Si vas a morder a alguien, que sea a él.

—Muy gracioso —Dakota se bajó del caballo y fue hasta la cerca—. He venido para ver si querías que te ayudara a revisar la herida, pero parece que está curándose. ¿Tiene pus?

—No. He estado observándola.

El don de Dillon con los caballos era mínimo si se comparaba con el de Dakota. Observó a su hermano mientras hablaba al caballo en la lengua que

les había enseñado su abuelo.

—Le duele menos y empieza a darse cuenta de que va a quedarse aquí —Dillon también desmontó—. Está poniéndose irritable.

—No está contento de tener que quedarse —Dakota se subió a la cerca—. Es un caballo libre. No puedes retenerlo. No podrás adiestrarlo y ensillarlo como has hecho con los otros.

—Lo sé.

Dillon apoyó los codos en el tablón y miró al caballo, completamente negro desde el hocico a los cascos. Excepto por las manchas blancas de la grupa.

—No se puede domar.

—No debería domarse. Han puesto precio a su cabeza.

—¿Cómo vas a retenerlo si está destinado a correr en libertad? ¿Vas a tenerlo encerrado como a un caballo domesticado?

—No puedo decir que no me haya agobiado —sin embargo, le había dedicado todos sus esfuerzos a Katelyn. Había intentado que ella confiase en él—. Me ocuparé de él cuando esté curado.

Quizá para entonces ya se habría ganado el amor pleno y eterno de Katelyn y no tendría que preocuparse por su insatisfacción o porque se arrepintiera de haber ido allí con él.

—Hermano, no estás escuchándome. Estás pensando en ella, ¿verdad?

—¿Quién?

Dillon sacudió la cabeza. Sus pensamientos se habían ido por las ramas. Se había preocupado por haberla encerrado, por haberle dado un porvenir que necesitaba, pero que, en el fondo, no quería. Aun así, recordó dubitativamente que ella le había dicho que lo amaba. Lo dijo y lo dijo en serio. Había llegado a confiar en él plenamente y él se cercioraría de eso. Todo lo que hiciera a partir de ese momento, lo haría por ella.

—Es inútil hablar contigo —Dakota hizo un gesto despectivo con la mano y silbó a su caballo—. Quédate embobado con tu mujer. Iré a echar una ojeada a esa potranca medio coja. ¿Sigue en el establo? ¿Por qué me molestaré en preguntar...?

Dakota se alejó enfadado.

Dillon pensó que algún día su hermano sentiría lo mismo. Él nunca se había sentido tan cerca de una mujer. Estar casado no era lo que se había imaginado. Se había imaginado que en el mejor de los casos sería una compañía; una presencia agradable al final de la jornada; entrar cansado en casa después de trabajar y tener una amiga con quien charlar; una amante con quien acostarse. Katelyn era más. No podía definirlo, como no podía definir el viento. Lo sentía en la piel, veía que las hojas de los árboles se movían y que arrastraba las nubes. Sin embargo, no podía agarrarlo con las manos. Se dio cuenta de que el amor era igual.

Sintió que estaba acercándose. La pradera podría ocultarla entre sus desniveles, pero podía sentirla como al viento en la cara. El caballo indio y la yegua se giraron hacia el norte para ver al alazán que aparecía por la elevación y que arrastraba el trineo que él había construido con sus propias manos. Era una pequeña mancha gris por el sombrero y el abrigo. Se sintió cada vez más pleno a medida que se acercaba. No podía describir de otra forma sus sentimientos. Se sentía pleno cuando estaba con ella.

Estaba sonriente. Parecía que lo había pasado bien con las vecinas. Se alegró de que estuviera haciendo amigas, de que fuera adaptándose. Deseó que fuera feliz allí y no quisiera marcharse.

La tomó de la mano para ayudarla a bajarse.

—¿Huele a pollo? —preguntó él.

—Sí. Sobró mucha comida y Mariah nos la ha repartido. Así nos ahorraremos tener que hacer la cena.

—Ah... Podemos hacer otra cosa en vez... —Dillon, avergonzado, miró hacia otro lado.

Creía que no debería hablar de sus necesidades fuera de la oscuridad del dormitorio, pero no pudo evitarlo. Tenía que transmitirle que la necesitaba. Se lo transmitió con un beso. Dejó que le desbordara la devoción que sentía por ella y que impregnara el beso. Ella correspondió con besos aterciopelados y cargados de cariño. Efectivamente, lo amaba.

—Si mi hermano no estuviera aquí, te llevaría al dormitorio para demostrarte cuánto te amo.

—¿Tu hermano está aquí? —ella le dio un último y tentador beso—. Si no estuviera, me encantaría.

—¿De verdad? —preguntó él con una satisfacción evidente—. Ahora vuelvo. Iré a hacer lo posible para que se marche.

—¡Ni se te ocurra! Si tu hermano está aquí, se quedará a cenar. Hay comida de sobra y haré la receta de galletas que me ha dado Betsy. ¡Espera! —exclamó ella entre risas cuando Dillon la abrazó con todas sus fuerzas.

—Ha sido una cena estupenda, Katelyn —Dakota hizo un gesto con la cabeza mientras se levantaba—. Te lo agradezco.

—Serviré el café si queréis tomarlo en la sala.

Antes de que Katelyn pudiera levantarse, Dillon estaba detrás y separó su silla mientras le acariciaba la nuca.

Ella sintió una llamarada de deseo abrasador. La idea de ir al dormitorio fue creciendo hasta que fue lo único que pudo pensar. Quería que la acariciara, quería sentir sus dedos curtidos sobre su piel. Quería sus besos satinados y ardientes en la boca, en el cuello y en los pechos. Se derretía al acordarse. Habían hecho el amor esa mañana, allí sobre la mesa de la cocina, y pudo sentir su amor mientras se movía para alcanzar el clímax. Su ruborizó y se dio la vuelta para buscar un paño y disimular. Dillon, como si hubiera sabido lo que estaba pensando, se acercó y le dio un beso apasionado en la nuca. Ella revivió en cuerpo y alma.

Dillon dejó la habitación, pero sus repercusiones permanecieron. El cariño que sentía por ella era tan apreciable como el calor de la estufa sobre su piel.

Estaba en su casa, para toda la vida. Lo primero que haría, ya que se había repuesto, serían unas cortinas para las ventanas. Al parecer, su marido no reparaba en ese tipo de cosas y a ella le encantaría hacerlo.

Quizá una amarilla y alegre para la ventana que había detrás de la mesa. Intentó imaginársela mientras ponía el puchero a calentar. Para la sala algo más suave. Quizá de encaje. Se le daba bien hacer punto y el dibujo de hojas de su abuela iría bien con las paredes de troncos.

—... no sé si te reconozco, hermano.

Katelyn se quedó en la puerta al oír la voz de Dakota. Quizá debiera dejarles que hablaran un rato. Tenía el libro en la mesa de la cocina. Se dio

la vuelta y oyó otro retazo de conversación.

—... dentro de nada, tendrás una pandilla de niños corriendo por todas partes...

El hermano de Dillon no lo sabía, pero ¿por qué iba a saberlo? Una no iba publicando que era estéril, era un desconsuelo muy íntimo.

—Eso espero, hermano —contestó Dillon con firmeza.

¿No lo sabía? La casa le dio vueltas. Se agarró a la pared y se le nubló la vista. Se deslizó por la pared hasta que se quedó sentada en el suelo. No podía respirar. Tenía una opresión en el pecho y estaba ahogándose. Dillon no lo sabía.

¿Cómo era posible? El médico debería habérselo dicho. Las murmuraciones del rancho de su padrastro tenían que habérselo aclarado. No podía acordarse si se lo había dicho ella.

No se lo había dicho. Nunca le había dicho que si se casaba con ella, no tendría hijos. No tendría un bebé para estrecharlo contra el pecho en una noche invernal. No tendría hijos corriendo por la casa y riéndose. Se había casado con ella creyendo que llevarían una vida normal. Una vida familiar, con toda la felicidad y complicaciones que eso suponía.

Quería hijos. Lo había notado en el tono de su voz.

«Ningún hombre decente se quedará con ella.» Las palabras de su padrastro la atosigaron como un fantasma.

«Eres inútil para mí.» Las palabras de Brett; su desprecio. «Si no puedes darme un hijo, ¿para qué sirves?»

¿Qué pasaría si Dillon pensaba lo mismo? No podría soportarlo otra vez. No podría soportar que la repudiara por no ser como las demás mujeres que podían dar un hijo a sus maridos.

Dillon no haría semejante cosa. No haría que se sintiera inútil por algo que no era culpa suya.

Él quería hijos e hijas. Su dormitorio no era el único que había en la casa. Había habitaciones vacías, solitarias, que esperaban las risas y los juegos de sus hijos. Dillon había construido esa casa con sus manos y había depositado sus sueños en ella. Sueños de una esposa amante y de unos hijos. ¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a decir las palabras que acabarían

con sus esperanzas? Las palabras que cambiarían el amor que brillaba dentro de él, el amor hacia ella. No podía ver cómo se marchitaba ese amor.

Había muchas mujeres que podrían darle lo que quería. ¿Por qué iba a quedarse con ella?

El candil de la mesa dio el último estertor y todo quedó oscuro. Katelyn se levantó y, arropada por las sombras, subió las escaleras. La risas de Dillon retumbaron por toda la casa. Oyó un ruido metálico, como si hubiera servido el café él mismo.

El café. Se había olvidado de llevarles el café y de disfrutar de su compañía mientras fumaban. Había sido un descuido insignificante, pero esa noche le pareció el peor de los fracasos.

Aunque no era el peor. Se quitó los zapatos y se metió en la cama. Le dolió el vientre por la tristeza. Le sangró el corazón y se tapó la cabeza con las sábanas. No lloró; su dolor era demasiado grande. Su amargura no tendría fin. Esa pérdida no tendría curación posible.

—Katelyn...

Dillon la llamó con un tono de preocupación mientras entraba en el dormitorio. Ella no se movió. Si se quedaba quieta, quizá, por algún milagro, la realidad podría cambiar. El destino no sería tan cruel como para darle el amor perfecto, un hombre excepcional al que amar, para luego arrebatárselo y dejarla más destrozada que antes.

Notó la mano de su marido que le acariciaba la frente.

—¿Estás cansada? —preguntó él—. Bueno, entonces, duerme, mi vida.

Él se retiró. Oyó el susurro de la puerta, pero no se cerró. ¿Estaba observándola? El chasquido de la cerradura sonó y se quedó sola.

Como iba a estarlo siempre.

OceanofPDF.com

Diecisiete

—Katelyn...

Era tarde, había oído una lejana campanada del reloj de la cocina mientras intentaba dormirse sin conseguirlo. Olió a tabaco, humo de leña y, levemente, a whisky cuando él se metió en la cama. La besó en la frente y la transportó al cielo. No lo merecía. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y sintió un nudo en el corazón. Él era leal y la amaba. Era un marido increíble. Nunca la había tratado mal ni la había despreciado. La amaba con todo su corazón, como prometió hacer cuando le puso el anillo en el dedo. Era un hombre de palabra.

Sin embargo, no sabía la verdad cuando hizo esa promesa. La acarició levemente en la cabeza para no despertarla. Creía que estaba dormida.

—Te quiero con toda mi alma.

Ella también lo quería.

La almohada se hundió cuando él apoyó la cabeza. Se tapó. Su respiración se relajó.

¿Cómo iba a encontrar fuerzas para decírselo? Se puso boca abajo. Aunque estaba oscuro, sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y pudo ver su pelo negro sobre la frente y sus ojos cerrados. El borde de la barbilla que subía y bajaba al ritmo de la respiración, del sueño.

Era un hombre extraordinario que sería siempre suyo. Al menos eso había creído.

Iba a perderlo. ¿Qué haría entonces? Él era su corazón. ¿Qué haría sin corazón?

El dolor la dejó aturdida y escondió la cara en la almohada. Las plumas acogieron su rostro, pero no consiguieron borrarle las imágenes de la cabeza. La imagen de Dillon acunando entre sus brazos al bebé de Mariah

con el deseo de tener uno propio reflejado en los ojos. La imagen de su mano acariciándole el vientre por encima de la cicatriz de la operación. Recordó la tristeza del médico del pueblo cuando le dijo la verdad el día que perdió el bebé, cuando le dijo que nunca podría tener un hijo.

Se quedó paralizada, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Fue un dolor muy agudo, como el filo de una espada que la hubiera partido por la mitad, que la dejó impotente; una herida mortal. No necesitaba un techo. Necesitaba a Dillon. Necesitaba su amor, su contacto, su cariño por la noche. Su atención incondicional.

Se bajó de la cama con mucho cuidado para no despertarlo. Estaba boca arriba, completamente desnudo y su brillo en la tenue luz nocturna hizo que quisiera pasarle la yema de los dedos por las líneas perfectamente definidas de su pecho; sentir el calor de su piel y los latidos de su corazón, y saber que era el hombre al que iba a amar.

Se mantuvo pegada a la pared, donde los tablones del suelo no crujían bajo sus pies. El hueco de la escalera estaba oscuro como un pozo y en el piso de abajo quedaban restos de la visita de Dakota; el olor a cigarro y unas copas vacías en la repisa de la chimenea. Era una habitación donde los hermanos se contaban sus confidencias y donde el marido y su mujer encontraban la dicha ante un fuego crepitante. Una habitación donde tendrían que correr los hijos entre risas que llenaran el espacio vacío.

Sus carencias volvieron a aparecer como heridas sangrantes. Llegó tambaleándose a la cocina y hasta la puerta, donde tenía el abrigo colgado de un perchero y al lado de la zamarra de Dillon, como si ése fuera su sitio natural. Se lo puso y salió. El viento gélido atravesó las escasas capas de ropa y la piel para clavarse en sus huesos.

Perfecto. Tenía que dejar de sentir. Quería sentirse como el invierno: entumecida, silenciosa y recubierta de olvido. Hacer cualquier otra cosa era muy doloroso. Además, ¿qué podía hacer? ¿Despertar a Dillon y contarle por qué no iba a tener un hijo jamás?

Se dirigió hacia la pradera para que el frío y la oscuridad la engulleran.

Dillon se despertó sobresaltado al ver la almohada de Katelyn vacía. La sábanas donde debería estar tumbada estaban frías. ¿Dónde estaba? Seguramente, en el piso de abajo. Oyó que la tapa de la estufa se movía y se tranquilizó. Estaba encendiendo el fuego. Tenía que dejar de creer que iba a cambiar de idea. ¿Acaso no lo había abrazado? ¿No lo había besado? Estaban hechos el uno para el otro. Eran marido y mujer; amigos y amantes. Pero no soportaba que trabajara tanto cuando todavía tenía que cuidarse. El médico había sido tajante al respecto. Katelyn tenía que estar tranquila durante una buena temporada. El día anterior ya había trajinado bastante en la casa. Tenía que relajarse. A lo mejor le apetecía ir al pueblo. Él quería echar una ojeada a unos caballos nuevos para la subasta del condado. Era una buena excusa para invitarla a comer donde quisiera y hacer unas compras. Incluso le llevaría los paquetes, una demostración muy clara de la adoración absoluta de un hombre.

Se puso los vaqueros y la camisa y fue abrochándosela mientras bajaba las escaleras a toda prisa. No sabía por qué, pero tenía la necesidad de contarle sus planes. Algo lo inquietaba y no sabía qué era exactamente.

La cocina estaba vacía. El fuego ardía con virulencia en la estufa. El candil estaba sobre la mesa lleno de aceite y encendido por lo que vio que el perchero de la puerta estaba vacío. ¿Adónde había ido? Se puso la zamarra y, casi presa del pánico, salió. Siguió las pequeñas huellas de sus zapatos sobre la nieve recién caída. Allí, justo detrás del cercado desde donde se podía contemplar al caballo indio, una figura entre las sombras con un cubo en la mano echaba grano a cinco ciervos que la rodeaban.

Estaba de espaldas a él y la delicadeza de su silueta lo afectó como no había hecho nunca. ¿Cómo era posible que cada vez que la miraba la deseara más, le pareciera más hermosa, sensual y maravillosa?

Ella, como si hubiera notado su presencia, se quedó rígida y se dio la vuelta. Estaba muy pálida y tenía unas ojeras muy profundas. No se sentía bien. Tendría que haberse cerciorado de que no hiciera nada tan pronto. La cuidaría, como haría siempre.

—Buenos días, preciosidad.

Ella esbozó una sonrisa vacilante. Las sombras oscurecían sus ojos angelicales. Le quitó el cubo de la mano enguantada y se la besó para darle

calor. Como ella le daba calor a él.

Katelyn se dio cuenta de que tendría que haber sido un día precioso, pero no lo era. Estaba sentada al lado de Dillon en el pequeño trineo y tendría que haber sido el viaje más feliz de su vida, pero no lo era. ¿Existía alguna posibilidad de que la quisiera cuando supiera la verdad? Su amor era muy reciente. No llevaban años juntos y sus lazos no estaban consolidados por el tiempo y el conocimiento mutuo. No, el que fue su marido durante años también fue capaz de repudiarla. Para Dillon sería muy fácil.

—Tengo que pasarme por los corrales —Dillon rompió el silencio al ver el pueblo a lo lejos—. ¿Quieres que te deje en la tienda de ropa?

—Me parece muy bien. Necesito algunas cosas.

—Compra lo que quieras. Te proporcioné algo de ropa, pero sólo era para que fueras tirando. Necesitas más cosas de las que tienes.

—No, tengo todo lo que necesito.

—Yo también.

Él le pasó el brazo por encima de los hombros y la estrechó contra sí. Era un marido generoso y entregado que había prometido estar siempre a su lado, amarla toda la vida. ¿Pensaría lo mismo si supiera la verdad?

La calle principal del pueblo estaba llena de trineos de todo tipo. La gente había llegado de todo el condado por la subasta. Katelyn agradeció el barullo. Dillon tenía que estar atento a los cruces y a los trineos que se paraban en medio de la calle y no se preguntaría por qué estaba tan callada.

Debería decírselo sin rodeos. Decirle que no podía tener hijos y preguntarle si aun así la quería.

Notó un nudo en el estómago. Un recuerdo borroso se le presentó en la cabeza. Brett la arrastraba hacia la puerta con los dedos clavados en su piel. Furioso. Ella se sintió tan inservible como...

No podía seguir recordando. Cerró la puerta del corazón e hizo lo posible por echar el pestillo para que no se derramaran más imágenes dolorosas.

Dillon no era Brett, lo sabía muy bien. Dillon era íntegro, algo que no era Brett. Sin embargo, la verdad era fría, cruda y tan sucia como esa nieve

pisoteada de la calle. Todos los hombres querían un hijo.

—¡No puedo creerme que tengamos tanta suerte! —exclamó Dillon mientras paraba el trineo para dejar que saliera otro que estaba atado a un poste—. Justo enfrente de la tienda de ropa.

Quizá hubiera alguna posibilidad de que siguiera queriéndola. Era el hombre más equilibrado y cariñoso que había conocido. Aceptaba sus defectos, como que cocinara mal, con esa sonrisa irónica y apacible tan suya. Quizá siguiera amándola como siempre.

Como si fuera una princesa, la tomó de la mano para ayudarla a bajarse. La acompañó hasta la tienda, le abrió la puerta y la campanilla la anunció a la costurera.

—Que lo pases muy bien con las compras. Ya sé que es lo que os gusta hacer a las mujeres.

Dillon sonrió, le acarició la mejilla y la besó en público, entre los suspiros de la costurera y otras clientas.

Se marchó con un aire principesco. Como un hombre noble y digno que se merecía el hijo que ella no podía darle. Esa injusticia la destrozó; podría haberse caído de rodillas si la costurera no la hubiera agarrado del codo para llevarla a un banco que había junto a la ventana.

—Estás muy pálida... Te traeré una taza de té. Eso curará todos tus males.

Era una idea maravillosa que algo tan normal y corriente como una taza de té pudiera sofocar sus penas.

Lo miró por la ventana. Él se acercó a comprobar que el trineo estaba bien atado, sacó unos caramelos de menta del bolsillo de la zamarra y se los dio a los caballos. Luego, se dio la vuelta para hablar con alguien que ella no podía ver porque lo tapaba un grupo de mujeres. Entonces, las mujeres se apartaron y él fue a agarrar algo...

Un bebé. El hijo de Mariah estaba cubierto por un abrigo, un gorro y unos guantes verdes y diminutos. Mariah esperó encantada por los evidentes halagos de Dillon, que lo acunaba entre sus poderosos brazos.

Sería un padre maravilloso. Katelyn había sentido su silenciosa añoranza porque una parte de su corazón sería siempre de él. Su última

esperanza de desvaneció tan inapelablemente como un copo de nieve al sol. Se derritió sin quejarse.

Dillon debería ser padre. Tenía el derecho de sujetar a su hijo entre sus brazos. Ella no podía interponerse en su camino. Ella no quería que viviera solo, sin la familia que, evidentemente, deseaba.

La costurera volvió con el té y Katelyn se lo bebió poco a poco. Vio que Dillon devolvía el bebé a Mariah, que se despedía y que se perdía entre el gentío de la calle.

Allá donde mirara, veía niños y un niño dejó escapar un grito dentro de la tienda. Niños demasiado pequeños para estar en el colegio correteaban por la calle perseguidos por sus madres. Bebés bien sujetos por los brazos de sus madres. ¿Sabían todas esas mujeres lo afortunadas que eran? Ella tenía los brazos tan vacíos como el alma.

Todas las cosas maravillosas de Dillon la atravesaban como un cuchillo. Su generosidad. Su galantería: le había sujetado todas las puertas; la había tomado de la mano; le había llevado los paquetes; la había invitado a comer en el mejor restaurante del pueblo; la había ayudado a montarse en el trineo y la había tapado hasta la barbilla.

Su imagen con el bebé de Mariah la atormentaba. Él estaba resplandeciente. Si pudiera, ella daría cualquier cosa, haría cualquier cosa, para darle a Dillon lo que lo haría feliz.

Todo el camino de vuelta, mientras el sol se despedía de las nubes plomizas, ella no paró de repetirse que tenía que decírselo. Siguió repitiéndoselo cuando echó unos leños a la estufa y comprobó el guiso de alubias.

No sabría qué pasaría si no se lo decía; quizá no pasara nada. Lo que fuera a pasar, su felicidad o su desdicha, estaba en las competentes manos de Dillon.

Tenía que darle esa elección.

Le costó abrir la puerta y salir. Le costó andar hasta el cercado. Su ánimo no se elevó cuando lo vio solo con el caballo indio. El caballo confiaba lo suficiente en él para comer de su mano. La voz baja de Dillon

serenaba al caballo y también serenó su corazón. Esperó, subida a la cerca, mientras él acariciaba la cabeza y el cuello del animal, que dejó escapar un relincho.

—Ya está, amigo, no tengo más. Te los has comido todos.

Dillon levantó las manos y el caballo reculó con paso indeciso. Dillon la vio y se acercó a ella.

—Katelyn, me alegro de que hayas venido. Su herida está curada y voy a soltarlo.

—¿Vas a soltarlo? ¿Y la recompensa que dan por él?

—Ya no la dan —apoyó los brazos en uno de los tablones—. ¿Te acuerdas de las diez yeguas de raza árabe que compré en la subasta? Las que voy a traer mañana con Dakota. Eran los caballos de tu padrastro.

—¿Cómo? Él no los vendería jamás.

—Está arruinado y ya no da nada por la cabeza del caballo. Ya no corre peligro.

Ella sintió alivio por el caballo, pero también tristeza.

—La tierra era de mi padre.

—Tu hermanastro consiguió llegar a un acuerdo con el banco. La tierra es suya. Al menos queda en familia.

—Perfecto.

Los recuerdos la abrumaron. Recuerdos de la familia; de ayudar a su padre a construir la casa; de buenos ratos, pero no tan valiosos como los que había compartido con Dillon. Ya tenía más recuerdos para consolarla cuando estuviera sola.

Se dio cuenta de que no había motivos para esperar. Sabía cómo iba a terminar. Podía tratar el asunto con la mayor dignidad posible.

—Está bien que un hombre tenga un hijo.

—O una hija, no tengo preferencias —él esbozó la sonrisa que siempre la estremecía—. Las hijas también pueden heredar la tierra y aprender a adiestrar caballos.

Ella captó sus sueños. Quería enseñar a su hijo a montar a caballo y a tratarlos. Quería transmitir lo que había aprendido de su abuelo sobre caballos, la tierra y la existencia. Así conseguiría cerrar el círculo de su vida.

—En cuanto a éste... —Dillon señaló al caballo indio— ...¿quieres entrar y despedirte de él?

—Conocerlo ha sido un honor.

Katelyn se metió entre los tablones y se acordó de que Dillon había defendido a aquel caballo, se había ganado su amistad y lo había salvado. Como había hecho con ella.

También la había salvado. Si hubiera decidido vivir sola, si no hubiera ido allí, nunca habría llegado a conocer a aquel hombre. Su integridad inamovible. Su ternura. Conocer a Dillon había sido un privilegio que nunca olvidaría.

—Adiós, guapo.

La grandeza del animal resplandeció con toda su intensidad cuando Dillon abrió la puerta del cercado, cuando levantó la cabeza para oler la libertad, cuando dejó escapar un relincho y se fue trotando primero y galopando después hacia la inmensidad de la pradera.

Ella se dio cuenta de que la grandeza no era la del caballo sino la del hombre que estaba a su lado.

—Estás pálida, cariño. Vamos a casa y tumbate.

Él la tomó del hombro con tanto cariño que ella deseó que hubiera alguna solución y pudiera quedarse. Sin embargo, era imposible, no podía quedarse, no podía hacerle eso a Dillon, a ese hombre maravilloso al que quería más que a su propia vida.

—¿Te lo has pasado bien en el pueblo? —le preguntó Dillon, que estaba abriendo la puerta trasera de la casa—. ¿Te has cansado?

—No. Lo he pasado muy bien —contestó Katelyn mientras colgaba el abrigo.

—No has comprado casi nada. No seré rico, pero puedo permitirme que mi mujer se compre lo que quiera —la abrazó con fuerza—. Te quiero. No te habrás quedado con ganas de vivir en el pueblo, ¿verdad?

—No. Me ha encantado el tiempo que he pasado contigo.

Ella se puso de puntillas para besarlo, para tomarle la cara entre las manos. Él lo era todo para ella y lo sería siempre.

Él lo percibió en su beso; estaba segura. Le devolvió el beso, un beso ardiente y apasionado.

—Vamos arriba a terminar.

La propuesta de Dillon le devolvió la vida, hizo que sus sentidos se avivaran. La tomó en brazos y la llevó al dormitorio entre besos.

Le daba la ocasión de volver a amarlo. Sus besos, sus caricias... eran mágicos. La dejó sobre las sábanas y la miró desde arriba.

—Está demasiado vestida para la ocasión, señora.

Empezó a desabrocharle el vestido y se lo quitó. Le besó el cuello y los pechos mientras le soltaba el corsé. Le tomó un pezón entre los labios. El deseo se adueñó de ella con una intensidad casi cegadora. Pasó los dedos por su pelo.

—Sí...

Lo quería para siempre, quería recordarlo de aquella manera. La excitación mientras él la besaba hasta el vientre y el placer al rojo vivo cuando la separó con los dedos. Su gruñido leve y complacido cuando comprobó que estaba húmeda y que lo esperaba sin objeciones. El arrebatador vaivén de su dureza que la llenaba plenamente, que los convertía en un mismo ser.

Dos corazones y un alma.

OceanofPDF.com

Dieciocho

¿Cómo iba a reunir la fuerza para marcharse? Miró a Dillon que estaba dormido y despeinado después de haber hecho el amor. Lo amaba tanto que le dolía el corazón. No podía decirle la verdad todavía. Lo amaba demasiado. Como él la amaba a ella.

—Katelyn... —susurró él entre sueños mientras alargaba una mano.

Ella la tomó, pero no permitió que la estrechara contra sí. Él suspiró y tomó la mano con fuerza, aunque estuviera dormido, como si quisiera sujetarla para siempre. ¿A qué precio? Ella le había fallado. Era cuestión de tiempo que su amor por ella fuera erosionándose como la arena de una playa barrida por el mar. Pasaría el tiempo y aunque él hubiera aceptado su infecundidad, su deseo de tener un hijo no sería correspondido, se haría cada vez más intenso hasta que un día la mirara con la decepción reflejada en los ojos.

La muerte lenta de su amor sería muchísimo más dolorosa. Además, si se quedara, estaría pidiéndole demasiado a él. Sintió un miedo insoportable a no ser suficiente para él. Lo amaba demasiado como para no estar a la altura. No podía hacerle eso ni hacérselo a sí misma. Todo acabaría igual en cualquier caso.

Marcharse. Ésa era la única solución para los dos. A él le dolería, pero se repondría. Ella no podía aguantar más tanto sufrimiento. Era como una serpiente que se enroscaba alrededor de ella, que le oprimía el cuerpo, el corazón y el alma. No había escapatoria para esa pena sombría.

Nunca la habría.

Sería más feliz sin ella. Pensar en las ventajas de su marcha para Dillon le dio las fuerzas necesarias para soltar su mano; el valor para quitarse el anillo; la fe para afrontar un futuro sin el amor de su vida.

Lo miró una vez más antes de cruzar la puerta. El amor hacia él le abrasó las entrañas como un sol eterno que lo iluminaría todo, hasta la oscuridad de su miedo y su desdicha.

Lo hacía por él; para que tuviera una vida mejor; para que pudiera encontrar una mujer que le diera un hijo. Bajó las escaleras con las piernas temblorosas. Estaba desmoronándose por dentro.

Tenía que seguir. Estaba haciendo lo correcto. Cruzó la sala entre el susurro de sus pasos. Esa casa no se quedaría siempre vacía. ¿Acaso no se pasaba él la vida de un lado a otro por eso, cuando tenía dinero, tierras y caballos y podría quedarse allí para formar una familia?

Salió y la luz estaba dejando paso a las sombras. La oscuridad llegaba pronto en esa época del año y la sintió muy dentro de sí. Las sombras se alargaban en su interior y borraban toda la felicidad que había conocido en ese sitio.

Algún día, los niños correrían por allí entre gritos. Niños con el pelo rebelde y negro de Dillon que luchaban sobre la hierba o buscaban una cuesta para tirarse sobre la nieve. Niñas con los hoyuelos de Dillon que jugaban con sus muñecas en el porche o cabalgaban por las interminables praderas.

Podía ver a Dillon sentado en el porche una tarde de verano leyendo alguna revista y satisfecho con sus hijos jugando alrededor... y con una mujer hermosa y cariñosa que llevaba una bandeja con limonada. Era una escena preciosa. El mejor regalo que podía hacerle. Su vida de infelicidad se compensaba con la de él.

Katelyn le pidió perdón y sintió remordimiento mientras avanzaba por el camino. Quiso darse la vuelta. Quiso con toda su alma volver corriendo, meterse en la cama y hacer el amor apasionadamente con él. No dejarlo nunca más. Cada paso era un suplicio. Cada bocanada de aire le abrasaba en la boca. ¿Qué pasaría si volvía? ¿Estaría esperándola? ¿La rechazaría Dillon? ¿Qué porvenir tendrían? No saldría bien. Ella nunca sería lo que él quería y lo amaba demasiado.

Tenía que seguir adelante aunque estuviera desgarrándose por dentro y fuera dejando restos de su corazón y de su alma por el camino. Con cada paso que la alejaba de casa de Dillon, más perdía de sí misma.

Encontraría alguna forma de sobrevivir. Existiría, se haría vieja con el paso del tiempo, pero no viviría. Eso era imposible. Había dejado tras de sí su corazón y su alma, lo más vulnerable y profundo de sí misma, que también era una parte de Dillon.

Lo amaría siempre. Siempre le estaría agradecida. Él le había dado un regalo más valioso que el oro. Le había dado amor. Le había enseñado lo que era el amor sincero y que ella se lo merecía, aunque hubiera sido poco tiempo. Haberse sentido amada la había cambiado. Gracias a él podría soportar la desolación que se le avecinaba; gracias a los recuerdos que él le había proporcionado y al amor que anidaba en ella.

Los últimos rayos de luz se desvanecieron. Un crepúsculo sombrío con nubes plomizas cayó sobre ella, opresivo y angustioso.

Dillon se despertó entre las sombras y supo que ella se había marchado. Lo notó. No le sorprendió ver el anillo en la almohada como una demostración de que siempre había tenido razón. Ella se había cansado de esa vida que él le ofrecía y se había marchado.

¿Por qué le hacía eso? Saltó de la cama. Agarró el anillo, se puso los pantalones, buscó la camisa y como no la encontró sacó una limpia del cajón. Katelyn no iba a marcharse de esa manera. No iba a dejarlo con la duda de por qué se había marchado cuando él había creído que iba a quedarse. Se había adaptado. Era feliz.

¿Acaso no se había aferrado a él por el placer y se había movido a su ritmo cuando alcanzaron el clímax? ¿Acaso no le había dado todo lo que ella era y todo lo que tenía como había hecho él? ¿Cómo podía hacerle eso? ¿Cómo podía clavarle un cuchillo cuando había conseguido que fuera todo lo vulnerable que puede llegar ser un hombre?

Llamó a su caballo con un silbido. Él levantó la cabeza y se acercó al galope. Dillon abrió la puerta del cercado, lo agarró de la melena y se montó de un salto.

Estaba tan furioso que no recordaba haberse sentido así jamás. La oscuridad no le permitía ver su rastro en la nieve, pero sabía a donde iba. Se alejaba de él y de su amor por ella.

La encontraría en el camino, cabizbaja, con las manos entre la falda, con una chaqueta de lana sobre el vestido de algodón.

Ella miró por encima del hombro al oír los cascos sobre la nieve. Se quedó boquiabierta y cerró los ojos, pero se dio la vuelta hacia el pueblo. Con la cabeza alta y con los hombros caídos.

¿Qué se proponía? Quería matarlo. Paró el caballo en seco y desmontó de un salto. Su furia aumentó cuando ella siguió andando como si no lo hubiera visto. Tomó aliento para serenarse y la siguió.

—¿Vas al pueblo?

Ella no lo miró y siguió su camino.

—Pensé que no te despertarías tan pronto.

—¿Es la única explicación que vas a darme? Quiero una mejor —le exigió Dillon, que iba a su lado—. Me casé contigo, te di todo lo que tengo y todo lo que soy. ¿Esto es lo que vas a darme tú? ¿Vas a dejarme sin despedirte siquiera?

No era lo que había esperado que dijera. Katelyn había previsto un arrebato de ira. Se había acostumbrado a su primer marido y su genio, pero Dillon era distinto. Irradiaba tanta furia que le extrañaba que la nieve no se derritiera, pero estaba tranquilo, firme y equilibrado.

¿Era siempre un hombre bueno independientemente de la situación? ¿Era siempre el hombre integro que ella había conocido aunque estuviera fuera de sus casillas? Sintió que la vergüenza le oprimía el pecho, pero su decisión de marcharse era la correcta.

—Pensé que era mejor que me marchara así; mientras pudiera.

—¿Qué significa eso? —preguntó él mientras se pasaba los dedos por el pelo.

No llevaba sombrero y cuando se fijó más, Katelyn comprobó que llevaba la camisa medio desabrochada y la zamarra completamente abierta. Tampoco llevaba bufanda ni guantes que lo protegieran del frío y del viento. ¿Se había alterado? Se acordó de las veces que había ido a buscarla al borde del pánico porque pudiera rechazarlo. ¿No lo entendía? ¿Iba a obligarle a decir las palabras que lo alejaran de ella para siempre?

—Creía que me amabas.

—Te amo más que a cualquier otra cosa, ¿no lo entiendes?

—No, creo que no. Sólo entiendo que te marchas, que me abandonas. ¿Por qué? ¿Porque estás cansada de ser la esposa de alguien como yo?

—No estoy cansada.

Él debería haberla dejado marcharse tranquilamente. No debería haber salido detrás de ella y obligarla a mirarlo a los ojos para comprobar su dolor.

—Te he hecho daño, puedo notarlo.

Katelyn le pasó la mano por la mejilla, áspera por la incipiente barba.

—¿Daño? Estás matándome. Como si me hubieras pegado un tiro en medio del pecho. Si no soy suficiente para ti, deberías haber tenido el valor de decírmelo.

—No se trata de ti, Dillon. ¿No lo entiendes? —ella se secó los ojos—. Me has hecho llorar y no puedo llorar. Si lloro, me daré cuenta de que estoy desgarrándome por dentro y si me doy cuenta de eso, también me daré cuenta de todo lo demás. Por ejemplo, de que te amo con todo mi ser; de que alejarme de ti también está matándome, pero tengo que hacerlo. Tengo que marcharme.

—¿De qué estás hablando?

Él parecía furioso y cariñoso al mismo tiempo. La estrechó contra su pecho para que se sintiera segura.

—Cariño, ¿por qué tienes que marcharte?

—Porque...

Ella intentó soltarse del abrazo, pero él la retuvo con firmeza, como si estuviera manteniendo su palabra de protegerla y no dejarla abandonada aunque ella estuviera destrozándole el corazón. Tenía que decirle la verdad.

—No puedo darte un hijo.

Él se quedó helado, sus brazos se hicieron de hierro. ¿Podría ella sobrevivir a su rechazo? ¿Podría soportar que no la apartara de él?

—Mi querida esposa, cuando me casé contigo no estaba buscando alguien para procrear —le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos—. Te amé la primera vez que te vi. Así de sencillo. Como brillan las estrellas o sopla el viento, porque no podía ser de otra manera. Te amo y nada va a debilitar mi amor. Ni las decepciones, ni las complicaciones, ni la muerte.

—Pero acabarás resentido —ella lo tomó de las manos para intentar soltarse—. Pasará el tiempo y cuando no haya hijo alguno, empezarás a reprochármelo. Empezarás a amarme menos y no puedo soportarlo. Nunca podré tener un hijo y lo mejor es que me marche ahora. Tú puedes encontrar a otra persona y podemos ahorrarnos toda esa amargura...

—Cariño, me dedico a los caballos y he ayudado a que nacieran desde que era un niño. Sé cómo son las cosas y me imaginaba que existía la posibilidad de que no pudieras tener hijos. ¿Por qué no me lo dijiste? Sé que es muy triste para ti, pero que te alejes de mí no tiene nada que ver con que no puedas tener hijos; tiene que ver con tu falta de fe en mí.

Ella se apartó y se tambaleó cuando él permitió que se soltara.

—Ya, vas a sacrificar tu felicidad a cambio de la mía, ¿se trata de eso? —estaba enfadado. Estaba destrozado por culpa de la mujer que amaba—. Yo me he mantenido a tu lado. He sido paciente. He sido cariñoso. Te he demostrado una y otra vez el hombre que soy.

—Eres un hombre muy bueno, Dillon, pero créeme, el tiempo lo cambiaría todo. Quieres un hijo y no puedes negarlo.

—No lo niego. Me gustaría tener un hijo, pero a lo mejor soy un hombre con un corazón tan grande que te querría más. ¿Cuándo vas a darte cuenta de eso? Estoy completamente entregado a ti. Ahora y siempre.

Él era demasiado bueno para ser verdad, pero lo era. Era un hombre de carne y hueso tan fuerte que podía amarla incondicionalmente.

—Puedes marcharte, puedes tomar el tren y desaparecer de aquí, pero no puedes acabar con el amor que siento por ti. Yo no voy a deshacer este matrimonio ni voy a encontrar a otra mujer a la que querer. Seré tuyo o no seré de nadie el resto de mi vida.

—Pero si...

—No hay peros. Te amaré por encima de las dificultades, las desdichas y las felicidades que puedan venir. ¿Y tú? No puedo hacer que me ames. He hecho todo lo que he podido y no lo he conseguido. O confías en mi amor por ti o no. Si te miro, creo que sé cuál es tu respuesta.

Dillon se llevó las manos a la cara como si estuviera desesperado. ¿Cómo era posible que ella estuviera haciéndole sufrir? ¿Era posible que él

la quisiera tanto? ¿Por qué no podía creerlo? Tenía razón, él no había hecho nada; había sido ella.

Dillon parecía un guerrero después de la batalla. Cabizbajo, con las manos a la espalda, los hombros muy rectos y las piernas separadas. Abatido y sin esperanzas. Un hombre que lo había perdido todo.

Ella puso una mano en su espalda. Había héroes en la vida real, hombres fuertes y delicados. ¿Cómo no iba a tener fe en él si él tenía tanta en ella? Quizá eso fuera el amor, un acto de fe. Como echarse a nadar mar adentro con la confianza de que las olas te devolverán a la playa.

Abrir su corazón era lo más difícil que había hecho en su vida; exponer lo más sensible que tenía y amar a ese hombre más de lo que podía amarse a sí misma; amarlo más allá de la duda y el miedo; amarlo hasta donde alcanzara su alma.

Dillon, como si hubiera captado el cambio en su corazón, la estrechó contra su pecho, donde se quedaría el resto de su vida.

La luna asomó detrás de una nube para iluminar débilmente la pradera. La nieve resplandeció como una perla negra de muchos kilómetros en todas direcciones. Sólo la interrumpió una silueta oscura y majestuosa en un alto.

—Mira —le susurró Dillon—. El caballo indio; está conforme.

El caballo salvaje levantó la cabeza y el viento agitó su melena. El jinete lo saludó con la mano y el animal desapareció en la oscuridad de la noche.

Epílogo

Algunos años más tarde

Dillon nunca se había sentido más aliviado que cuando oyó el llanto amortiguado pero fuerte. Estaba sano. ¿Qué tal estaba Katelyn? ¿Era niño o niña?

—Tranquilo, hermano —le aconsejó Dakota mientras echaba un leño al fuego—. El doctor Haskins sabe lo que hace.

—Más le vale.

Dillon iba de un lado a otro al pie de las escaleras. Era un hombre paciente, pero llevaba siete años esperando ese momento. Iba a explotar si se alargaba un poco más.

Cuando oyó que se abría la puerta del dormitorio, salió disparado al piso de arriba y apartó al médico antes de que pudiera decir algo. Le daba igual si era niño o niña, sólo le importaba que Katelyn estuviera bien.

Lo primero que vio fue su cara, radiante y sonriente. A él le parecía más hermosa cada día que pasaba. Se acercó a la cama temblando por el alivio y se arrodilló. Su esposa, su esposa adorada, estaba bien. El miedo que lo había atenazado por dentro fue disipándose. Quería apoyar la cabeza en el regazo de ella y darle las gracias.

—Te presento a tu hija.

Su hija. Sintió un amor tan grande que podría haber eclipsado al sol en verano. Abrumado, sin poder respirar y de rodillas, se quedó mirando a su mujer y al bebé que tenía en brazos. Nunca había visto algo tan maravilloso.

—¿Estás decepcionado? —preguntó Katelyn con la frente ligeramente arrugada.

¿Seguía preocupándose después de tanto tiempo? Se le empañaron los ojos de lágrimas y el corazón se le desbordó de amor.

—Estoy abrumado. Tan agradecido por este milagro, que no sé cómo decirlo.

—Ella es un milagro. No puedo creérmelo después de tanto tiempo. Somos muy afortunados —Katelyn apoyó la cara en la palma de su mano y suspiró—. No puedo creerme que sea verdad. El médico dijo hace mucho que era imposible.

—Tuvo razón durante siete años —Dillon le secó las lágrimas de felicidad de los ojos—. A veces, el amor puede hacer milagros.

—Tú eres mi milagro.

—No, cariño, sólo soy un hombre.

—Un hombre bueno, mi hombre —replicó Katelyn mientras le besaba la mejilla.

Ella sentía un amor infinito. Él la había amado sinceramente durante siete felices años de matrimonio. Cada día había sido mejor que el anterior. Fiel a su palabra, la había amado con todo lo que tenía y todo lo que era. Ella había correspondido amándolo con toda su alma.

El médico fue muy claro. Ese hijo había sido milagroso y no tendrían más. La niña que acunaba en sus brazos era más que un sueño hecho realidad, era la hija de Dillon. Los dos eran toda su vida.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? —Katelyn hizo una pausa para deleitarse con el beso lleno de ternura que le dio él—. Significa que vamos a vivir felices para siempre.

—Eso, cariño, es una certeza porque ya lo éramos.

Dillon se sentó en la cama junto a ella y su maravillosa presencia le llegó al alma. Como hacía siempre y como haría siempre.

OceanofPDF.com